

Selección RNR



*El rey
del hampa*

MARCIA COTLAN



Romance histórico

EL REY DEL HAMPA

Marcia Cotlan



1.ª edición: noviembre, 2016

© 2016 by Marcia Cotlan

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-433-6

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Promoción

CAPÍTULO 1

Londres, 1875

Paddy entró en El tuerto Joe, la taberna más famosa del puerto, y se dirigió a la mesa del fondo, donde un hombre alto, vestido de negro y con gesto taciturno, fumaba un cigarro y bebía whisky. El local olía ligeramente a vinagre y la madera del suelo crujía con cada paso.

—Acabamos de hablar con Robert Penrose, jefe. Dice que hay unas cuantas partidas de naipes importantes a la vista y que podrá reunir el dinero. Pide un par de semanas más y pagará los intereses por el retraso. —Paddy era un hombretón robusto, aunque no demasiado alto. Su poblada barba pelirroja ponía de manifiesto su origen irlandés. Cuando estaban en público, siempre llamaba jefe a su amigo, pero en privado utilizaba su apellido: Raven.

—¿Le enseñaste a ese cabrón estirado lo que ocurre cuando no me pagan a tiempo? —Los ojos del hombre eran dos brasas. Tan oscuro estaba el local que cada vez que daba una calada al cigarro, se le iluminaba brevemente el rostro haciéndolo parecer un demonio. No prestaba demasiada atención a Paddy. Estaba mirando a la tabernera que, a su vez, se lo estaba comiendo con los ojos. Su voz profunda y varonil había hecho que la mujer se estremeciera.

—Claro, jefe —respondió Paddy, frotándose un puño y sonriendo—. Le hemos dado lo suyo.

—De acuerdo, entonces. Dale esas dos semanas de plazo. Si después no paga...

—No pagará, jefe —se atrevió a interrumpirlo Paddy—. Ese bastardo de Penrose cree que podrá ganar haciendo trampas, pero lo que no sabe es que Malone jugará con él, y no hay tramposo que se le escape a Malone. —Raven miró a Paddy pensativo.

—Tendremos que ayudarlo entonces. Hay que asustarlo lo suficiente como para que se concentre. Si se juega algo que le duela más que su propia vida, tal vez se convierta en un mejor tramposo. Dicen que los aristócratas dan mucha importancia a eso del honor. —Dio una calada al cigarro y sus ojos relumbraron en la oscuridad de la taberna—. Debe de tener una esposa, quizás no la ame, pero hará lo que sea para que no se sepa que la secuestraron. Su honor quedaría manchado para siempre. Tráela, eso le hará saber que vamos en serio.

Paddy asintió. Raven se levantó, con el cigarro aún entre los labios, y se dirigió a la tabernera. Ella le sonreía con ojos lujuriosos. Casi de forma inconsciente, la mujer se atusó el cabello ligeramente despeinado y se pasó la lengua por los labios.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él, que acaba de comprar la taberna y aún no conocía a sus empleados.

—Millisent, mi rey —le dijo la joven, melosa, mientras contenía la respiración para elevar su ya de por sí abundante busto.

—¿Soy tu rey? —le preguntó con la voz fría, casi indiferente.

—Por supuesto, Raven —respondió ella como si ya lo conociese—, sois mi rey y el rey de todos nosotros. El rey del hampa —le dijo; él torció la boca en lo que podría haber sido considerado como una sonrisa, aunque no era más que una mueca.

—Ven —le dijo a la tabernera. Ella salió de detrás de la barra. Él le puso la mano al final de la espalda, casi en el trasero, y la empujó delicadamente escaleras arriba. Cuando había llegado al primer piso y ya estaba fuera del alcance de la vista de Paddy, dijo en voz elevada, pero sin llegar a gritar—:

Paddy, trata bien a la esposa de Penrose. Ella no es culpable de haberse casado con un maldito hijo de perra tramposo.

El hombre vestido de negro era, efectivamente, el rey del hampa. Tenía veintiséis años y la dureza de su gesto demostraba todo lo que había tenido que pasar hasta llegar a su posición actual. Nadie controla a los maleantes de Londres si no tiene mano de hierro. Lo apodaban El Cuervo. Si le preguntabas a alguien el motivo de tal apodo, te decía que se debía a que siempre vestía de negro o a que, cuando aparecía en persona para ver a alguien, nunca traía buenas noticias. Pero en realidad él mismo se había hecho llamar El Cuervo debido a su apellido: Raven. William Raven, ese era su nombre, pero casi nadie lo sabía ni lo había utilizado nunca. Solo su madre, cuando era niño, lo llamaba Billy. Margaret Raven, su madre, había sido prostituta. William era hijo de alguno de sus clientes, ella nunca supo decir de cuál, porque era una moza atractiva y bastante solicitada en el burdel en el que trabajaba. Recordaba de su madre las caricias y los besos, la sensación de amparo que suponía dormirse entre sus brazos. Esas sensaciones habían durado poco, ya que ella comenzó a escupir sangre un invierno y había muerto antes de llegar la primavera. Raven tenía ocho años y tras su muerte empezó a vivir en la calle, a robar para poder comer, a imponerse al resto de muchachos para que ellos no se impusieran a él. Su constitución fuerte y su altura le hicieron un gran favor: era fácil infundir miedo con tal envergadura corporal. Medía más de un metro noventa, sus hombros eran anchos y los músculos de su cuerpo parecían esculpidos a cincel. Incluso vestido de negro y con el gesto constantemente tenso (ceño fruncido y boca apretada) era un hombre tan atractivo que cortaba la respiración. «No soy ningún santo», solía decir cuando alguien le pedía más tiempo para pagar una deuda o imploraba su perdón tras intentar traicionarlo. Y ciertamente no lo era. Había hecho lo que había tenido que hacer para llegar donde estaba: robar, golpear y asesinar. Solo por eso seguía vivo, porque cuando habían querido robarle, golpearlo o matarlo, él había sido más rápido. En eso consistía la supervivencia. También seguía vivo porque había sabido rodearse de amigos leales: Paddy y Alistair eran sus inseparables. Pero al igual que su dureza y crueldad eran legendarias en los bajos fondos londinenses, también era famosa su extrema amabilidad con las prostitutas, que tanto le recordaban a su madre. Nadie había vuelto a golpear a una prostituta desde que él mandaba en los bajos fondos. Pero tampoco les permitía a ellas burlarse de él. Lo temían tanto como lo deseaban y jamás se hubiesen atrevido a traicionarlo. Todas, sin excepción, esperaban ser las elegidas de Raven, que un día entrase en uno de los burdeles y subiera con ellas a los cuartos. Pero Raven nunca se acostaba con prostitutas, precisamente porque le recordaban a su madre. Y como los hijos de ellas le recordaban a sí mismo, no había nadie más generosos que él con aquellos chiquillos. Con todos los chiquillos de los bajos fondos, en realidad. «Si no dieras de comer a todos los niños pobres de Londres, serías el doble de rico de lo que eres», le decía Alistair lleno de orgullo. Alistair era la voz de la conciencia de Raven y aunque era un incordio soportar a veces sus sermones, el rey del hampa siempre lo escuchaba para no perder demasiado el contacto con la realidad. Raven era un hombre cruel, tenía que serlo, pero quería que alguien le marcara los límites de tal crueldad y no había nadie como Alistair para ese cometido.

Rosalind Penrose había llegado puntual a la cita, como era su costumbre. El anciano señor Havisham la hizo pasar a su despacho. Era pequeño y oscuro, y los muebles tenían muchos años y demasiado uso.

—¿Tiene algo para mí, señor? —le preguntó la joven, ansiosa.

—Me temo que no, milady. La mayoría de las familias piden institutrices con experiencia y por muy

buenas que sean mis palabras sobre vos, cuando se enteran de que nunca antes habéis trabajado, os desechan. Lo siento. —Y realmente lo sentía. Aquella joven dama le parecía muy agradable y necesitada de trabajo. Era una lástima que una muchacha así se viese obligada a trabajar por culpa de un hermano calavera que había dilapidado la fortuna familiar en las mesas de juego. Quería ayudarla de verdad. Fue entonces cuando pensó en su cuñado—. Aunque quizás haya algo... Si no os importa viajar, claro.

—Explíquese, por favor —rogó ella con un brillo de esperanza en los ojos.

—Mi cuñado Arthur ha hecho una considerable fortuna con un negocio de maderas, pero como usted bien sabrá, no todo en esta vida lo puede comprar el dinero. No compra, por ejemplo, la clase. Mi cuñado quiere contratar a alguien que eduque a sus dos hijas y que les dé a él y a mi hermana algunas lecciones de cómo comportarse, pero en Nueva York no encuentra a nadie dispuesto a ello. Las institutrices más cualificadas consideran que trabajar para una familia como la de mi hermano es rebajarse.

—¿Nueva York? —preguntó ella decepcionada, a pesar de que deseaba desde hacía tiempo conocer la ciudad, pero no era el momento adecuado—. Me temo que no puedo irme tan lejos, señor Havisham. Mi hermano...

—Perdonad que os interrumpa, milady, y perdonad por lo que voy a deciros, pero vuestro hermano no es digno de que sigáis sufriendo por él. Si no os alejáis, acabará arrastrándoos en su caída —le dijo con sinceridad el anciano.

—Lo sé, señor Havisham, pero, aun así... —Ella había bajado la mirada y la tenía fija ahora en la gastada alfombra del despacho. Parecía consternada.

—Hagamos una cosa. Os lo pensáis, y si no tengo noticias vuestras en una semana, eso me indicará que no aceptáis la propuesta. Tenéis siete días para pensarlo.

—De acuerdo —dijo ella, aún con el ánimo decaído. Se levantó de la silla raída y se dirigió a la puerta—. Buenas tardes y muchas gracias.

Rosalind bajó los escalones hasta alcanzar la calle. Estaba desesperada. Trabajar, para los de su clase, era indigno, pero más indigno era no tener casi ni siquiera para comer y quedarse con los brazos cruzados. Desde que sus padres habían muerto, todo había comenzado a desbaratarse poco a poco. Cuando aún vivía, su padre podía contener los impulsos de su hermano Robert, pero al morir repentinamente ambos, su padre y su madre, en aquel accidente de carruaje, su hermano había quedado como único heredero y en apenas tres años se había arruinado. Apostaba fundamentalmente a los naipes, pero en realidad cualquier tipo de apuesta lo atraía. Habían tenido que ir vendiendo sus posesiones, muebles, joyas, despidieron a todos los criados, excepto a Molly y a su marido Fred, la cocinera y el cochero. Rosalind se había enterado de que pesaba sobre la casa una orden de desahucio que se llevaría a cabo en cualquier momento. La situación era desesperada.

Caminó por las calles céntricas de Londres en dirección a Albrich Hide, la zona en la que vivía. Los Penrose nunca habían sido ni muy ricos ni muy notables. Albert Penrose, el padre de Rosalind, era el tercer hijo de un hombre que, a su vez, era el segundo hijo de un barón, un pequeño título que no había sido heredado por la rama familiar a la que pertenecía la joven. Vivían muy dignamente, y la madre de Rosalind, hija del vizconde Wolpole, arruinado en sus múltiples viajes a América, había aportado un toque de sofisticación a la familia. Ese era el motivo de que Rosalind tuviese una educación que no tenía nada que envidiar a la de la hija de un duque. Por eso, la joven pensó que esa educación podría servirle para salir del aprieto. Ella estaba capacitada para educar a cualquier joven y convertirla en una dama. Dudaba de que existiese una institutriz que estuviese mejor preparada que ella.

Cuando llegó a su casa, en el número treinta y tres de Aldrich Hide, vio un carruaje que no le resultaba

conocido detenido delante de su puerta. Al pasar al lado, descendió un hombre de tupida barba pelirroja.

—¿La señora Penrose? —preguntó con amabilidad. Iba correctamente vestido y sus modales no eran demasiado bruscos, pero un terrible acento cockney delataba su origen social.

—Señorita Penrose —corrigió ella, mirándolo con interés.

—¿Y la señora Penrose? —quiso saber el hombre.

—La única señora Penrose que ha vivido aquí era mi madre y ha muerto. Mi hermano no se ha casado. ¿Puedo saber quién es usted y qué desea? —preguntó Rosalind, comenzando a ponerse un poco nerviosa, pues creyó que aquel hombre podía venir a exigirle a su hermano el pago de alguna deuda de juego.

—¿Eres la hermana de Robert Penrose? —insistió el hombre de barba pelirroja, tratándola de una forma excesivamente familiar.

—Sí, señor, pero ¿con quién tengo el gusto de estar hablando? Y, por favor, no me tutee.

—Nos sirve igual. Cogedla —dijo el hombre. A Rosalind no le dio tiempo a gritar, pues a una señal del pelirrojo, otros dos hombres salieron del carruaje, la amordazaron y, levantándola en volandas, la hicieron desaparecer de la puerta de su casa con una destreza y rapidez propias de un mago.

El pelirrojo introdujo una nota por debajo de la puerta de la casa de los Penrose. Al principio, dudó, pues había sido escrita con anterioridad, pensando que la secuestrada iba a ser la esposa de Robert Penrose y en realidad era su hermana, pero no le daba tiempo a escribir otra, de modo que decidió que esa era perfectamente válida. A continuación, el carruaje se perdió por las transitadas calles de Londres.

Molly encontró la nota que habían pasado por debajo de la puerta. Como no sabía leer, se dirigió con ella a la habitación de Lady Rosalind. Llamó varias veces y nadie contestó. Fue entonces hasta la habitación de *sir* Robert.

—¿Qué quieres? —preguntó él con evidente mal humor cuando escuchó que llamaban.

—Han pasado una nota por debajo de la puerta para vos —le comunicó Molly.

—Está bien, pásemela nuevamente por debajo de la puerta. —A Molly le extrañó esta petición, pero comenzaba a acostumbrarse a los desvaríos de *sir* Robert. «Todavía no se le habrá pasado la borrachera de anoche», pensó. Hizo lo que le ordenaba y se alejó escaleras abajo.

Robert Penrose se levantó de la cama como pudo. Paddy y otros dos hombres de Raven le habían dado una buena paliza. Le dolían especialmente las costillas y la mandíbula. No sabía cómo iba a explicarle a Rosalind los múltiples cardenales que adornaban su cara. Tomó la nota del suelo y la abrió mientras en sus labios se dibujaba una mueca de dolor y se llevaba una mano a las costillas. Al principio, cuando la leyó, no comprendió lo que significaba. «Tenemos a tu esposa. Cuando pagues lo que debes, te la devolvemos». Robert pensó que tenía que ser una equivocación. Él no tenía esposa. Pero, por otra parte, hablaba de la deuda. ¿A qué esposa se refería? Entonces sus ojos azules se abrieron desmesuradamente. ¿Se estaría refiriendo a Rosalind? ¿Habrían creído que su hermana era su esposa y la habrían secuestrado para asustarlo y hacerle pagar la deuda sin falta? Salió al pasillo cojeando y gritó el nombre de la criada. Molly subió tan rápido como pudo creyendo que algo malo ocurría. Cuando vio a Robert Penrose con la cara destrozada a golpes, se quedó paralizada.

—¿Dónde está mi hermana? —le preguntó con tono apremiante.

—No está en casa, milord. Acabo de llamar a la puerta de su cuarto y nadie respondió. Fred me dijo

que la había visto salir hace tres horas.

—¿Ella sola? —quiso saber Robert y como vio que la criada movía la cabeza afirmativamente, pensó en voz alta—. No son horas para que esté en la calle. Ya ha comenzado a anochecer. Dile a Fred que prepare el viejo carruaje. Necesito que me lleve a un sitio.

Robert Penrose entró en La rosa roja, la taberna en la que sabía que podría encontrar a Paddy a esas horas. En efecto, allí pasaba el tiempo con dos de los hombres de Raven. La taberna estaba llena de gente y de humo. Las risotadas podían escucharse desde la calle, y una de las taberneras cantaba a pleno pulmón con una voz que bien pudiera ser el maullido de un gato furioso. Robert cruzó el local cojeando hasta llegar a la mesa de Paddy. Le tiró la nota manuscrita a la cara y le preguntó:

—¿Has escrito tú esto?

Paddy se levantó con tal brusquedad que tiró la silla al suelo. Tomó a Robert de las solapas de su elegante chaqueta negra y lo zarandeó como si no fuese más que un chiquillo.

—¿Te crees que estás en uno de tus elegantes salones y que nosotros somos unos criados asustadizos? Pues baja esos humos o te daremos una paliza peor que la de antes.

—¿Dónde está mi hermana? —le preguntó Robert al pelirrojo sin hacer caso a sus amenazas.

—Está a buen recaudo. No te preocupes —le dijo al tiempo que le soltaba las solapas de la chaqueta—. Te la devolveremos cuando nos pagues. Digamos que es nuestra garantía de que cumplirás tu palabra. De lo contrario, todo Londres sabrá que tu hermanita ha pasado una larga temporada con nosotros. Con todos nosotros —recalcó Paddy—, ¿comprendes?

—¡Maldito cabrón! Quizás las mujerzuelas con las que sueles relacionarte sobreviven a cualquier tipo de habladuría, pero mi hermana es una dama. No se sobrepondría de algo así. Y eso también es malo para vosotros.

—¿Para nosotros? —dijo Paddy riéndose—. No veo por qué nos va a afectar eso a nosotros.

—Porque si no logro el dinero en las próximas partidas de naipes, podría conseguirlo gracias a ella. Ya habéis visto lo bonita que es. Puedo lograr que se case con alguien que asuma mis deudas.

—¡Ah, no, cabrón! Tienes dos semanas. Dos. Si tras ese plazo no nos has pagado, tú estarás muerto, y ella tendrá peor fama que la peor puta de Londres —dijo Paddy. Robert se lanzó a pegarle, pero el pelirrojo lo tumbó de un solo puñetazo.

La casa que Raven había comprado en Sullivan Park hacía más de tres años era una extensa propiedad bastante cerca del centro de Londres. Lo que más le había gustado es que era discreta, pues de ella podía entrar y salir sin ser visto. Lo único visible era el carruaje. Sabía que sus vecinos no estaban muy contentos con tanto misterio y que sobre él se suponían muchas cosas, pero ninguna tan mala como la realidad: si hubiesen sabido que entre sus muros vivía el hombre que dominaba los bajos fondos de la ciudad, habrían querido morirse.

Raven y Alistair descendieron del carruaje y entraron en la casa. Los hombres de Raven vigilaban la

propiedad de noche y de día, cada puerta y ventana, cada esquina. Él los fue saludando según se los iba encontrando.

—Buenas noches —les decía.

—Buenas noches, jefe —le respondían ellos.

Nada más cruzar el umbral comenzaron a escuchar los gritos femeninos pidiendo socorro. Raven se había olvidado de que le había ordenado a Paddy que secuestrara a la esposa de Robert Penrose y que la llevase a su casa. No se le había ocurrido otro lugar en el que esconderla, pues no se fiaba del todo de la mayoría de sus hombres y temía que alguno se sobrepasara con ella. Al fin y al cabo, la mujer no era quien tenía la deuda y bastante mala suerte había tenido al elegir como marido a semejante desgraciado. Al tenerla en su casa, se aseguraba de que siempre habría alguien de su entera confianza cerca de ella, evitando así que le ocurriese algo indeseado.

—¿Qué es eso? —preguntó Alistair con el ceño fruncido.

—No creo que quieras saberlo —le respondió Raven con una mueca de fastidio, anticipándose al sermón de su amigo.

—Oh, sí, claro que quiero saberlo. Hay una mujer escaleras arriba gritando socorro. Claro que quiero saber lo que ocurre —insistió él. Comenzaba a deshacerse el nudo de la corbata, igual que Raven, y miraba a su amigo receloso.

—Es la esposa de Robert Penrose. No te preocupes, no le pasará nada. Ya me conoces. Solo quiero asustarlo lo suficiente como para que me pague. Me debe miles de libras y por todos los demonios que me las va a pagar. —El rostro de Raven demostraba su obstinación y su mal humor.

—Cada día que pasa estás más loco. ¿Me puedes decir qué diablos ha hecho esa mujer para merecer semejante susto? —Alistair estaba elevando la voz sin darse cuenta.

—Casarse con un hijo de perra. Vamos, Alistair, sabes que no voy a hacerle nada —le dijo con fastidio.

—Yo lo sé y tú lo sabes, pero ella debe de estar aterrorizada imaginando sabe Dios qué cosas, ¿no has pensado en eso?

Raven dejó a su amigo hablando solo, se dirigió a la sala y gritó:

—¡Sussie!

En unos instantes, apareció una mujer de unos cincuenta años por la puerta secándose las manos en el delantal oscuro que llevaba atado a la cintura. Estaba bastante gorda y sus mofletes sonrosados le conferían una apariencia cómica.

—¿Sí, Raven? —dijo con una sonrisa.

—Llévale algo de cenar a la mujer que está arriba y dile que no le haremos ningún daño, que su marido nos debe dinero y que solo estamos tratando de asustarlo a él para que se dé prisa en pagarnos.

—Miró entonces a Alistair—. ¿Ya estás contento?

—No, por supuesto que no estoy contento. No puedes ir por ahí avasallando a gente inocente. ¿Acaso no tienes límites? —Alistair estaba en un punto intermedio entre el enfado y la incredulidad.

—Estoy cansado. Mañana seguimos hablando del asunto —murmuró mientras salía de la sala en dirección a las escaleras que conducían al piso superior.

—Ahora mismo hago lo que me pides, Raven —dijo Sussie.

Rosalind estaba aterrorizada. Nunca en su vida había imaginado que algo así pudiera ocurrirle. Los hombres que la secuestraron no le dijeron ni una palabra: la habían amordazado, le habían vendado los ojos y la habían conducido a aquella habitación en la que se encontraba. Les había suplicado que le dijeran qué pretendían, pero ninguno le había dicho ni una sola palabra. Llevaba horas allí encerrada, gritando, pidiendo ayuda. Sabía que no serviría de nada, pero era lo único que se le ocurría hacer.

Cuando oyó la llave en la puerta, creyó morir de miedo. Retrocedió varios pasos hasta tropezar con la pared.

—¿Hola?

Rosalind escuchó una voz femenina y, acto seguido, vio entrar a la mujer con una bandeja de comida.

—Por favor, ayúdeme, por favor —suplicó la joven, agarrando tan fuerte el brazo de Sussie que esta casi tira la bandeja antes de dejarla sobre la mesa.

—Escúchame, muchacha, me envía Raven para decirte que no tengas miedo. No te hará nadie ningún daño, así que tranquilízate. Tu esposo debe dinero al jefe, y él te ha traído aquí para asustarlo y que se apure en pagar, pero a ti nada malo te va a pasar, así que come algo. Te he traído la cena —dijo señalando la bandeja que descansaba sobre la mesa.

—Debe de haber un error, yo no tengo esposo. Han debido de equivocarse de persona —dijo Rosalind. Sussie frunció el ceño y ya se disponía a salir por la puerta cuando la joven preguntó—: ¿Quién es Raven?

—Raven es el jefe. Nada ocurre en Londres sin que él lo sepa. Esta es su casa. —Sussie salió por la puerta y cerró con llave. Bajó las escaleras para comprobar si Alistair seguía en la casa, pues no se atrevía a llamar al cuarto del jefe, ya que este había dicho que tenía mucho sueño. Lo oyó en la sala y se acercó a él.

—Alistair, la joven ha dicho que ella no tiene marido, que os habéis equivocado de persona. Raven tiene que saberlo, pero como estaba tan cansado, no me atrevo a despertarlo.

Alistair se había quitado la corbata y la chaqueta, y, si no lo hubiese visto medio desnudo y descalzo por las calles desde que era un chicuelo, Sussie hubiera jurado que se trataba de un caballero: su vestimenta y sus modales distaban mucho de los de alguien criado en las cloacas de los bajos fondos.

—Has hecho bien. Dame la llave de la habitación de la joven, que yo me ocupo de este asunto.

Sussie se la dio y regresó a la cocina. Él subió al cuarto de la joven, introdujo la llave, pero antes de abrir la puerta, llamó con los nudillos y preguntó:

—¿Puedo pasar? No os asustéis. Sussie me ha dicho que no sois la esposa de Penrose y solo quiero haceros unas preguntas.

Una voz juvenil y dulce al otro lado respondió:

—Pasad.

Alistair entró en el cuarto y se topó frente a frente con Rosalind Penrose. A ella le extrañó que el que acababa de entrar por la puerta fuese un caballero. Al menos lo parecía. «Claro que los caballeros no hacen cosas tan horribles como secuestrar mujeres», pensó inocentemente. Lo que él vio fue a una joven dama que llevaba un sencillo vestido rosa y el cabello ondulado y castaño claro en un semirrecogido que lo dejaba caer en cascada sobre la espalda. Era elegante y muy bonita, con unos rasgos más propios de una escultura griega que de una mujer de carne y hueso. Los ojos eran claros, la nariz recta y la boca carnosa y sensual. Era realmente bonita, y su vestido discreto, sin grandes escotes ni demasiados adornos, muy propio de una dama, ayudaba a resaltar sus encantos naturales: la delgada cintura y el busto bien formado sin ser demasiado llamativo. El conjunto era encantador. «Exquisita», pensó Alistair.

—De modo que no sois la esposa de Robert Penrose. ¿Quién sois entonces, si se puede saber? —preguntó Alistair.

—Soy su hermana. ¿Estoy aquí por Robert? —quiso saber ella—. ¿Sois vos ese tal Raven?

—Sí y no —respondió Alistair—. Sí estáis aquí por culpa de Robert, y no, no soy Raven.

—¿Podrías decirme...? —ella calló cuando vio la mano levantada de él.

—No, yo no puedo deciros nada. Solo quiero que sepáis que podéis estar tranquila. Nadie os hará ningún daño. Vuestro hermano pagará su deuda, y vos volveréis a vuestra casa sin que nada malo os haya pasado y sin que nadie sepa nunca de este secuestro. Incluso si vuestro hermano no pagara la deuda, nadie os haría nada a vos, ¿comprendéis? Vuestro secuestro es solo una medida para presionar a Robert. Tranquilizaos y pensad que esto es una aventura que algún día contaréis a sus nietos. —Alistair trató de sonreír mientras se dirigía a la puerta.

—Por favor, por favor, ayudadme a escapar de aquí, os lo ruego —suplicó Rosalind, pero él cerró la puerta con llave y maldiciendo. Le daba una lástima infinita aquella muchacha, pero por nada del mundo traicionaría a Raven. Podía no estar de acuerdo con sus métodos, podía decírselo y tratar de que cambiase de opinión, pero hacer algo a sus espaldas, nunca. Se lo debía todo a Raven. Le debía su vida y todo lo que era y, además, tenía el absoluto convencimiento de que jamás le haría daño a aquella joven.

CAPÍTULO 2

Raven cayó derrotado en la cama. El día había sido duro y aquella tabernera de El Tuerto Joe, Millisent, resultó tan fogosa como prometía su apariencia. Quería dormir. Necesitaba dormir. Comenzó a escuchar nuevamente los gritos de Rosalind pasadas las dos de la madrugada. Pedía, desesperadamente, que alguien la sacara del cuarto. Al principio, Raven no se inmutó, pues creía que Alistair o Paddy irían a tranquilizarla, pero Alistair había decidido salir, y Paddy aún no había llegado, de manera que solo el resto de sus hombres y Sussie estaban en la casa, y ninguno de ellos se hubiese atrevido a entrar en el cuarto de la esposa de Robert Penrose. Llevado por un humor de los mil demonios, Raven se había levantado de la cama. «¿Es tanto pedir que le dejen a uno descansar tranquilamente en su propia casa?», rugió. Llevaba puestos unos pantalones de dormir y el pecho desnudo. Tenía el pelo revuelto y profundas ojeras. Salió de su cuarto dando un portazo. Bajó los escalones de tres en tres y buscó a Sussie. Entró en su cuarto sin llamar siquiera y la despertó sacudiéndola por los hombros y dándole un susto de muerte. Ella se incorporó en la cama, casi temblando.

—Dame la llave del cuarto de esa maldita Penrose —le había dicho. Sussie hubiera matado más de una vez y de dos a Raven y a Paddy si no fuera porque los quería. Los había conocido siendo chicuelos a los tres, también a Alistair, pero este último siempre la había tratado con gentileza.

Alistair había sido desde niño diferente a los otros dos, que eran mucho más vehementes, pasionales y bruscos. Aunque si ella tuviera que elegir a uno de ellos, elegiría a Raven, porque debajo de su dura corteza tenía un inmenso corazón que se afanaba en ocultar.

—Se la di a Alistair, creo que la dejó sobre la mesa de la cocina —le dijo.

—¿Por qué se la diste a Alistair? —quiso saber el hombre.

—No quería molestarte porque sabía que estabas cansado, pero hubo un pequeño problema... La mujer no es la esposa de Robert Penrose.

—¿Qué? —Raven no esperó la respuesta. Salió hacia la cocina, tomó la llave de

encima de la mesa y se marchó dejando tras de sí la estela negra de su mal humor. Subió de nuevo las escaleras a grandes zancadas, deseando estrangular a la mujer que no había dejado de gritar en ningún momento. Introdujo la llave en la cerradura y empujó la puerta hasta que esta se estrelló contra la pared.

—¡O dejas de gritar ahora mismo o te retuerzo el pescuezo! —le dijo elevando su voz de trueno, fastidiado por no poder dormir y porque Paddy se hubiera equivocado al secuestrar a la mujer.

Rosalind se quedó anonadada cuando vio entrar a aquel animal en el cuarto. Mediría un metro noventa, de anchos hombros y músculos de acero. Moreno, con el pelo revuelto y los ojos negros echando chispas. Tenía el ceño fruncido y una mueca de disgusto en la boca. Su pecho desnudo dejó sin palabras a la joven, que nunca había visto a un hombre sin ropa.

—¿Pero cómo os atrevéis a presentaros ante mí de semejante manera? ¿Acaso nadie os enseñó modales? —dijo ella enfurecida, sin darse cuenta de que no estaba en disposición de altiveces ni exigencias, pues la tenían secuestrada unos tipejos de la peor calaña.

Raven vio, en el medio del cuarto, de pie y desafiante, a la joven más bonita que había visto nunca. No era una de esas mujeres que él acostumbraba a meter en su cama, de esas de grandes pechos, pronunciados escotes y belleza escandalosa. Esta joven, casi una muchachita, era deliciosa. Esa era la palabra: deliciosa. Su cuerpo era delicado sin ser endeble, delgado sin ser flaco. Sus formas eran suaves.

El escote insinuaba más que mostraba. La piel no era en absoluto pálida, aunque sí blanca. Los ojos verdes chispeaban por la rabia de verlo casi desnudo, y su pelo castaño claro estaba peinado en un semirrecogido que lo dejaba caer, ondulado y sedoso, sobre la espalda. «Tiene una boquita preciosa», pensó Raven.

—Creo que puedo ir vestido en mi casa como me dé la gana —le dijo él a Rosalind, ignorando el hecho de que ella lo había tratado de usted. Raven siempre tuteaba a todo el mundo y esta muchacha no sería una excepción. Vio que ella abría mucho los ojos.

—¿Vuestra casa? —preguntó ella; él asintió—. Entonces vos debéis de ser Raven. —Él volvió a asentir. Rosalind lo miró detenidamente. Dios santo, qué guapo era aquel condenado demonio. ¿Cómo un alma tan negra podía estar escondida dentro de un envoltorio tan bello?

—¿Y tú quién eres, si se puede saber? —preguntó él fingiendo un mal humor que ya no sentía, pues la exquisitez de la muchacha que tenía enfrente lo había hechizado.

—Soy Rosalind Penrose —le dijo, alzando un poco el mentón—. Y haced el favor de no tutearme, yo no os he permitido semejante confianza.

—¿Penrose? —preguntó él sin hacerle caso—. ¿Qué relación tienes con Robert Penrose?

—Dios santo, ¡lo he explicado ya mil veces! Soy su hermana. Y ahora que ya sabéis que no soy su esposa, ¿me dejaréis irme? Os doy mi palabra de que no diré a nadie que me habéis secuestrado —y la joven lo decía de verdad. Solo quería marcharse de allí, no tenía ninguna intención de ir a la policía, pues no le habían hecho ningún daño.

—Ni hablar —dijo Raven—. Tú me sirves perfectamente para lo que pretendo.

Era cierto. Tal vez no fuese la esposa, sino la hermana, pero Robert Penrose se cuidaría mucho de armarles una jugarreta si temía que le hiciesen daño a su hermana.

—Debes estar tranquila. No te haremos nada. Tu misión es estar aquí calladita —le dijo Raven sin poder apartar la mirada de ella.

—¿Cuánto tiempo me tendréis aquí encerrada? —Ella comenzaba a darse cuenta de que él no la soltaría y cambió de táctica—. ¿Hay algo que yo pueda hacer para que me permitáis salir del cuarto?

Raven alzó las cejas con una media sonrisa asomándose en los labios, pero la inocente expresión de ella le hizo comprender que no había captado el doble significado de sus palabras. Claro que podía hacer algo, una joven bonita como ella podía hacer muchas cosas para que un hombre cambiase de opinión. Raven decidió no bromear con la joven, seguramente se sonrojaría y no encontraba divertido acalorar a muchachitas ingenuas.

—Si estás calladita y sin hacer ruido hasta mañana a las diez de la mañana, haré que te suban una tina con agua bien caliente para que te bañes y alguno de tus vestidos. Paddy los trajo aquí para ti, directamente desde tu cuarto. —Rosalind abrió los ojos horrorizada al imaginarse a aquellos tipejos rebuscando entre sus cosas, en su cuarto—. Y podrás moverte por la casa, no tendrás que estar aquí encerrada. De hecho, compartirás las comidas con Paddy, con Alistair y conmigo. Pero debes estar muda hasta las diez de la mañana y dejarme dormir. ¿Hay trato?

—Claro que hay trato. Ni siquiera respiraré para no perturbar vuestros sueños —dijo ella sin pretender ser graciosa, pero siéndolo. Había cambiado de estrategia, y Raven admiraba esta capacidad de adaptación. Puede que fuese una jovencita inocente e ingenua, pero no tenía ni un pelo de tonta.

—Hasta mañana —le dijo el hombre y cerró la puerta tras él con una vuelta doble de llave. Raven se encaminó hacia su cuarto y se echó sobre la cama, pero tardó en dormirse. Pensó en Rosalind Penrose. Era la primera vez que hablaba con una muchacha así. Desde luego, no era la primera dama con la que se

tropezaba. Había compartido cama con algunas, viudas y hasta casadas, mujeres de dilatada experiencia y apetitos voraces, pero nunca con una palomita así. A él le gustaban las mujeres con experiencia, mujeres a las que no hubiera que indicarles el camino, pues lo conocían tan bien como él. Sonrió al imaginarse la cara que habría puesto Alistair al verla. Alistair era un sentimental, y una palomita así le habría hecho temblar hasta la fibra más sensible, porque, además, era muy bonita la condenada.

Rosalind se sintió renovada después del baño. Había estado callada toda la noche y Raven cumplió su palabra. Un poco más tarde de las diez de la mañana, un par de hombres colocaban en su cuarto una tina y subían agua caliente. Sussie le dio uno de sus vestidos, el azul. No era demasiado nuevo, pues hacía tiempo que no podía permitirse el lujo de comprar nada debido a que su hermano gastaba el dinero en otros asuntos que poco tenían que ver con ella. Aun así, el vestido no le sentaba mal, hacía que su piel blanca luciera como alabastro.

—En media hora vendré a buscarte para que bajas a desayunar con Raven y los muchachos —le dijo Sussie, con aquella horrible manera de tutearla que tenían todos en esa casa, excepto Alistair, después cerró con doble llave la puerta y bajó las escaleras. Cuando regresó a buscarla, Rosalind estaba impecablemente vestida y peinada. No era capaz de arreglarse el cabello como se lo arreglaba Molly, así que optó por una trenza floja. Vio por primera vez la casa en la que se encontraba, ya que cuando la habían traído tuvo los ojos vendados hasta encontrarse dentro de la habitación. La escalera era de madera oscura, y la alfombra que había en el vestíbulo, de excelente calidad, tenía hermosos dibujos florales. Le extrañó el gusto de los objetos que estaba viendo. Eran pocos, pero bien elegidos, hermosos. Sussie la acompañó hasta un comedor ricamente adornado con una araña dorada en el techo y candelabros a juego en las paredes. La mesa y las sillas eran de roble tallado, y el servicio de mesa no muy distinto al que se utilizaba en su casa cuando aún tenían una vajilla que no habían tenido que empeñar. Vio a los tres hombres sentados, esperándola: Raven, vestido como siempre de negro, parecía un rey diabólico presidiendo la mesa. A plena luz del día y sin el pelo revuelto y las ojeras de la noche anterior, la belleza de sus rasgos cortaba la respiración. Alistair tenía un aspecto menos intimidatorio que el de Raven, pero también era mucho menos atractivo, aunque era un caballero: fue el único que se levantó de su silla al verla entrar y la ayudó a sentarse apartándole el asiento. El último hombre, el de la poblada barba pelirroja, era su secuestrador. Rosalind no pudo evitar un escalofrío al verlo. Se sintió incómoda. Había logrado escuchar que Raven le recriminaba al pelirrojo que no le hubiese dicho que la joven secuestrada no era la esposa, sino la hermana de Penrose, y él, con un terrible acento cockney, le respondía: «No te encontré en todo el día y cuando llegué a casa era tarde y estabas dormido».

—Tratadla bien, muchachos —les dijo Sussie cuando la joven entró en el comedor—, no es más que una pichona.

Rosalind ya estaba sentada a la mesa y cuando oyó las palabras de la criada, preguntó intrigada:

—¿Qué significa pichona?

Paddy estalló en una carcajada estruendosa cuando oyó a la joven, y Raven también hizo una mueca de humor, aunque no llegó a explotar como Paddy, pues no tenía una naturaleza tan alegre como la de él. Al único que no le hizo gracia fue a Alistair, que se apresuró a contestarle:

—Sussie se refiere a que sois una muchacha joven e inocente, muy distinta a las mujeres con las que solemos tratar.

—¡Ah! —exclamó Rosalind.

Raven, que estaba a su izquierda, tomó la tetera y se dirigió a ella.

—Aquí nos servimos nosotros mismos. Si te apetece desayunar algo que no encuentres en la mesa, puedes pedirselo a Sussie —le dijo sin mirarla siquiera—. ¿Cómo te gusta el té?

—Con un poco de leche y sin azúcar. Gracias —respondió ella un poco cohibida. Él se lo sirvió, y ella tomó después una tostada de la bandeja del centro y la comió con apetito. Raven se percató de que Rosalind no levantaba la mirada de su plato y de que estaba ruborizada. Se dio cuenta también de que ella estaba notando las miradas de los tres hombres clavadas en su rostro. Al fin y al cabo, ninguno de los tres había compartido mesa con una dama delicada como ella. El simple hecho de verla comer la tostada o alzando hasta su boca la taza de té los deleitaba. Sus gestos eran delicados, pero firmes. Sabía comportarse y lo hacía de una manera natural, sin imposturas. Viéndola a ella, era evidente que los modales de Alistair eran aprendidos recientemente. También Raven y Paddy podían comportarse como Alistair si querían. Los tres habían recibido un mínimo barniz de educación, pero, al contrario que Alistair, a ellos no les importaba ser lo que eran. En cambio, aquella mañana, y sin proponérselo, los tres comieron como perfectos caballeros en presencia de aquella dama.

—¿Irás hoy a la naviera? —preguntó Paddy.

—Sí —respondió Raven—, iremos Alistair y yo a eso de las doce. Creo que firmaremos los documentos de cesión antes de que termine la semana.

—¿Cuántos barcos? —preguntó de nuevo Paddy.

—Ocho —esta vez fue Alistair quien respondió.

—Seis de ellos deben reformarse casi por completo —refunfuñó Raven—, pero me los ha dejado a buen precio.

—Finalmente vas a convertirte en un tipo legal —Paddy le sonreía a Raven mientras decía estas palabras.

—Nunca seré del todo legal, es demasiado aburrido —murmuró Raven y le dirigió una mirada directa a Rosalind, que había seguido la conversación sin comprender muy bien de qué estaban hablando. Entonces le habló a ella—. Puedes moverte por la casa, pero no salir al jardín. Si tratas de escaparte o de ponerte en contacto con el exterior, te arrepentirás. Te doy un voto de confianza. No intentes jugármela.

Rosalind había quedado hipnotizada mirando los ojos negros de Raven. Asintió a lo que le dijo y cuando ellos se levantaron, ella tomó la servilleta de su regazo y la depositó sobre la mesa, incorporándose a su vez. Salieron del comedor, y Raven le indicó una puerta tras la cual estaba la biblioteca.

—Quizás encuentres algo de tu agrado. Creo que a las damas os gusta la lectura.

—Se nota que habéis conocido a pocas damas —le dijo ella antes de poder refrenar su lengua—, pues a la mayoría no le interesan los libros lo más mínimo.

—He conocido a suficientes damas, no me interesa ese tipo de mujeres —le respondió él con tono cortante—. Conocerme a ti ya ha sido un exceso para lo que puedo soportar. —Fue duro de forma gratuita y lo sabía, pero aquella mocosa no valoraba en lo que valía el hecho de que él fuese amable dejándola salir del cuarto, indicándole dónde estaba la biblioteca... Si hubiera sido otro el secuestrador, ella no se encontraría en tan buen estado.

—Me conocisteis porque me mandasteis secuestrar, así que no me habléis como si yo tuviese la culpa de estar aquí —le dijo ofendida, y se dirigió a la biblioteca con seguridad, como si la casa fuese suya.

—La culpa la tiene el desgraciado de tu hermano —le espetó él cuando ella ya estaba cerrando la puerta. Después se dirigió con Paddy y Alistair al despacho a ultimar los detalles de la firma del contrato de la compra de los barcos. Se sentó tras el escritorio, y sus amigos, enfrente.

—Esa es de tu tipo —le dijo Raven a Alistair, que lo miró sorprendido. Sin saber muy bien el motivo, a Raven le molestaba la posibilidad de que a su amigo pudiera gustarle la muchacha.

—¿Rosalind? —le preguntó con incredulidad Alistair.

—Yo diría que es el tipo de cualquiera, ¿la has visto bien? Ummmm —comentó Paddy—. Pero por bonita que sea, nuestro Alistair ya tiene sus afectos puestos en otro lugar... ¿No te has dado cuenta de que sale todas las noches y llega de madrugada?

—Es cierto... ¿Y quién es ella, Alistair? —quiso saber Raven con curiosidad.

—Una de las chicas nuevas del burdel —explicó Paddy sin darle tiempo a su amigo de que se explicara.

Raven chasqueó la lengua y lo miró fijamente. Estuvo pensativo unos segundos y después habló.

—Si de verdad te gusta, sácala del burdel y cómprale una casita. Dale otro tipo de vida. Esa es una vida perra para cualquiera. —Todos callaron porque sabían que estaba pensando en su madre. Para cambiar de tema y que volviese la alegría a la reunión, Alistair le dijo a Raven:

—Rosalind Penrose te gusta a ti, no a mí, así que no desvíes la atención —lo había dicho en broma, pero la reacción de él hizo que se diera cuenta de que había algo de cierto.

—A mí no me gustan las pichonas inexpertas —gruñó, de pronto, con una violencia que no se correspondía con el comentario que le había hecho Alistair, ya que ese mismo comentario dicho de cualquier otra mujer se lo hubiese tomado de modo muy distinto.

—Nadie es perfecto, Raven —dijo Paddy para seguir pinchándolo—, y, además, lo de ser inexperta tiene solución. Unas cuantas noches en tu cama la curarían de ese mal.

CAPÍTULO 3

Rosalind nunca había estado en una taberna. El tuerto Joe era bastante famosa entre los marineros, pero también entre las gentes de mal vivir. Estaba muy cerca del puerto y extraña era la noche en la que no ocurría algún altercado. Claro que eso era cuando el propio tuerto era el dueño. Ahora que la había comprado Raven, los parroquianos se cuidaban mucho más de no armar jaleo, especialmente en noches como aquella, en la que el propio Raven asistiría a la partida de naipes.

Se decía que los de siempre iban a jugar contra un lord que le debía miles de libras a Raven. Los de siempre eran Johnston, Broward y Malone. Este último era el azote de los tramposos, pues los cazaba al vuelo antes ya de que hiciesen ninguna trampa. Decía que la mirada los delataba. El lord que completaba el cuarteto de jugadores era Robert Penrose.

Raven había decidido que esa noche Robert debía ver a su hermana. Llevarla a la taberna era un mensaje doble: ella está bien, pero puede dejar de estarlo. «Es una locura», le había dicho Alistair, «ese no es lugar para ella». Pero cuando Raven tomaba una decisión, la llevaba a cabo.

—Ponte esta ropa. Te llevarán a ver a tu hermano en unos minutos —le dijo Sussie mientras colocaba sobre la cama un vestido de burda tela y un antifaz.

—¿Por qué debo llevar antifaz? —quiso saber la joven, pero Sussie se encogió de hombros.

—A mí nunca me cuentan gran cosa. Me dan las órdenes, y yo las cumplo.

Rosalind se había puesto el vestido y, al verse en el espejo, dejó escapar una exclamación de espanto. ¡Ella no saldría del cuarto con semejante impudicia! Y así se lo dijo a Sussie cuando esta subió a avisarle de que Raven, Alistair y Paddy estaban esperándola.

—¿Que no va a hacer qué? —preguntó Raven furioso—. Dile... No, mejor se lo digo yo mismo. —Y subió los escalones a grandes zancadas. Abrió la puerta sin llamar antes, y Rosalind, que no se lo esperaba, ahogó un grito de asombro y trató de cubrirse el pecho como mejor pudo.

—¡No entréis aquí! ¡No pienso salir con este vestido, me niego! —le gritó.

Raven nunca había tenido demasiada paciencia y la mojigatería de la joven lo estaba sacando de sus casillas.

—Déjame ver qué es eso que te parece tan escandaloso —ella dio un paso hacia atrás cuando él se le acercó, pero le quitó los brazos que tenía cruzados sobre el pecho sin demasiados miramientos y observó ese escote que tanto escandalizaba a la joven. Ella creyó morir de la vergüenza viendo cómo él observaba sus senos.

—No seáis canalla, dejad de mirarme así —dijo ella con un tono más de súplica que de enfado. Raven vio que el escote era, efectivamente, mucho más pronunciado que los que ella solía traer, de hecho, casi se adivinaba la aureola del pezón, pero, al contrario de lo que la muchacha pensaba, la favorecía mucho. Ella no tenía demasiado pecho, pero sí el suficiente para resultar atractivo, y ese tipo de escote la hacía lucir más deseable.

—Estás mucho mejor con este vestido que con tus trapos de monja —le dijo con tono tosco.

—¡He dicho que no iré así y no iré! —le gritó al tiempo que daba una patada en el suelo. Antes de que pudiera percatarse, Raven la alzaba por los aires, la ponía sobre su hombro y la bajaba por las escaleras sin hacer caso a su pataleta ni a los puñetazos que le iba dando en la espalda.

—¡Bajadme, salvaje! —le gritaba, pero él no lo hizo. Pasó delante del risueño Paddy y el ceñudo

Alistair y la sentó en el carruaje.

—Si oigo una palabra o un gimoteo en todo el camino, la próxima vez que salgas llevarás un vestido tan escandaloso que las putas de Londres parecerán decentes a tu lado —le dijo Raven casi en un susurro, con ese tono que utilizaba cuando ya había perdido la paciencia por completo. Ella abrió mucho los ojos y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no llorar. Aquel hombre era un demonio, un malvado, un canalla, un sinvergüenza... A ella le hubiera gustado saber insultar para escupirle en la cara todo lo que pensaba de él con un lenguaje tan colorido como el del propio Raven.

Millisent vio entrar a Raven en la taberna y salió de detrás de la barra para saludarlo con la confianza del que ha compartido cama con alguien y cree que va a volver a compartirla. Qué guapo estaba todo de negro: el pantalón, la camisa el chaleco y la chaqueta. Parecía un hermoso príncipe de las tinieblas. Millisent se detuvo en cuanto vio a la mujer con antifaz que entraba tras él.

—¿Quién es ella? —le preguntó a Paddy.

—Su nueva amante —respondió este, para zanjar el tema, ante la mirada recriminatoria de Alistair.

El local estaba casi lleno, al fondo, uno de los hombres de Raven preparaba la mesa de juego. Ya había risotadas y olor a vino barato y ese ambiente de fiesta previo a las apuestas, cuando todos creen que esa puede ser la noche en la que ganen un buen pellizco si saben apostar por el ganador.

—Sube las escaleras —le dijo Raven a Rosalind, pero esta no parecía dispuesta a hacerle caso—. ¡Sube las escaleras o por todos los demonios te prometo que te desnudo aquí mismo delante de mis hombres! —Él sabía que eso aterrorizaría a la joven, y, en efecto, ella comenzó a subir los escalones tras echar un pequeño vistazo a los canallas desalmados que había en el lugar. Raven ordenó a Millisent que les llevara unos tragos y subió detrás de Rosalind. La planta de arriba tenía un cuarto con un camastro contra la pared mugrienta—. Siéntate ahí, ahora mismo vendrá tu hermano —le dijo a la joven; esta se sentó sobre el jergón con una mueca de asco y trató de cruzar los brazos lo mejor que pudo para tapar el escote.

Millisent entró en el cuarto y miró fijamente a la mujer allí sentada en el jergón, pero no dijo nada. La mirada fue tan evidente que a Rosalind no le cupo ninguna duda de que Millisent y Raven eran amantes.

—¿Llegó Penrose? —preguntó el rey del hampa. Ella respondió afirmativamente—. Pues hazlo subir.

Millisent salió de mala gana del cuarto, y, a los pocos minutos, subió Robert Penrose. Era joven, rubio y tan guapo como su hermana. Al principio, no se fijó en la mujer sentada en la cama, excepto por el antifaz que le pareció algo excéntrico. Solo cuando escuchó su voz, llamándolo, se dio cuenta de que era Rosalind. Ella se echó en sus brazos, pero la frialdad de su hermano fue patente para todos los presentes. La miró de arriba abajo. Raven pudo observarlo desde la esquina en la que se encontraba, semioculto entre las sombras y con actitud regia.

—¿Y esa ropa de mujerzuela? ¿Y el antifaz? —preguntó con una mueca de desprecio.

—Ambas cosas sirven para que pase desapercibida. Igual que tú frecuentas los bajos fondos, otra gente de tu... clase puede frecuentarlos también, ¿qué crees que pensarían si ven a una tierna damisela en un lugar como este? Yo cumplo lo que prometo: si nos pagas, ambos regresaréis sanos y salvos a casa y esto será un mal sueño que olvidar —dijo Paddy, porque Raven ni siquiera se rebajó a hablarle, se limitó a permanecer con los brazos cruzados en una esquina del cuarto. Robert Penrose sabía quién era él, pero

no se atrevió a dirigirle la palabra, puesto que Raven no había dicho nada. Le tenía miedo. ¿Quién diablos no temía a Raven?

—¿Te han hecho algo? —le preguntó a su hermana, ignorando lo que acababa de decirle Paddy. Ella negó con la cabeza.

—No le hemos puesto un dedo encima, si es a lo que te refieres. Te la llevarás tan virgen como llegó. Podrás casarla con algún imbécil rico, no te preocupes —le escupió Paddy—. Y ahora, baja a ganar. Te conviene.

Robert miró por última vez a su hermana antes de bajar las escaleras y comenzar a jugar. Paddy y Alistair lo siguieron, y Raven también, pero no sin antes decirle a Rosalind:

—Tú te quedas aquí, es más seguro. —Le dio la espalda y desapareció escaleras abajo.

Habría pasado más o menos una hora cuando Rosalind, aburrida de estar sola en el cuarto, asomó la naricilla por la puerta. Desde lo alto de la escalera observó a decenas de hombres arremolinados alrededor de la mesa de los jugadores. Su hermano tenía mucho dinero delante y parecía ir ganando. Nadie se fijó en ella y, guiada por un impulso, decidió escabullirse. Tenía que huir de aquel maldito hombre, de Raven. Su crueldad era intolerable. Rosalind no estaba acostumbrada a ser tratada de ese modo, el propio lenguaje de Raven le resultaba soez y escucharlo hablar era una bofetada en sus oídos, pero además estaba su manera brutal de tratarla: amenazarla de aquel modo, cargársela a la espalda como si ella fuese un fardo... A ella, a una dama. No sabía que había hombres así en ningún lugar del mundo. Muchas veces, al hablar del matrimonio, había expuesto a su propia madre sus temores con respecto a su futuro marido. «¿Y si es malo?», se preguntaba, pero cuando pensaba en hombres malos, no pensaba en hombres como Raven. No creía que existieran hombres que trataban tan mal a las mujeres. Raven era el demonio o, al menos, lo más parecido al demonio que había en la tierra. Bajó sigilosamente las escaleras y huyó a la calle. Hacía una noche agradable, pero la luna no brillaba en el cielo y las calles estaban demasiado oscuras, pues en las zonas marginales no encendían farolas. Caminó sin rumbo fijo, deseando llegar a alguna zona que le resultase conocida o encontrarse con alguien a quien pedir ayuda, pero las calles estaban desiertas y todas eran desconocidas para ella. Al doblar una esquina, tropezó con un cuerpo hediondo. Por su voz supo que era un hombre.

—¿Qué haces por aquí tan sola? —le dijo. Su aliento apestaba. Rosalind quiso gritar, pero él le cubrió la boca con su sucia mano.

Paddy y Alistair subieron al cuarto a buscar a Rosalind cuando se acabó la partida. Habían estado tensos por miedo a que Malone descubriera a Robert Penrose haciendo trampas y acabasen en una pelea a cuchillo, pero Penrose no había hecho trampas, había jugado limpio y tan concentrado que ganó una buena cantidad de libras. Paddy había guardado el dinero en el bolsillo interior de su chaqueta tras contarlos y le había dicho al lord:

—Muy bien, si sigues así, con dos partidas más saldás la cuenta.

Al llegar al cuarto, lo encontraron vacío. Bajaron corriendo las escaleras y buscaron a Raven, que fumaba un cigarrillo en la puerta de la taberna y le daba indicaciones a alguno de sus hombres.

—La muchacha ha desaparecido —le susurró al oído Alistair. Raven entrecerró los ojos.

—Que Paddy la busque hasta en el último rincón de la taberna, tú y yo vamos a dar una vuelta por los alrededores.

Alistair gritaba el nombre de Rosalind, pero Raven no, se limitaba a cruzar las calles y a buscarla. Se iba a enterar esa mocosa cuando la encontrase. Iba a enseñarle lo caro que salía tratar de jugarla a él. Llegó muy cerca de Maxim Park, una zona que no le gustaba, pues le traía recuerdos de su infancia, de cuando había comenzado a vivir en las calles antes de ser el hombre fuerte y temido que era ahora. Recordaba las palizas que le daban los chicos mayores y cómo lo obligaban a robar para ellos. De pronto, oyó la voz de Rosalind, la misma que había escuchado desde su cuarto la primera noche que había sido secuestrada. Rosalind pedía ayuda y gritaba el nombre de Alistair. Todos sus instintos se pusieron alerta. Nadie grita de ese modo si no está en un serio aprieto.

—¡Alistair! ¡Socorro!

Escuchaba cada vez más cerca la voz desesperada de ella. Corrió, siguiendo el sonido de sus palabras, hasta que la encontró en Dobton Abbey, aquel maldito callejón, profundo y oscuro, donde los chicos mayores le pegaban a él y a Alistair cuando eran pequeños. Aún ahora le recorría un escalofrío la espalda cada vez que se acordaba de aquel miedo infantil, de aquella violencia. En el fondo del callejón, vio a dos figuras forcejeando.

—¿Rosalind? —gritó él.

—¡Dios mío, Raven, ayúdame, por favor! —Ella parecía desesperada, la voz ronca de tanto gritar. Raven saltó sobre el bulto que la atenazaba contra la pared y lo tiró al suelo. Lo agarró por el pelo y lo arrastró hacia la boca del callejón para poder distinguir sus facciones.

—¡Emory Dalton! —dijo incrédulo—. ¡Maldito violador hijo de puta! ¿Acaso no sabes lo que les hago a los hombres como tú? —le preguntó Raven con los ojos encendidos de furia. Alistair apareció corriendo al final de la calle—. Llévatelo de paseo al muelle y que te acompañe Paddy —le indicó Raven a su amigo con aquella frase que indicaba que debían darle una buena paliza al tipo. Lo dejó allí tirado para que lo recogiera Alistair y corrió al callejón. Rosalind estaba en el suelo, no se movía. Se arrodilló a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó con un tono amable que sorprendió a la muchacha. Estaba tan aterrorizada y, contra todo pronóstico, se alegraba tanto de la llegada de Raven que lo único que se le ocurrió fue rodearle el cuello con los brazos, hundir la cara en su pecho y romper a llorar. Él se sorprendió al verla así. Por Dios, qué susto debía de haberse llevado. ¿Acaso Emory Dalton habría logrado...?—. ¿Te hizo algo?

—No, no le dio tiempo... Quería besarme y subirme el vestido. —Ella pareció tomar conciencia de nuevo del profundo escote y trató de taparse cruzando los brazos. Aún sollozaba. Se hubiese sentido más cómoda con Alistair que con Raven, pues la hubiese comprendido mejor, pero en cualquier caso se alegraba de haber sido recatada por cualquiera de ellos.

—Ya pasó todo. Vámonos a casa —le dijo Raven, aun con ese tono tierno en la voz. La tomó en brazos y la llevó así hasta que llegaron al carruaje. Era tan agradable estar entre sus brazos, sentirse por fin a salvo. Hundió la cabeza en el pecho de él y apretó sus brazos alrededor de su cuello.

—Gracias —le susurró ella—. Os debo la vida.

Raven pensó que debía hablar con la muchacha, decirle que lo que le había ocurrido debía enseñarle

lo peligroso que era escaparse y andar sola por aquellos lugares. Pero esa noche no iba a decirle nada, esa noche ella debía descansar, dormir, olvidar. Maldita sea, no era más que una muchachita, y ese animal de Emory se abalanzó sobre ella. Si no hubiese llegado a tiempo, la hubiera violado. Apretó los dientes ante este pensamiento.

CAPÍTULO 4

Raven acompañó a Rosalind hasta la puerta de su cuarto.

¿Estás bien? —quiso saber. Como ella respondió afirmativamente, él le dijo, antes de retirarse a su propio cuarto—: Si necesitas lo que sea, avísame. Aquella es mi puerta. —Y señaló la que estaba al final del pasillo. Le había ordenado a Sussie que le subiera un té a la joven.

Rosalind cerró la puerta y se tumbó en la cama. Nuevamente comenzó a llorar. Quién iba a imaginarse que el mundo era un lugar tan peligroso. ¿Qué hubiera ocurrido si Raven no hubiese llegado? Prefería no ahondar en este tipo de pensamientos. Casi de inmediato escuchó un par de golpes en la puerta y vio entrar a Sussie con una taza de té humeante que colocó sobre su mesita de noche.

—Dios santo, criatura, acabo de enterarme de lo que te ocurrió. ¿Cómo te encuentras? —Rosalind trató de contener el llanto—. Vamos, vamos, llora si lo necesitas —dijo Sussie, sentándose en el borde de la cama y abrazando con ternura a la joven. Rosalind se relajó y lloró sobre su hombro hasta que por fin pudo hablar.

—De no haber sido por Raven... —Hubo una pequeña inflexión en su voz—. Pensar que hace unas horas lo consideraba el peor hombre del mundo y ahora sé que los hay mil veces peores.

—¿El peor hombre del mundo? —preguntó asombrada la criada—. ¡Oh, querida, qué poco conoces el mundo y a los hombres! Raven no es ningún santo, pero tampoco es un demonio. Es, simplemente, un hombre que ha tenido que sobrevivir y que decidió ser lobo en vez de cordero. Comer antes de que lo comiesen a él. Si supieras, aunque solo fuese mínimamente, la historia de Raven, lo comprenderías mejor...

—Cuéntamela, Sussie —pidió la joven tan intrigada que por un segundo logró apartar de su mente el desagradable incidente que acababa de vivir.

—Oh, no, querida —negó exageradamente con la cabeza—, Raven me mataría si sabe que cuento su historia a alguien. Es demasiado orgulloso para eso.

—¿Ha tenido una vida muy dura? —insistió Rosalind.

—Digamos que la suya ha sido la clase de vida que convierte a los hombres en animales, que los endurece hasta hacer desaparecer de ellos el más mínimo rasgo de humanidad. Pero Raven no es así. Raven hace cosas maravillosas por la gente. El problema es que algunas personas no lo comprenden. Por ejemplo, tú...

—¿Yo? —se sorprendió la joven.

—Sí, tú. No te das cuenta de que no puedes usar la dureza contra una piedra, pues la piedra siempre vencerá. Y Raven es una piedra. Pero si utilizas la paciencia, la comprensión y la ternura, la piedra se desarmará, se derretirá, no sabrá cómo salir al paso y aparecerá entonces su verdadera alma.

—Esta noche, cuando me... salvó —dijo casi en un balbuceo la muchacha—, se comportó de una manera... Fue muy amable conmigo. Casi tierno.

Sussie, que vio un verdadero filón en las palabras de la muchacha, comenzó a tejer la tela de araña. Si había algo que deseaba la criada, era que Raven tuviera, al fin, la vida que merecía. El rey del hampa le había quitado el hambre y le había dado un trabajo honrado, un techo, y la había hecho sentir parte de una familia. Puede que Raven ya no fuera el muchacho zarrapastroso de antaño, era poderoso y rico, respetado y temido, pero nada de eso llenaba su corazón como lo llenaría una familia, una esposa que lo

amase, y aquella joven, Rosalind Penrose, era tan delicada y bonita, tan dulce e inocente, que podría aplacar como nadie al demonio interior que hervía en la sangre de Raven. Quizás si ella ayudaba un poquito, Rosalind y el rey del hampa acabarían chocando como dos barcos en la noche, uno contra el otro.

—Bueno, querida, es que Raven se siente atraído por ti, aunque no sepa demostrarlo. Muchas veces es duro y hasta cruel, pero si te diriges a él de manera amable, lo desarmarás por completo. Antes de salir para ver a tu hermano, él te dijo a gritos que si no bajabas de inmediato con el vestido que él te había dado, la próxima vez saldrías vestida de manera aún más impúdica. Lo retaste directamente, y nadie reta al rey. Si, en cambio, con amabilidad, le hubieses dicho: «Por favor, no me obligues a salir así» y le hubieras puesto esos tiernos ojillos de paloma, él te habría dado otro vestido. A los hombres hay que saber camelarlos, querida, sobre todo si tienen una voluntad de hierro como la de Raven.

Rosalind casi estaba en estado de shock desde que le había escuchado a Sussie decir que Raven estaba interesado en ella. ¿Sería eso cierto? En todo caso, no se atrevía a insistir en el asusto, no quería que la criada creyese que le importaba Raven lo más mínimo.

—¿Qué me estás sugiriendo, Sussie? —le preguntó Rosalind, entrecerrando los ojos claros y chispeantes.

—Que tu estancia sería mucho mejor si te esforzaras en ser amable. Combate la dureza de Raven con ternura, agrádecele las atenciones que tenga contigo, trátalo con respeto y lo tendrás comiendo de tu mano en menos de lo que canta un gallo.

Rosalind se quedó pensativa. ¿Acaso era eso lo que ella quería, que Raven comiese de su mano? Lo que sí quería era que su estancia fuese lo más cómoda posible, ya que no tenía más remedio que soportar ese encierro, y si la amabilidad era la manera de lograrlo, sería la mujer más amable de toda Inglaterra.

Cuando Raven escuchó cómo se cerraba la puerta del cuarto de Rosalind, salió al pasillo para llamar a Sussie. La criada entró en la estancia y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué tal está? —quiso saber él.

«¡Oh, por Dios, qué fácil va a ser esto! Pero si estos tórtolos ya se gustan y ni siquiera se han dado cuenta», pensó Sussie, y siguió con su plan para hacerlos caer a uno en brazos del otro.

—Se encuentra mejor. No hace más que hablar de ti. Dice que no sabe cómo podrá agradecerte lo que has hecho por ella. La tienes encandilada, Raven —dijo la criada, soltando el anzuelo para que él picara.

—¡Bah! —respondió Raven—, ha pasado tal susto que valora en más de lo que vale lo que he hecho por ella. ¡Dios! Mataría a ese cabrón. Abalanzarse así sobre la muchacha —había verdadera rabia en las palabras del rey del hampa.

Sussie rió para sus adentros.

—No es eso, Raven. Te considera su héroe. La has salvado de la situación más terrible de su vida. Y si a eso le añadimos lo otro... —explicó Sussie con un tono de falsa ingenuidad.

—¿Lo otro? —preguntó Raven.

—Sí, ya sabes... La pobre muchacha es tan ingenua que ni siquiera sabe disimular...

—¿Disimular el qué? —quiso saber Raven, verdaderamente intrigado.

—Oh, vamos, ya lo sabes, no puede haberte pasado por alto —dijo ella, y Raven alzó las cejas en señal de duda—. A lady Penrose le gustas. Le gustas mucho.

Los ojos de Raven se abrieron desorbitadamente. ¿Qué locura era aquella que estaba diciendo Sussie? Rosalind lo temía y a ratos también lo detestaba, esos eran los únicos sentimientos que despertaba en ella.

—No digas estupideces, Sussie. Alguien como ella jamás se rebajaría a poner sus ojos en alguien como yo —dijo Raven con un dejo de amargura en la voz—. Y la verdad es que me importa poco. Lo que me sobran son mujeres.

—¿Alguien como tú? ¿Alguien guapo y rico, alguien con poder suficiente como para paralizar la vida de Londres durante varios días? —preguntó la criada.

—Sabes a lo que me refiero. Ella jamás me miraría de ese modo —comentó tajante para dar por finalizada la conversación.

—Si no me crees, fíjate en cómo actúa, cómo se comporta contigo. No me creas si no quieres, pero compruébalo por ti mismo —trató de convencerlo Sussie, creyendo que si Rosalind se comportaba amablemente, tal y como ella le había sugerido, Raven se ablandaría y sacaría su mejor carácter—. La cuestión no es si a ella le gustas. La cuestión es si a ti te gusta ella.

¿Cómo no iba a gustarle? Preguntar si le gustaba Rosalind era como preguntarle a un bebedor de whisky si le gustaba el whisky escocés. Por supuesto que le gustaba. Raven pensó en el cuerpo espigado de Rosalind, en sus modales encantadores, en su boca tierna y en sus ojos llenos de candor. Pensó en su escote con aquel burdo vestido y se le cortó la respiración. Nunca hubiese pensado en Rosalind en esos términos, porque no le gustaba que lo rechazaran, y una dama como ella siempre despreciaba a los parias como él, pero si fuese cierto que se sentía atraída por él, Raven se podía permitir el lujo de fantasear. La joven era preciosa, tierna, su única pega era su inexperiencia. Raven jamás había tenido entre sus brazos a una jovencita inocente y ni siquiera sabía cómo comportarse. De pronto, se descubrió a sí mismo imaginando a Rosalind en su cama y, por todos los demonios, le hervía la sangre con solo barajar tal posibilidad.

Rosalind era incapaz de dormir. Buen Dios, ¿y si fuese cierto que Raven sentía algo por ella? Se le puso un nudo en la garganta que le hacía casi imposible tragar saliva. Era un hombre tan atractivo, pero era tan peligroso. Rosalind casi no podía reconocer ante sí misma que le temblaban las piernas al imaginar a Raven besándola, pero después recordaba que era un hombre extremadamente peligroso y el miedo la paralizaba. Por otro lado, la había salvado de aquel asqueroso violador, ¡y había sido tan tierno con ella! Casi sentía aún la agradable sensación de estar entre sus brazos, con la cara pegada contra su pecho, absorbiendo aquel aroma a tabaco y whisky. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras se preguntaba si Sussie tendría razón, si la amabilidad y la ternura eran las armas para que Raven claudicara. ¿Tendría el valor de intentarlo? ¿Se atrevería a ser dulce con él? Y lo más importante: si él reaccionaba positivamente, ¿cómo reaccionaría ella ante la dulzura de Raven? Tal vez se estuviera volviendo loca, porque Raven no era un caballero, era un delincuente, un canalla, la había secuestrado para obligar a su hermano a pagarle una deuda, era una persona totalmente inadecuada, no lo aceptarían en los círculos sociales de Londres, su hermano no lo aceptaría en absoluto, pero ella había comenzado a plantearse, tras la conversación con Sussie, qué sentiría al ser besada por Raven, acariciada por Raven, y por Dios, solo con imaginárselo su cuerpo ardía.

CAPÍTULO 5

Raven ya estaba desayunando en el comedor cuando Rosalind bajó. Se había demorado a propósito, dejando que se adelantasen Alistair y Paddy, solo para poder verla. Aunque había tratado de ignorar los comentarios de Sussie, le fue imposible no hacerles caso y, finalmente, pensó que lo mejor sería comprobar por sí mismo si era cierto que la muchacha sentía algo por él.

Rosalind entró en la sala un poco cohibida. Aún resonaban en su cabeza las palabras de Sussie: «Raven se siente atraído por usted, aunque no sepa demostrarlo». Y allí lo tenía, ante ella, sentado en la mesa con una taza de café bien cargado delante, completamente vestido de negro y con aquel gesto taciturno y duro. Sus ojos eran profundos y oscuros, ojos inquisidores a los que parecía imposible ocultarles ningún secreto. Su pelo, un poco largo, enmarcaba su bello rostro dándole un aire peligroso, pero condenadamente atractivo. Sus facciones eran varoniles, la piel dorada. Rosalind tragó saliva y bajó la mirada al suelo.

—Buenos días —dijo antes de sentarse en la mesa. Él se levantó para apartarle la silla. Era la primera vez en su vida que trataba así a una mujer. Hasta ese momento, solo Alistair se había dignado a hacer semejante gesto con alguna que otra dama con la que había compartido placeres.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó. En su tono se notaba que verdaderamente se interesaba por su estado, pero no había ni un ápice de compasión en su voz, solo preocupación. Eso le gustó.

—Bien —dijo ella sin atreverse aún a mirarlo a los ojos; se armó de valor y siguió hablando—: Bien gracias a vos. No sé cómo voy a poder compensar lo de anoche. —Levantó la mirada y se atrevió a clavarla en sus ojos negros—. Ha salvado mi vida.

Raven la miró intensamente. Parecía sincera en su agradecimiento. No estaba adoptando un papel de víctima, sino el de alguien que ha pasado un trance durísimo y se esfuerza por seguir adelante, sin aspavientos. «Aquella muchachita tiene carácter y garra», pensó, solo que aún no había tenido la oportunidad de demostrarse a sí misma su propia fortaleza.

—No hay nada que agradecer, y el único modo que tienes de compensarme, en todo caso, es dejando de tratarme de usted, ¿sería eso posible? —Se dibujó una sonrisa en sus labios—. Lo que desearía es que lo de anoche te enseñe que una palomita como tú no debe andar sola por determinados lugares. El mundo está lleno de hijos de perra.

—Hasta anoche, pensaba que erais un canalla... que tú eras una canalla —se corrigió—, pero eres un buen hombre.

—No, no te equivoques —le respondió él con los ojos ensombrecidos de pronto—. No soy bueno en absoluto. He hecho cosas que te harían temblar y voltear la cara cuando me vieses, pero, como todo el mundo, tengo unos límites. Hay cosas que jamás permitiré que pasen. No en mi territorio, ni en ninguna otra parte si puedo evitarlo. Pero eso no me convierte en bueno, Rosalind.

—Los actos de un hombre —insistió la joven— no siempre definen lo que es ese hombre, a veces, solo manifiestan lo que ese hombre se vio obligado a hacer para sobrevivir.

Raven se preguntaba si ella sería consciente del hechizo que desprendía su mirada, ese candor, esa exquisita inocencia. Sintió el impulso de abrazarla.

—Sería fácil decirte que sí, que me vi obligado a hacer todo lo que hice, pero muchas de las cosas las hice por mantener mi posición. No te engañes, realmente soy ese canalla que pensabas que era. Y,

además, ¿qué sabe una dama como tú sobre lo que debe hacer un paria como yo para sobrevivir? —La miró un segundo antes de continuar, posó la mirada sobre sus labios carnosos, quizás nadie la había besado aún y él deseaba besarla, deseaba pasar un dedo por esos labios, acariciarlos con su lengua—. Yo creí que la gente de tu clase no se preocupaba por los que eran como yo, que podíamos morirnos de hambre y necesidades con tal de hacerlo en silencio, para no molestaros. Dudo que tú puedas entender a qué nos vemos obligados los parias.

—No conozco tu mundo ni sé lo que has vivido, pero sé lo que he vivido yo. —Miró a Raven y deseó poder explicarse con claridad—. Cuando mi hermano dilapidó la fortuna y me enteré de que los acreedores nos quitarían incluso la casa, traté de buscar la manera de salir adelante, de trabajar. Lo único que poseo es mi educación, que ha sido bastante exhaustiva, y decidí buscar al señor Havisham, en Longfellow Street, para ofrecirme como institutriz, pero nadie quería contratarme porque carecía de experiencia. La única oportunidad me surgió en Nueva York, en casa de la hermana del propio señor Havisham, pero no me atreví a emprender tan largo viaje. Eso me hizo pensar que las mujeres estamos completamente desamparadas en el mundo. Seamos pobres o ricas, dependemos siempre de alguien que nos mantenga. No nos educan para ser responsables de nuestro propio bienestar, está mal visto que las que pertenecemos a cierta clase trabajemos... ¿Qué haré yo cuando mi hermano pague la deuda, pero siga endeudándose? Él seguirá gastando el dinero que ya no tiene, y si no quiero que me arrastre en su caída, deberé alejarme de él y buscar mi propio camino... ¿Pero cuál es el camino de una mujer que ha sido educada para no hacer nada? —Suspiró y miró a Raven, que la observaba con el ceño fruncido—. Por eso te entiendo. Creo que te entiendo. Porque no sé qué me veré obligada a hacer para sobrevivir. Quizás las cosas más bajas, como robar. Quién sabe.

Raven se había quedado mudo. Nunca imaginó que por aquella linda cabecita rondaran pensamientos tan oscuros.

—No te verás obligada a hacer nada indigno. Si tu hermano sigue por el camino que ha tomado, yo mismo me encargaré de que tengas un trabajo que no rebaje tu dignidad ni un ápice. No te preocupes —le dijo con sinceridad y un tono preocupado en la voz.

—Oh, no, no te he contado esto para darte lástima y que resuelvas mis problemas, solo quería que comprendieras que no te juzgo, que probablemente yo en tu situación hubiese hecho lo mismo. —Se había sonrojado, pues no quería que Raven pensara que lo estaba manipulando para que la ayudase.

—No es compasión lo que siento. Ver que una joven que ha sido educada para no hacer nada, y para quien sería mucho más fácil pedir el amparo de algún familiar lejano, busca, sin embargo, la manera de trabajar y resolver sus propios problemas no despierta mi compasión, sino mi admiración. —Se inclinó sobre la mesa, acercándose más a ella, hablando en un tono casi íntimo—. No creas que mis problemas con tu hermano hacen que yo opine de ti lo mismo que de él. Tu hermano quiso timarme. Me pidió dinero aun sabiendo que no me lo podría devolver, por eso soy tan duro con él. Si me lo hubiese pedido con intención de devolverlo y algo hubiese salido mal, yo habría podido comprenderlo y sería más flexible en los plazos de la devolución. Tú eres distinta. —La estaba mirando con tal intensidad, que a ella le apetecía echar a correr, pues se veía incapaz de sostenerle la mirada—. Estoy pensando que me gusta que estés en deuda conmigo, al fin y al cabo, porque se me ocurre cómo puedes devolverme el favor. Pero ¿no vas a desayunar nada? —dijo él, dándose cuenta de que llevaban un buen rato hablando y la muchacha no había probado bocado, ni siquiera se había servido el té. Él terminó de tomar su café, que ya estaba frío.

—No tengo hambre... Dime, ¿cómo puedo devolverte el favor? —quiso saber Rosalind.

—Te habrás fijado que en la biblioteca hay un ajedrez. Lo compré hace tiempo, pero no sé jugar.

¿Sabes tú? —preguntó Raven. Era la única excusa que se le ocurría para pasar más tiempo con la joven.

—Sí, por supuesto, pero ¿no tienes que salir hoy? Imagino que no eres el tipo de hombre que se pasa el día entero en casa, ¿no? —dijo ella, comenzando a creer que quizás Sussie tenía razón y Raven estaba interesado en ella, de lo contrario, ¿por qué ese deseo de pasar más tiempo con ella?

—Hoy no tengo nada que hacer —respondió él. Se dijo a sí mismo que quizás Sussie estuviese en lo cierto. A la muchacha no le era indiferente, cada vez que él le hablaba, se sonrojaba hasta la raíz del cabello y no le mantenía mucho tiempo la mirada. Por Dios, qué bonita era. Pero debía conducirse con cuidado para no asustarla—. ¿Vamos a la biblioteca?

—¿Prefieres las blancas o las negras? —preguntó Raven. Ella se encogió de hombros—. Entonces tú jugarás con las blancas y yo lo haré con las negras, para que hagan juego con el color de mi alma —le dijo él, guiñándole un ojo. Ella sonrió. Se sentaron cada uno ante sus piezas—. ¿Cuál es la primera lección?

Raven la miraba ensimismado, no podía creer que de verdad esa muchachita se sintiese atraída por él, pero por todos los demonios, así parecía. Sus reacciones eran de pronto tímidas, y sus miradas, huidizas. Era un experto en averiguar si una mujer estaba interesada en él, y Rosalind lo estaba.

—Bueno, lo primero es saber el nombre de las piezas y cómo se mueven —ella comenzó a explicarle cómo se jugaba al ajedrez. Sus hermosas y delicadas manos se movían por el tablero, los hoyuelos en su cara cuando sonreía y el movimiento de sus labios al hablar lo tenían hechizado—. Creo que la única manera de saber si lo has comprendido es jugando una partida.

—De acuerdo —dijo él. Comenzaron a mover las piezas en silencio. Raven la observaba, y ella se sabía observada, por eso no levantaba la mirada del tablero. Entonces se fijó en un movimiento que había hecho él con el caballo. Rosalind frunció el ceño y clavó su mirada en la de él.

—¿Me has estado tomando el pelo, acaso? Nadie hace un movimiento como ese si no sabe jugar al ajedrez. —Él sonrió con un gesto de fingida culpabilidad—. ¿Creías que no iba a darme cuenta? Puede que sea una pichona, pero soy una pichona bastante lista.

Raven estalló en una sonora carcajada al escucharla llamarse a sí misma pichona, tal y como la había calificado Sussie. Rosalind también sonrió.

Alistair y Paddy acababan de entrar en casa y se encontraron con Sussie en el vestíbulo.

—¿Esa risa es la de Raven? —preguntó Paddy extrañado.

Sussie puso un dedo sobre los labios pidiéndoles silencio.

—Sí, lleva un rato con Rosalind en la biblioteca y parece que lo están pasando muy bien.

Los tres rieron en bajo.

—El cazador cazado —dijo Alistair—, ¿cuánto os apostáis a que se enamora como un colegial antes de que acabe el mes?

Los tres rieron de nuevo.

En la biblioteca, Rosalind hacía un mohín como si estuviera enfadada por el engaño de Raven.

—¿Jugamos una partida de verdad? —preguntó él—. Podemos apostarnos algo.

—No me gusta apostar —dijo ella, recordando de pronto a su hermano. Su rostro se ensombreció. Raven trató de arreglar su poco tacto.

—No solo se puede apostar dinero. Podemos apostar algo que desees mucho y que sea gratis —los ojos de ella brillaron—. Puedes pedir cualquier cosa, excepto que te libere.

—De acuerdo —dijo ella—. Si gano, quiero salir a dar un paseo por el jardín. Me muero de ganas de que me dé el aire fresco.

—Está bien —comentó él—. Si gano yo, quiero que me des un beso... en la mejilla.

—¿Un beso? —preguntó ella, de pronto acalorada.

—Sí, un besito en la mejilla como el que puedes darle a un pariente, no pienses en nada malo —recalcó Raven, con una media sonrisa.

—¿Puedo fiarme de ti? Es decir, no intentarás... otro tipo... de beso —dijo ella tragando saliva.

—Por supuesto que no intentaré tal cosa —le respondió el rey del hampa, y lo decía de verdad. No quería asustarla, solo deseaba un pequeño acercamiento. Haría las cosas con calma.

—Entonces, por mí, de acuerdo —canturreó ella—. De todos modos, te voy a ganar... Juego muy bien.

Comenzaron la partida, y ella estaba relajada. Raven tenía que esforzarse para no sonreír. Comenzó a comprender el juego de ella muy pronto y vislumbró el jaque mate varias jugadas antes de que ocurriese. Cuando por fin ocurrió, ella abrió mucho los ojos sin poder creérselo.

—Mate —dijo él triunfal y, ahora sí, con una enorme sonrisa.

—¡Imposible! —exclamó Rosalind. Repasó mentalmente las últimas jugadas y tuvo que plegarse a la evidencia. Él había jugado con más astucia que ella.

—Espero que seas una mujer de palabra y cumplas tu parte del trato. —Raven había cruzado los brazos sobre el pecho y estiró sus largas piernas bajo el tablero hasta tropezar con las de Rosalind, que las recogió debajo de su silla como si el contacto con él la quemase.

—Por supuesto. —Ella estaba enfurruñada, nunca le había gustado perder. Se levantó de su asiento y se dirigió a él, pero cuando estuvo cerca se quedó paralizada. Él la miraba como si pudiera desnudarla—. Te daré el beso, pero, por favor, no me mires así.

—¿Cómo? —quiso saber él con una media sonrisa que lo hacía irresistible.

—No me mires así... No me mires en absoluto —dijo ella, sintiéndose ridícula porque no podía controlar el rubor que le teñía el rostro—. Por favor, cierra los ojos. —Él se rio, pero cerró los ojos. Ella se acercó al rostro de él, inclinándose, contuvo el aliento y ya se disponía a besarlo cuando le asaltó una duda.

—¿El beso puede durar lo que yo quiera, verdad? —preguntó ella.

—Por supuesto —respondió él sin abrir los ojos—, puede durar un segundo o una hora. —Y sonrió.

Ella acercó los labios a su mejilla y depósito en ella un beso suave y rápido. Raven sintió los labios de ella como una caricia. Tuvo que ejercer todo el control del que fue capaz para no sentarla sobre sus rodillas y tomar su boca por asalto. Por Dios, nunca hubiera creído que tenía tanta fuerza de voluntad y tanto autocontrol. Abrió los ojos y la vio sentada ya en su lado del tablero.

—Me pillaste desprevenida. No sabía que jugabas tan bien. Quiero la revancha —dijo con un gesto de determinación—, pero voy a cambiar de recompensa... Si gano, quiero que me lleves a visitar tu lugar favorito de Londres. —Los ojos le chispeaban. Creyó que esa era una buena recompensa, pues su lugar favorito podría decir muchas cosas sobre él, cosas que Raven no quería contar.

Él la miró sorprendido, arqueando las cejas. Que ella estuviera interesada en conocer su lugar favorito de la ciudad lo conmovía. Casi deseaba perder para poder llevarla. Casi. En realidad, prefería ganar para poder cobrarse su premio.

—Si gano, quiero otro beso... Pero esta vez te lo daré yo a ti.

La mirada de él era oblicua, sensual, peligrosa. Rosalind contuvo el aliento.

—No puedes besarme en la... boca —murmuró ella, avergonzada.

—No, no se me ocurriría —respondió él fingiendo seriedad en su rostro.

Como era Rosalind la que tenía las piezas blancas, fue ella quien abrió el juego.

Nuevamente, Raven vio clara su victoria. Mareó la partida para no vencerla tan rápidamente, pero al final dijo jaque mate, y la joven ahogó un grito de frustración.

—¿Dónde has aprendido a jugar así? —quiso saber, con gesto derrotado.

—Siempre se me han dado bien los juegos. Todo tipo de juegos. De hecho, mis primeras diez mil libras las gané jugando. —La joven abrió mucho los ojos al escucharlo, y él se maldijo en silencio por haber bajado la guardia y haberle contado más de lo que deseaba revelar sobre sí mismo—. Y ahora quiero cobrarme mi premio —continuó para desviar la atención—. Veamos: el beso no debe ser en la boca y puede durar lo que yo desee, desde un segundo a una hora.

Rosalind abrió los ojos sorprendida, pero no pudo decir nada, porque él había sido más listo y había sabido envolverla. ¡Un beso de una hora! Se desmayaría, estaba segura.

—No te preocupes —la tranquilizó Raven—, no abusaré de mi suerte. Bien —dijo él, imitándola—, te besaré, pero no me mires así, cierra los ojos..., por favor. —Ella tardó en cerrarlos, tenía miedo de que él se propasara—. Vamos, confía en mí.

Rosalind cerró los ojos y la respiración se le aceleró. Todos sus sentidos estaban alerta. No saber dónde iba a besarla Raven, ni durante cuánto tiempo, era algo que la ponía muy nerviosa. Entonces sintió el aliento de él sobre su cuello y, de inmediato, sus labios depositaron un beso tierno muy cerca del lóbulo de la oreja de la joven. El beso fue breve y cálido y arrancó un gemido de la boca de ella, que abrió los ojos y se encontró con las dos negras brasas de Raven observándola a escasos centímetros. La respiración de ambos se aceleró, y él vio cómo se entreabrían los labios de la muchacha. Podría haberlo intentado, ¡lo deseaba tanto!, pero mejor no, mejor dejar las cosas así, que ella deseara que ocurriera en vez de que se arrepintiera de que hubiese ocurrido, que confiase en la palabra de él. Había dicho que no la besaría en la boca y no lo haría.

Ninguno de los dos se movió ni un ápice, y a esa breve distancia Raven le dijo:

—¿Me acompañas a dar una paseo por el jardín? —Tenía que concentrarse para no mirar la boca de Rosalind. Temía perder el control.

—No te gané la partida, no puedo tener la recompensa —dijo ella con un hilo de voz, absorta en las sensaciones que le producían la cercanía del rey del hampa.

—Bueno, yo quiero que tengas esa recompensa. —Se levantó de pronto y le tendió la mano—. ¿Me acompañas? —Ella tomó su mano y el acto fue tan íntimo que se estremeció. Raven la condujo hasta el hermoso jardín que había en la parte trasera de la casa. Los árboles y las plantas rodeaban un pequeño estanque con patos. Rosalind miró al cielo y agradeció el sol en su cara. Respiró profundamente. La voz de él la sacó de su ensimismamiento.

—Siento haberte tenido encerrada —le dijo. Había pesar en su voz. La había estado mirando mientras ella alzaba su hermoso rostro al cielo y recibía los rayos del sol. Era una mujer preciosa, lista y tan inocente que hacía que se le encogiera el corazón—. Me gustaría llevarte a conocer mi lugar favorito de la ciudad, tal y como deseabas, aunque me temo que no es lo que esperas. —Ella había abierto los ojos y lo miraba pensativa.

—No espero nada, solo quiero saber en qué lugar de Londres te sientes mejor. —Sonrió al terminar la frase.

Raven deseó que no hiciera eso, deseó que no hiciera nada para ser más encantadora de lo que ya era normalmente.

—¿Por qué quieres saberlo, Rosalind? —le preguntó intrigado.

—Porque creo que sabré más sobre ti si me lo enseñas. —Había hablado sin pensar y solo cuando terminó se dio cuenta de la magnitud de su declaración y, también sin reflexionar, continuó—: No debí decir eso, lo siento. —Y se llevó ambas manos a la cara, en parte para ocultar su rubor.

—¿Por qué no debiste decirlo? —Él se había acercado mucho a ella, había bajado el tono de voz hasta que sonó casi como un susurro y tomó una de las manos de la joven entre las suyas para llevársela a los labios. Ella reaccionó antes de que Raven la besara. Apartó la mano y dio varios pasos hacia atrás para alejarse de él.

—Estoy un poco cansada —declaró, nerviosa—. Será mejor que vaya a descansar al cuarto. —Él la vio entrar en la casa y no hizo nada para detenerla. Se quedó pensativo, preocupado. Aquello no era una broma. Rosalind Penrose era una palomita inocente, y él no era más que un canalla, pero la deseaba. Deseaba ardientemente a una joven que estaba muy por encima de su condición social. Desearla era ponerla en peligro, destrozar las posibilidades de la muchacha de lograr un matrimonio ventajoso, pero la deseaba con una ternura desconocida para él. La deseaba con el cuerpo y con el corazón, y hacerle el amor le parecía, al mismo tiempo, el acto más glorioso y la mayor de las canalladas.

CAPÍTULO 6

Rosalind se había refugiado en su cuarto y no se atrevió a salir en el resto del día. Dios mío, cómo pudo haberle confesado a Raven el interés que sentía por él. Estaba tan avergonzada que solo con recordarlo sentía la cara arder. Hacía unos minutos que Sussie había ido a avisarle de que él la esperaba en el vestíbulo. Pretendía llevarla a conocer su lugar favorito de la ciudad. La joven no se veía con fuerzas para enfrentarse a él. Se puso un vestido cualquiera y una pelliza porque comenzaba a oscurecer, y bajó la escalera. Raven la esperaba con una gran sonrisa. Llevaba puesto un abrigo negro que lo hacía parecer más alto e imponente.

—¿Preparada? —le preguntó. Ella solo logró asentir. Cuando por fin estaban sentados en el carruaje, uno frente al otro, Raven volvió a hablar—: Rosalind, ¿qué te pasa? Vamos, ni siquiera me has mirado desde que bajaste de tu cuarto.

—Por favor —logró balbucear ella—, no me hagas sentir más incómoda de lo que ya me siento.

—¿Todo esto es por lo que me dijiste esta mañana? —quiso saber él, con el ceño fruncido. Ella cerró los ojos un instante—. Por todos los demonios, tanto alboroto solo porque has reconocido que te intereso, que te... gusto. —La última frase fue pronunciada por él casi en un susurro mientras se inclinaba hacia adelante y su cara quedaba a dos palmos de la de Rosalind.

—Raven, por favor, ya basta —suplicó ella.

—¿Crees que tú no me interesas? ¿Crees que no me gustas? —Él levantó el mentón de la joven para obligarla a mirarlo—. Me gustas muchísimo, palomita. Más de lo que quisiera. Más de lo que puedo controlar. Y mírame, aquí estoy, reconociéndolo abiertamente ante ti. No hay nada malo en decir lo que uno siente, Rosalind. Sería malo si yo lo utilizase en tu contra, pero eso no ocurrirá. ¿Me crees, verdad? ¿Sabes que puedes confiar en mí?

Ella asintió. Lo había estado mirando fijamente. Sus ojos eran puro fuego y hacían que su sangre se revolucionara. Si su pobre madre aún estuviera viva, querría volver a morir al saber lo que su hija iba a decir a continuación, no la habían educado para comportarse así, pero lo dijo igualmente.

—También tú me gustas más de lo que puedo controlar. No dejo de pensar en ti —estaba diciéndolo y ya se arrepentía, pero qué bicho le había picado para comportarse de forma tan descocada, decirle a Raven esas cosas. Pero las sentía, sí, las sentía y ante la mirada de él no podía guardarse esos sentimientos, era como si los ojos de Raven la vaciaran de sus secretos.

El rey del hampa olvidó respirar durante unos segundos. En la oscuridad del carruaje, ella parecía una criatura de cuento, tan blanca y hermosa; escuchar esa declaración había sido lo más emocionante que había vivido en su vida. Aquella muchachita sentía algo por él. No podía dejar de pensar en él, eso era lo que le había dicho textualmente.

—Rosalind —murmuró Raven acercándose a la joven para besarla. Acarició su mejilla con el dorso de la mano, y ella entreabrió la boca en un acto reflejo. Él estaba a punto de tocar los labios de ella con los suyos cuando el carruaje se detuvo y un buen número de niños lo rodeó y dijo a coro el nombre de Raven.

—Me temo que hemos llegado —dijo él con frustración. Pasaron entre el ruidoso grupo.

—¿Quiénes son? ¿Qué lugar es este? —le preguntó ella mientras descendía del carruaje y observaba aquel viejo edificio.

—Era una antigua fábrica, la compré y la rehabilité para que vivieran aquí todos los muchachos sin casa de la ciudad. Este es mi lugar favorito del mundo. Ojalá de niño yo hubiese tenido un sitio como este donde vivir, donde venir a refugiarme del frío y del miedo. —El rostro de él se ensombreció.

—¿Esto es obra tuya? —Estaba tan asombrada que no pudo evitar abrir la boca de par en par.

—Sí. Nos aseguramos de que tengan una cama, ropa, calzado y tres comidas al día. Tratamos de obligarlos a aprender a leer y escribir, los que quieren incluso estudian más, pero por desgracia la mayoría prefiere seguir analfabeta. —Le hizo sentirse orgulloso la admiración que veía en los ojos de Rosalind—. ¿Quieres verlo por dentro?

—Por supuesto.

Entraron entonces al interior del enorme edificio, vieron los comedores con largas mesas, los cuartos con literas de madera, los baños, el patio trasero preparado para que jugaran y la sala de estudio donde se encontraron con varios muchachos y sus maestras.

—Las contratamos hace años, cuando abrimos el centro —dijo él—. La morena de más edad fue nuestra profesora, de Alistair, de Paddy y mía. La contraté en cuanto gané el suficiente dinero. Ya conoces a Alistair, estaba obsesionado con mejorar en todos los sentidos. Ella nos enseñó todo lo que sabemos.

La profesora se levantó al verlo, con una gran sonrisa en la cara, y se acercó a abrazarlo con un sincero afecto maternal.

—Mi querido muchacho —le dijo—, ¿a quién nos traes aquí? —preguntó con la mirada fija en Rosalind.

—Fanny O'Malley, quiero presentarte a mi amiga, Rosalind Penrose. He querido enseñarle El nido del Cuervo.

La maestra estrechó calurosamente la mano de Rosalind.

—¿El nido del Cuervo? —preguntó la joven.

—Sí —sonrió Raven—, la idea fue de Paddy.

—Bueno, querido, te dejo para que sigas enseñándole el edificio a la señorita Penrose.

La maestra se alejó de ellos, y Raven, en un gesto posesivo y terriblemente íntimo, posó su mano sobre la cadera de Rosalind y la condujo a cada rincón del edificio, enseñándoselo todo. Cuando llegaron al patio posterior, donde solían jugar los muchachos, Rosalind lo tomó de la mano.

—Esto es asombroso, Raven. Dios mío, nunca hubiese imaginado que fueras capaz de hacer algo así. —Lo miraba embelesada, y él casi se emborracha de felicidad viéndola así, admirando una obra suya.

—La mayoría de estos muchachos son huérfanos, como lo era yo. Y la mayoría son hijos de prostitutas... como yo —pronunció estas últimas palabras con una voz dura. Ella debía saberlo. Si Raven iba a besarla, si iba a hacerle el amor en algún momento, si iban a tener una relación, ella debía saber quién era él, debía saber dónde se metía. Quería darle la opción de que se echara atrás. Aún estaba a tiempo de evitar que un canalla de los bajos fondos, el simple hijo de una prostituta, la tocara.

—¿Tu madre era prostituta? —preguntó Rosalind con los ojos muy abiertos, él le respondió que sí con un leve movimiento de cabeza y una dureza en el rostro que lo preparaba para cualquier cosa, para el desprecio de ella, por ejemplo—. Dios mío, Raven, qué orgullosa estaría de ti si pudiese ver esto.

Raven no esperaba semejante respuesta por parte de Rosalind. ¿Acaso aquella muchacha pretendía volverlo loco? ¿Cuándo, por todos los demonios, cuándo creyó posible que el deseo más feroz pudiera ir unido a esa ternura que sentía al mirarla, al tenerla cerca? No pudo controlarse más. La empujó con suavidad hasta que la espalda de ella quedó pegada al tronco de un viejo roble que había en el patio, y

sus labios descendieron hacia los de Rosalind, que comenzó a temblar entre sus brazos.

—¿Te han besado alguna vez? —quiso saber. Ella negó con la cabeza. Tenía las pupilas dilatadas y lo miraba asustada y expectante—. Es la primera vez para ambos entonces: a ti nunca te han besado, y yo nunca he sido el primero en besar a nadie. —La miró fijamente—. ¿Deseas que te bese, Rosalind? —le preguntó en un susurro contra sus labios. Ella asintió, pero a él no le servía con eso—. Dime: «Sí, Raven».

—Sí, Raven —dijo ella obediente, conteniendo un gemido—, deseo que me beses. —Y le pasó los brazos alrededor del cuello, se puso de puntillas y entreabrió la boca. Raven quería ser tierno, no deseaba asustarla. El beso fue al principio una leve caricia, un mero anticipo de lo que vendría después. La joven se apretó contra el cuerpo de él y un gemido emergió desde el fondo de su garganta, entonces, el rey del hampa deslizó su lengua entre los labios de Rosalind y tomó su boca. La sensación era avasalladora. Ella sentía las piernas temblar, el calor la invadía. Él tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no tumbarla en el frío suelo del patio y hacerle el amor. Antes de darse cuenta, el beso se tornó voraz, y ambos tenían la respiración entrecortada. Rosalind había ido deslizándose sus manos desde el cuello de él hasta su pecho, y Raven rodeaba con las suyas el fino talle de la muchacha, apretándola contra su cuerpo.

—Me vuelves loco —le dijo él al oído y, a continuación, mordisqueó el lóbulo de su oreja. Los gritos de unos chiquillos que salían al patio los devolvió a la realidad—. Será mejor que volvamos a casa.

El trayecto en el carruaje fue una experiencia excitante. Raven continuó besándola, hizo que la pelliza resbalara por sus brazos y recorrió sus hombros y su clavícula con besos suaves. Ella no pudo contenerse y metió sus manos bajo la camisa de él para acariciar su pecho.

—Dios mío, cariño, si no paramos ahora, creo que te haré el amor aquí mismo. —La miró fijamente—. A menos que sea eso lo que deseas. ¿Quieres que te haga el amor? ¿Quieres que visite esta noche tu cuarto, Rosalind? —le preguntó con voz ronca.

—Aún no, Raven. Aún... tengo miedo —ella pronunció estas palabras con cierta cautela. No sabía qué iba a decirle él.

—Sabré esperar a que no tengas miedo, a que solo tengas deseo —le dijo, besándola en la frente. Ella se abrazó a él y suspiró.

—No creí que se pudiera sentir esto —dijo Rosalind con una voz casi infantil. Él sonrió.

—¿Sentir qué? —murmuró Raven.

—Sentir que todo en la vida me ha conducido a este instante, a ti. —Apartó la cabeza de su pecho y lo miró a los ojos—. Seguro que ya te lo han dicho muchas veces, pero eres el hombre más guapo del mundo.

Raven rió con ganas. Es cierto que desde que era un niño le habían dicho que era un hombre guapísimo, pero nunca se lo había dicho una mujer que le hiciese temblar con el simple hecho de abrazarlo.

—Eres una maldita bruja. Te has propuesto volverme loco, hechizarme para que no tenga otra cosa en la cabeza más que tu dulce imagen. —Volvió a besarla en los labios, esta vez con ternura.

—¿Y lo consigo? —preguntó ella con una luminosa sonrisa.

—Oh, sí, ya lo creo. No tengo cabeza para nada que no seas tú —dijo él con sinceridad.

—Me alegro —respondió Rosalind—, es para lo único que necesitas la cabeza en estos momentos: para pensar en mí.

La carcajada de Raven fue escuchada incluso por el cochero, a pesar de que en esos momentos

pasaban por una de las calles más transitadas del centro.

Cuando por fin se tumbó en su cama, pudo reflexionar sobre lo que había ocurrido, se dio cuenta de que, en un solo día, aquella muchachita había tirado por los suelos las defensas que él había construido a lo largo de su vida. En un solo día. Y él tenía claro que le gustaba, que la quería para él, que la deseaba y que no se conformaría con poseerla una vez, como le había ocurrido con las mujeres que habían pasado por su vida. Por primera vez, quería ser mejor, quería merecerla, quería limpiar su alma de todos los pecados y renacer a una vida nueva con Rosalind. Tres golpes en la puerta lo sacaron de sus ensoñaciones.

—Raven, ¿estás solo? ¿Puedo pasar? —Era la voz de Paddy.

—Pasa —respondió.

Paddy tenía el rostro más rígido de lo que era habitual en él, siempre guasón y de buen humor.

—Tengo un par de noticias, y una de ellas no te va a gustar —le dijo, frunciendo el ceño.

—Desembucha, vamos.

—Es sobre Robert Penrose. Esta noche ha vuelto a ganar a los naipes. Solo nos debe una pequeña cantidad. Supongo que en dos días la saldaré, y tendrás que devolverle a Rosalind. —Raven apretó los labios—. Y lo que es peor: ese cabrón estirado va a comprometerla con un viejo rico de Devonshire. Un viudo de sesenta años con un apellido ilustre y una renta de once mil libras al año.

El color se esfumó del rostro de Raven. Pensó en Rosalind. Ella se había entregado gustosa a las sensaciones que él le hacía sentir porque creía que había perdido toda posibilidad de un matrimonio ventajoso, pero ¿qué pensaría ahora, cuando su hermano le dijese que había logrado para ella un partido de gran altura? El rey del hampa apretó los puños. La muchacha se casaría con el viudo, qué iba a hacer, no tenía otra opción. No lo abandonaría todo por un maldito paria como él. Lo más triste era que Raven podía entenderlo, comprendía que Rosalind quisiera seguir disfrutando de un apellido ilustre y de aquellas malditas fiestas de salón que celebraban los nobles. Pero cómo había sido tan estúpido, involucrarse en una historia así, poner sus ojos en alguien que estaba tan fuera de sus posibilidades. Pensar que algún día sería para Rosalind una anécdota chocante que recordar lo hería profundamente. ¿Qué sería él para Rosalind Penrose dentro de un año? Sería solo aquel barriobajero que se volvió loco por ella. Un tipo con dinero, pero sin clase ni apellido. El hijo de una prostituta. Un delincuente. Alguien con quien no se podía dejar ver en público.

CAPÍTULO 7

Aquella misma noche, Raven salió de casa y se instaló en la taberna El tuerto Joe. Millisent lo había visto entrar con el gesto más contrariado que nunca. Ni siquiera la saludó. Subió las escaleras y cerró la puerta del cuarto dando un portazo. La tabernera se ajustó el delantal, para que marcara bien su cintura, bajó un poco el escote y se colocó el pecho para hacerlo más sugerente. Le preparó un whisky y se lo subió.

—Pasa —dijo Raven cuando oyó que llamaban a la puerta.

La mujer entró con el vaso en la mano y la mejor de sus sonrisas. Lo vio echado en la cama, con un cigarrillo en la boca, despeinado y con la camisa desabrochada. Por Dios, qué guapo era.

—Pareces de mal humor. Te he traído esto para que te animes. —Le acercó el whisky hasta la mesita de noche—. Y vine a preguntarte si necesitas compañía. —Las últimas palabras fueron dichas con un suave contoneo de caderas.

Raven la miró. Recordaba la noche que se acostaron juntos. Era una auténtica fiera. ¿Por qué no hacerlo de nuevo? Eso le impediría pensar en Rosalind durante un tiempo.

—Acércate —le dijo. Millisent se puso justo a su lado. Él no se incorporó. Cuando ella llegó a su altura y se quedó allí de pie, mirándolo, Raven colocó la mano sobre su muslo y comenzó a acariciárselo, a subirla hacia las nalgas, pero se detuvo casi de inmediato. Cerró los ojos con fuerza, apretó los dientes y maldijo en voz baja. La cara de Rosalind aparecía ante él con tanta nitidez como si la tuviese delante. No era el cuerpo de Millisent el que quería acariciar, poseer, sino el de Rosalind—. Hoy no soy una buena compañía para nadie. Déjame solo.

Millisent no se dio por vencida.

—¿Es por la mujer de la otra noche, la del antifaz? Paddy me dijo que era tu nueva amante.

Raven se incorporó en el camastro y dio un trago largo al whisky.

—Paddy habla demasiado —dijo, después clavó en ella su mirada, más oscura que nunca—. Déjame solo.

—Deberías hablar con Rosalind —le dijo Paddy a Raven—. Estás dando por supuesto que ella correrá a echarse en los brazos del viudo rico que le consiguió su hermano, pero no sabes lo que hará. A esa muchachita le gustas.

—¿Por qué diablos le dijiste a Millisent que Rosalind era mi amante? —El aspecto de Raven no era bueno: estaba ojeroso y había bebido demasiado durante la noche.

—Cuando me preguntó, no supe qué decirle. No podía contarle la verdad, que era una dama a la que habíamos secuestrado —se explicó Paddy.

—No tenías que haberle respondido. No debes contarle a nadie nada de mi vida —recalcó.

—No cuento nada de tu vida. Qué más da lo que dijera de Rosalind. Nadie le vio la cara con el antifaz. —Paddy miró a su amigo—. Tu estado es lamentable, joder. Si tanto te gusta la muchacha,

quédatela. Rómpele la cabeza a su hermano si quiere impedirte. Hazle el amor, vuélvela loca. Sabes cómo hacerlo. Si te lo propones, conseguirás que te prefiera a ti antes que a todos esos malditos cabrones aristócratas.

Raven sonrió, y su sonrisa era triste. Se llevó a los labios el vaso y, al comprobar que estaba vacío, soltó una maldición.

—Claro que conseguiría acostarme con ella, por todos los demonios, pero si es tan inocente que podría engañarla. No quiero eso, quiero que ella me elija porque lo desea y que, teniendo más opciones, me prefiera a mí. El problema es que si puede elegir, mi compañía ya no le parecerá tan agradable, ¿no crees? ¿Piensas que iría conmigo a algún lado donde pudieran reconocerla? Maldita sea, no. No se dejaría ver conmigo en público, y no se lo reprocho. No soy una joya precisamente. Soy capaz de destrozarme la reputación de cualquiera solo con que lo vean conmigo. Ese soy yo.

—Vuelve a casa, Raven. No pierdas tiempo de estar con ella. Si solo te quedan dos días, aprovéchalos. Haz que sean inolvidables, que si tiene que irse lejos de ti, te eche tanto de menos que le duela —dijo Paddy en un arranque de romanticismo que Raven no le conocía.

—Hablas como Alistair. Te estás volviendo un blando, irlandés, pero tienes razón. El problema es que puedo perder mi alma por el camino. Ella es libre de no elegirme, y yo... —maldijo por lo bajo de forma terriblemente vulgar y fue incapaz de terminar la frase.

Rosalind no había visto en todo el día a Raven y lo echaba de menos. Había bajado a desayunar, ilusionada, creyendo que él estaría allí, pero solo encontró a Paddy y a Alistair con caras de circunstancias.

Raven llegó a las seis de la tarde. La joven estaba leyendo en el jardín y oyó la puerta de entrada y los pasos largos y firmes de él en el vestíbulo. Cruzó la puerta acristalada con una sonrisa angelical, y él tuvo que controlarse para no rodearla con sus brazos.

—Tenemos que hablar —le dijo él. Estaba tan serio que ella se asustó.

—¿Ha ocurrido algo malo? —quiso saber ella.

Raven no respondió. La llevó a la biblioteca, cerró la puerta tras ellos y la mandó sentarse en una de las sillas. Él ocupó la que estaba enfrente. Se encontraban tan cerca que sus rodillas se tocaban. La respiración de ella se volvió entrecortada.

—¿Le ha ocurrido algo a mi hermano Robert? —preguntó.

Raven negó con la cabeza.

—Tu hermano acabará de pagar la deuda en cuanto gane la próxima partida. Pasado mañana. Después de eso regresarás con él. —Raven la miró en silencio tras decir estas palabras. La joven tenía los ojos enormes, llenos de dudas.

—¿Volveremos a vernos alguna vez cuando yo me vaya? —preguntó ella con un hilo de voz.

—¿Querías seguir viéndome? —Él disimulaba lo mejor que podía su angustia.

—Sí, claro que sí. ¿Quieres seguir viéndome tú a mí? —Ella trataba de contener el llanto.

—Por supuesto, Rosalind. El problema no es si yo quiero. El problema es si quieres y puedes tú seguir viéndome. Tu hermano tratará de impedirlo. ¿Y dónde nos veremos, aquí, en esta casa, escondidos? No sé si lo has pensado, pero a mí me conoce todo el mundo. Si te ven conmigo por la calle,

se preguntarán qué haces con el jefe del hampa y llegarán a la conclusión de que no haces nada bueno conmigo. Se arruinará tu reputación, ¿comprendes eso? —él estaba diciendo cosas duras, lo sabía, pero trataba de que su tono fuese amable y tierno. No quería engañarla, quería que tomara una decisión consecuente, que supiese cuánto se jugaba y cuánto perdía si decidía estar con él. Rosalind no había pensado en nada de eso—. Tal vez creas que no tienes nada que perder, palomita, pero tu hermano ha conseguido un compromiso muy ventajoso para ti, un viudo viejo y rico, el vizconde de Lancashire. No soy tu única opción, Rosalind. Hay un hombre de tu clase que está dispuesto a poner a tu disposición su apellido y su fortuna.

Los ojos de Rosalind se inundaron de lágrimas. Le parecía que él trataba de echarla en los brazos del viejo vizconde, ¿acaso los besos que compartieron la noche anterior no significaban nada para él?

—Creí... que te gustaba —le dijo a Raven, con unos ojos inmensos y tristes.

—¿Qué tiene que ver eso, Rosalind? ¿Qué importa lo que yo sienta? —le dijo él expectante.

—Importa, importa mucho. Si yo te gusto, dímelo. No hagas lo que estás haciendo, parece que quisieras echarme en los brazos del vizconde. —Trató de controlar las lágrimas, pero no pudo.

—No quiero ponerme más en evidencia de lo que ya me he puesto. Tengo mi orgullo. Lo que te he dicho, todo lo que te he dicho ayer, es cierto. Solo quiero que sepas que tienes más opciones, no soy la única. No quiero ser tu premio de consolación porque ningún aristócrata pide tu mano. Hay uno que la pide y es muy rico. —Raven tenía el estómago revuelto. Jamás se había visto en una situación semejante, nunca había tenido la sensación de que podía perder tanto.

—No puedo comprender esta actitud fría que tienes conmigo. ¿Qué he hecho para merecer esto? —Ella estaba verdaderamente desconcertada.

—Las circunstancias han cambiado, Rosalind. —A él le dolía mantener ese tono y ese gesto, pero debía estar seguro, no podía poner su corazón en el lugar equivocado, y con respecto a aquella muchachita se sentía demasiado vulnerable.

—Creí... —Ella sollozó—. Creí que tú... Dios, qué tonta he sido. —Se puso de pie y lo vio todo borroso por las lágrimas. Salió de la biblioteca con paso firme, tratando de mantener intacta la poca dignidad que le quedaba, pero en cuanto cerró la puerta, corrió escaleras arriba hacia su cuarto.

—¡Rosalind! —oyó que la llamaba Raven desde la biblioteca. Sus pasos en las escaleras anunciaban que se acercaba al cuarto de la joven, así que ella cerró desde dentro con dos vueltas de llave.

—¡Ábreme, Rosalind! —Raven golpeaba su puerta—, tenemos que hablar.

—Vete y déjame. No quiero hablar contigo —dijo ella, fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir. Tenía la espalda apoyada en la puerta y poco a poco fue dejándose resbalar hasta acabar sentada en el suelo.

—¡Ábreme, maldita sea! —insistió él—. Voy a entrar por las buenas o por las malas.

—¡No te atreverás a tirar la puerta, animal! —gritó ella, levantándose de un salto, pero al otro lado, en el pasillo, el silencio fue sepulcral durante varios minutos. Entonces escuchó la voz de Raven tras ella.

—Rosalind, solo quiero que hablemos —le dijo con un tono dulce, casi un susurro. Ella ahogó un grito asustado cuando se dio la vuelta y vio la silueta en medio del cuarto en penumbra.

—¿Cómo has entrado? —la respuesta la encontró al ver su ventana entreabierta.

—He saltado de balcón en balcón —explicó sin darle importancia—. Escúchame, Rosalind, no quiero que pienses... —Ella alzó la mano en señal de que no quería escucharlo.

—Te he comprendido perfectamente. Por el motivo que sea, quieres que me case con el vizconde y te

preocupa que no lo haga porque sienta algo por ti. Pierde cuidado, me casaré, no seré para ti una carga. Lo que yo sienta es asunto mío, al fin y al cabo —Dio la espalda a Raven y se mordió el labio para no llorar.

—¿Acaso sientes algo por mí, algo lo suficientemente fuerte como para rechazar a un vizconde rico que te salvará de tu situación actual y te dará un apellido ilustre? —El corazón de él latía con tal fuerza que amenazaba con salirse del pecho.

—No, no siento absolutamente nada por ti. Suelo besar a cualquier hombre que me tropiezo por la calle y a todos les digo que no me los puedo sacar de la cabeza y que... —No pudo aguantar más y comenzó a llorar en silencio, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los hombros hundidos.

—Rosalind... —musitó él. Trató de acercarse y abrazarla por la espalda, pero ella se desembarazó con un movimiento furioso.

—No me toques. No vuelvas a tocarme —dijo ella como una gata arisca y sin dejar de darle la espalda.

Raven la agarró fuertemente por los hombros y la obligó a voltearse hasta que su rostro quedó frente al suyo. Por todos los diablos, Rosalind sentía algo por él. Algo serio. Ni siquiera se había inmutado al escuchar que ese vizconde la pretendía. Ahí estaba aquella tierna criatura, aquella maravillosa criatura, e iba a ser completamente suya.

—Voy a besarte, palomita —le dijo él con la voz ronca por la emoción.

—No te atreverás a hacer tal cosa —contestó ella enfurecida, tratando de revolverse.

—Por Dios que lo haré, después de la noche que he pasado, creyendo que preferirías a ese cabrón del vizconde en vez de a mí, me merezco que me beses sin rechistar, pequeña. Acabo de ser más decente contigo de lo que he sido nunca en mi vida, he puesto todas las cartas sobre la mesa, boca arriba, y ahora que sé que sientes algo por mí, por Dios que te voy a besar. —Cuando se acercó a su boca, Rosalind estaba tan aturdida por la declaración de él que no reaccionó. Sintió sus labios cálidos y solo salió de su aturdimiento cuando la levantó en brazos y la llevó a la cama

—Tengo miedo, Raven —dijo asustada.

—Solo necesito acariciarte, amor, te prometo que me detendré si no te gusta. Te doy mi palabra de que mañana seguirás siendo tan virgen como lo eres ahora mismo, pero déjame acariciarte. —Los ojos de Raven ardían, y Rosalind lo deseaba tanto... Cuando la depositó sobre la cama, ella extendió los brazos hacia él.

—¿Confías en mí, Rosalind? ¿Sabes que no haría nada que tú no quisieras hacer? —preguntó mientras se echaba en la cama a su lado.

—El problema, Raven, es que mi cuerpo quiere hacerlo, pero mi cabeza me dice que aún no es el momento. —Ella estaba asustada, y a él se le encogía el corazón de deseo.

—Pues haremos caso a ambos, amor, haremos caso a ambos, a tu cuerpo y a tu cabeza. —Y se inclinó sobre ella para besarla.

CAPÍTULO 8

—¿La luz va a seguir encendida? —preguntó Rosalind.

Raven sonrió con ternura.

—Si quieres, la apagamos, pero yo desearía verte —le susurró al oído mientras depositaba besos breves sobre su cuello.

—Me sentiría mejor si la apagaras. Deja que me vaya acostumbrando poco a poco y después encenderemos la luz.

Él la apagó sin tratar de convencerla. Quería que se sintiera cómoda. Hubiese preferido verla en todo su esplendor, pero ya tendría tiempo para eso.

—¿Quieres desnudarme? —le preguntó Raven.

Ella asintió y llevó sus manos hasta la chaqueta de él haciéndola resbalar por sus brazos hasta que cayó en el suelo. Habían estado besándose durante un largo tiempo sobre la cama, pero ahora estaban de pie. Ella movió sus gráciles manos para desabrochar el chaleco de Raven y después su camisa, que cayeron al suelo e hicieron compañía a la chaqueta. Los ojos de Rosalind ya se habían acostumbrado a la penumbra y pudo ver, iluminados por la luna, los músculos magníficos de Raven. Paseó las yemas de sus dedos por el pecho de él, que contuvo la respiración, y acercó su rostro para besarlo. Dejó resbalar sus manos hasta que llegaron al cinturón y lo desabrochó, pero cuando se disponía a hacer lo mismo con el pantalón, sus dedos se paralizaron y dijo, casi en un susurro:

—¿Te importa que no te quite aún el pantalón?

—Claro que no —respondió él, mientras iba besándole la línea de la mandíbula—. Ahora me toca a mí. —Notó que la joven se ponía tensa. Tomó su boca con dulzura y ambos se sumergieron en un profundo y excitante beso. La lengua de Raven acariciaba la boca de Rosalind, y la joven estaba tan extasiada que ni siquiera se dio cuenta de que él le estaba desabrochado el vestido hasta que este cayó a sus pies y se le erizó la piel. Raven se apartó de ella unos segundos y se colocó a su espalda. Le besó la nuca y los hombros con inmensa dulzura. Rosalind sentía sus piernas temblar mientras los dedos de Raven se movían ágilmente para desatarle las cintas del corsé. Quedó ante él con las medias aún puestas y una leve camisola transparente. Los ojos del rey del hampa ya veían en la oscuridad como un gato, adaptándose para captar los contornos y los detalles de Rosalind. Cuando volvió a tenerla frente a frente, observó la cremosidad de sus pezones contra la fina tela de la camisola. Se la quitó, y ella apareció esplendorosamente desnuda ante sus ojos.

—Por Dios, Rosalind —le dijo, de verdad emocionado por la visión de ella. Sintió la boca seca. La tomó en brazos, la depositó en la cama y se tumbó a su lado—. ¿Estás bien? —le preguntó y, como ella asintió, volvió a besarla, esta vez en el cuello, para seguir descendiendo hacia las tiernas cumbres de sus pezones.

La joven abrió mucho los ojos al notar la boca de Raven en esa parte de su cuerpo. Las sensaciones eran maravillosas. Archeó la espalda y pronunció el nombre de él.

—¿Quieres que me detenga? —le preguntó el rey del hampa.

—¿Si continúas, perderé la virginidad? —quiso saber ella confusa. Deseaba continuar, pero al mismo tiempo tenía miedo.

—No necesariamente —le respondió él en un susurro.

—Entonces no te detengas.

Raven sonrió, subyugado ante la ternura que ella despertaba en él. Logró distinguir su rostro sonrojado en la penumbra del cuarto, su hermoso pelo largo sobre la almohada. Sin dejar de mirarla, colocó su mano entre los muslos de ella, que ahogó un grito de asombro. La notó húmeda y cálida. Comenzó a mover la mano acompasadamente para darle placer, y su boca descendió sobre una de sus pezones de nuevo. El cuerpo de Rosalind respondía a sus caricias. La joven se sentía arder, hundió sus manos en el cabello de Raven y, cuando estaba próxima al orgasmo, gimió su nombre de una manera que él no olvidaría jamás. Ya descansaban abrazados, y ella le pidió a él:

—¿Podrías quitarte ahora los pantalones?

La miró sorprendido.

—¿Ahora? —La sonrisa de él era muy sensual. Ella asintió, de manera que Raven se levantó de la cama—. ¿Puedo encender la luz? —le preguntó a ella.

—Sí, puedes encenderla. —La voz de ella era apenas un murmullo. Sabía que la luz no solo iluminaría a Raven, sino su propia desnudez.

Él pudo verla entonces en todo su esplendor: desnuda, satisfecha, sonrojada y con aquel irresistible candor en la mirada. Cuando por fin se quitó los pantalones, su miembro le mostraba a Rosalind hasta qué punto la deseaba. La joven se incorporó en la cama y se acercó a él. Acarició levemente esa parte de su cuerpo haciéndolo temblar y le pidió a Raven:

—Enséñame.

Él contuvo la respiración unos instantes y guio los movimientos de la mano de Rosalind con la suya. No creía que algo que había hecho cientos de veces pudiese representar para él un acto tan íntimo, tan erótico y tan terriblemente tierno. Alcanzar el placer gracias a la mujer que quería fue una sensación desconocida para él, fue mucho más que placer, fue una corriente de unión y entrega que nunca antes había experimentado.

Se durmieron abrazados, desnudos y felices. El mundo, en esos instantes, parecía un lugar perfecto, como si nada ni nadie pudiese corromper lo que ambos habían construido.

Cuando Raven despertó, Rosalind aún dormía. Llevaba puesto un leve camisón blanco de seda. Una sonrisa se dibujó en los labios de él al imaginársela, en medio de la noche, levantándose para cubrir su desnudez. Su cándida paloma. Algún día, Raven lograría que ella fuese descarada con él, que no se avergonzara de mostrarle su cuerpo, y lo disfrutaría enormemente, pero también extrañaría esa tierna timidez de Rosalind. La noche anterior, el rey del hampa había sentido cosas desconocidas para él. Eso que vulgarmente se decía, morir de amor, debía de ser lo que él sintió al tenerla entre sus brazos. Esos pensamientos que jamás reconocería en voz alta lo hacían feliz y lo preocupaban al mismo tiempo. ¿Era peligroso el poder que ella ejercía sobre él? ¿Era consciente Rosalind de que el rey del hampa estaba enteramente en sus manos?

Estos pensamientos quedaron suspendidos cuando el leve aleteo de sus pestañas indicó a Raven que ella estaba despertándose. Emitió un leve gemido de pesar, como si quisiera continuar dormida, pero en cuanto vio la cara de él, una inmensa sonrisa iluminó su rostro.

—Buenos días, mi amor —le dijo él, acariciándole la mejilla.

—Buenos días. —Y, acto seguido, se acurrucó contra su pecho. Él la abrazó y, cuando ella alzó el rostro hacia el suyo, la besó. La forma en la que Rosalind respondía a sus besos era cada vez más audaz, más exigente.

—¿Qué quieres que hagamos hoy? —le preguntó Raven.

—¡Lo de ayer! —exclamó ella entre risas. Él también se rió.

—Eso ya lo daba por supuesto —Raven fingió seriedad—, pero, además de eso, ¿qué quieres hacer?

Ella se quedó pensativa durante un instante.

—¿Podríamos ir al Dorian? —La mirada de ella era expectante. El Dorian era un lugar de moda. La gente solía ir por la tarde a tomar el té. Sus pastas eran famosas en todo Londres.

—¿Quieres que salgamos juntos a un lugar público? No sé si es buena idea aún. ¿Estás preparada? —Él parecía preocupado.

—Bueno, si Dorian es un lugar demasiado público, vayamos a uno más discreto... ¿Paseemos por el parque Morrisson? —Era evidente que ella quería dar ese paso, hacer pública su relación. A él lo conmovía y lo preocupaba en la misma medida. Deseaba salir con ella por Londres, que hasta la última cucaracha de la ciudad supiera que aquella mujer era suya, pero temía las consecuencias para ella. De todos modos, parecía tan determinada que él simplemente aceptó.

Raven iba como siempre, muy elegante de negro, y Rosalind llevaba un hermoso vestido aguamarina. Paseaban por el parque Morrisson tomados del brazo, como una pareja normal. Hacía un espléndido día otoñal. Las hojas doradas de los árboles alfombraban el suelo. Los cisnes, en el estanque, paseaban su tranquila elegancia. Varias personas los miraron con detenimiento. Algunos conocían a Raven; otros, a Rosalind; unos pocos, a ambos. Los miraban no solo por el escándalo que suponía su unión, sino porque eran realmente una pareja hermosa.

Paddy se acercó a ellos a grandes zancadas. Su poblada barba pelirroja y sus maneras de vikingo contrastaban con su elegante traje oscuro. Su rostro era serio, y el rey del hampa imaginó las noticias que traía.

—Penrose acaba de saldar la deuda completa. Quiere que le devuelvas a Rosalind ahora mismo. —Paddy miró a Raven tratando de averiguar si este iba a devolverle a la muchacha o no, pero el rostro del rey del hampa era un bloque de hielo.

—¿Ahora mismo? —dijo Rosalind con una angustia en la voz que le dolió a Raven más que una bofetada—. ¡No quiero irme!

Él la miró con el rostro tenso.

—Déjanos un minuto, Paddy. Rosalind y yo tenemos que hablar. —Raven miró a la joven con tristeza. Se le encogía el corazón solo de pensar que no iba a verla tanto como antes, que ya no iba a estar en su casa. Paddy se alejó de ellos, dejándoles unos minutos de intimidad—. Mi amor, si queremos que acepte lo nuestro, no podemos empezar retándolo. Debes regresar. Yo me encargaré de todo, hablaré con Robert y esto se solucionará. —Le tomó las manos y se las llevó a los labios.

—¡Lady Rosalind Penrose! —oyeron que exclamaba una voz a sus espaldas. Ambos se dieron la vuelta, y la joven reconoció al que había sido desde un año atrás su pretendiente más constante. Se trataba de un joven con cierto aire petulante, la nariz respingona, ni demasiado alto, ni demasiado ancho

de hombros, con el pelo rubio ceniza y ese rictus en la boca de los que creen que el mundo no reconoce lo suficiente su gran valía. Era heredero de uno de los títulos más antiguos de Inglaterra, uno de esos títulos otorgados en la época de Guillermo *El Conquistador*, y le escocía en el orgullo que la hermosa hija de una familia perteneciente a la nobleza menor no besara el suelo por donde el pisaba y no hubiese aceptado sus propuestas.

—¡Arthur Wilby-Ashton, creía que estarías en Gales hasta el invierno! —le dijo ella con una encantadora sonrisa.

—Válgame el cielo, jamás creí que las habladurías fueran ciertas... Pero lo son... De modo que tu hermano Robert se endeudó con este... —miró a Raven de los pies a la cabeza con una mueca de asco— este caballero y, para saldar la cuenta, se rebajó a entregarte a él. Te has convertido en su... —no pudo terminar de hablar. Raven le encajó un puñetazo en mitad de la cara que lo tumbó. Después, tomó del brazo a Rosalind y la condujo hacia el carruaje mientras un grupo de personas se arremolinaban ante el hombre tirado en el suelo que no acababa de volver en sí.

Raven sintió esa maldita punzada en el estómago. La punzada que siempre le indicaba cuándo las cosas estaban mal y cuándo iban a ponerse peor.

CAPÍTULO 9

Hacía una semana que no veía a Raven y se sentía enferma. Poco a poco, fue perdiendo el apetito y el color, pasaba días enteros en la cama, y Molly no soportaba más la preocupación. Debía entrar al cuarto de la joven franqueando a varios hombres al servicio de lord Penrose y del vizconde de Lancashire que estaban allí para vigilar a la joven. Incluso había dos bajo su ventana, como si la muchacha pudiese descolgarse desde esas alturas.

—¿Pero qué le pasa, milady? ¿Dónde ha estado estas últimas semanas? ¿Por qué no come un poquito?

Rosalind se tapaba la cabeza con las mantas.

—Por favor, Molly, no abras las cortinas —murmuraba ella con voz quejumbrosa.

Cuando la criada se dirigía a Robert Penrose para comunicarle su preocupación, éste ni se inmutaba.

—Déjala, Molly. Si se quiere morir, que se muera, pero al menos se morirá sin deshonar a esta familia.

En una ocasión, Rosalind lo había escuchado decir esto y se levantó como una furia, se puso la bata y salió al pasillo para gritarle:

—El único que ha deshonorado el buen nombre de esta familia eres tú. Te comunico que a partir de este instante dejamos de ser hermanos. Y si me obligas a casarme con el vizconde, te aseguro que puedes ir preparándote para el escándalo... Ese viejo degenerado se llevará la sorpresa de su vida en la noche de bodas.

Su hermano abrió los ojos de manera exagerada, no pudiendo creer lo que estaba oyendo.

—Unas semanas en compañía de ese malnacido y olvidas las buenas costumbres que te inculcó nuestra madre —dijo él, con una expresión a medio camino entre el desprecio y la incredulidad.

—Por Dios, mira quién fue a hablar —dijo ella furiosa.

—Enhorabuena, Rosalind, fuiste la ramera de un canalla malnacido. Ese será tu máximo logro en la vida. Pero al menos haz el favor de llevar tu impudicia en silencio y con un poco de decoro —le espetó su hermano, esta vez sí, con un gesto despreciativo.

El carruaje se había detenido delante de la casa de los Penrose siete días atrás, una vivienda de cuatro plantas cuyas escaleras de entrada daban directamente a la calle.

Rosalind y Raven descendieron, ambos silenciosos y con el gesto triste. Y fue él quien llamó a la campanilla. Ella permaneció detrás, casi oculta. Molly abrió la puerta.

—¿Deseaba algo, señor? —preguntó.

—Hola, Molly —la saludó Rosalind saliendo de detrás de Raven.

—¡Milady, cuánto la eché de menos! —se alegró la criada.

La joven sonrió.

—¿Está mi hermano en casa? —El gesto de Rosalind, de pronto, se volvió tenso.

—Sí, mi lady. Está en la sala —les dijo, y se apartó para que ambos pudieran pasar.

La joven se dirigió al lugar indicado, y Raven la siguió. Llamó a la puerta y, a continuación, pasó a la sala.

—¿Robert? Ya estoy en casa.

—Raven la oyó hablar con su hermano desde el pasillo.

—Vaya, al fin. ¿Cómo...? —Robert se había levantado del sillón en el que leía el periódico y se había acercado a su hermana hablándole, pero se detuvo en cuanto vio a Raven de pie ante la puerta.

—Necesito hablarte un momento en privado —dijo cuando el hermano de Rosalind lo vio.

La joven abandonó la sala, no sin antes dirigirle una mirada infinitamente tierna a Raven.

Robert Penrose estaba incómodo. De pronto, comenzó a comportarse como si aquella no fuera su casa y como si aún no hubiese saldado la deuda. La seguridad de Raven lo hacía sentir inseguro. Nunca antes el rey del hampa le había dirigido la palabra y temía el motivo por el cual ahora quería hablar con él. Recordó lo que se decía por las calles de Londres: lo llamaban El cuervo porque siempre iba vestido de negro y cuando se personaba ante alguien, siempre daba malas noticias.

—Quiero seguir viendo a tu hermana —le dijo directamente, sin rodeos—. Me gusta. De hecho, nos gustamos. Quiero cortejarla como ella se merece y cumpliré con todas las normas sociales que se estilen en estos casos. Espero que no te opongas.

A pesar de que, hasta hacía unas horas, Robert había estado en sus manos y de que frecuentaban los mismos lugares de apuestas, Penrose se consideraba muy superior, y el hecho de que lo estuviera tuteando lo ofendía en lo más íntimo. ¿Quién se creía para tratarlo con esas confianzas y para querer, como colmo de males, cortejar a Rosalind? Puede que tuviese más dinero que la mayoría de los nobles de Inglaterra, pero aún había clases y clases, y Raven jamás dejaría de ser un don nadie. Pero Robert le tenía demasiado miedo como para oponerse abiertamente a lo que él le proponía, y menos estando solos, frente a frente, de modo que improvisó:

—No me opondré, siempre y cuando la trates como a una dama y no la expongas a situaciones que pongan en entredicho su buen nombre —mintió Robert.

—Eso por descontado. Bien, todo arreglado. ¿Puedo despedirme de ella, entonces? —preguntó. Penrose asintió, y Raven salió de la sala. Rosalind se asomó desde la estancia contigua—. Todo arreglado —le dijo él a la joven con una sonrisa—. Mañana por la tarde pasaré a recogerte e iremos a pasear.

—De acuerdo —contestó ella, con los ojos chispeantes.

Raven se llevó las manos de ella a los labios y las besó con ternura. Salió después por la puerta con una leve inclinación de cabeza. Cuando se quedaron solos, Robert le dio tal bofetada a su hermana que ella perdió el equilibrio y cayó al suelo. Un hilillo de sangre le asomaba por la comisura de los labios.

El vizconde de Lancashire puso a disposición de Robert Penrose un nutrido grupo de matones que el hermano de Rosalind no habría podido pagar. El viejo estaba encaprichado con la muchacha desde que la viera por primera vez en un baile, pero nunca le había dicho nada porque por entonces era una de las damas más solicitadas de la sociedad londinense a pesar de no pertenecer a una familia demasiado encumbrada, pero era hermosa, se movía con aires de reina y no parecía ansiosa por encontrar marido; al contrario, era más bien experta en escabullirse de los pretendientes pesados. Todo esto hacía de ella un

bocado apetecible. El vizconde solo habló con Robert Penrose cuando supo que habían caído en desgracia y que su propuesta de matrimonio sería bien recibida.

Los matones del vizconde rodearon la casa de los Penrose y andaban a sus anchas por el interior. Cuando Raven regresó al día siguiente para recoger a Rosalind, los hombres sacaron sus navajas y le comunicaron que si daba un paso más, era hombre muerto y poco podía hacer ya en la casa pues la joven había emprendido viaje esa misma noche con destino desconocido. El rey del hampa comprendió muy pronto la jugada del tramposo Robert y enloqueció al escuchar que se habían llevado a Rosalind. Peleó con dos de los hombres e hirió gravemente a uno antes de que a él le dieran un buen corte en el costado y de que su cochero sacara un arma de fuego y apaciguara los ánimos.

—Va a casarse con el vizconde, así que no regreses por aquí —le dijo uno de los hombres.

Robert había engañado al viejo pretendiente de su hermana. No le había dicho que ella había estado en manos de Raven durante las últimas semanas y que Rosalind correspondía a los sentimientos del canalla, sino que le dijo que el rey del hampa la había visto por casualidad por la calles de Londres y se había encaprichado con ella. El vizconde lo creyó porque a él le había pasado algo parecido e hizo todo lo que estaba en su mano para evitar que ocurriese lo que Robert decía temer: que Raven secuestrara a la joven.

—Tengo pruebas contra Raven que lo llevarían directo a la cárcel para el resto de su vida. El inspector Morton estaría muy interesado en esas pruebas —le dijo Robert a Rosalind—, de hecho, el propio inspector me encargó que lo investigase mientras yo jugaba a los naipes para pagar la deuda. Claro que tú podrías salvar a tu querido Raven.

Rosalind no podía creer lo que su hermano le estaba diciendo. ¿Acaso se atrevía a amenazarla? ¿Pensaba que era tan imbécil de creerse sus palabras? Robert no era más que un tramposo.

—No te creo —murmuró ella.

—Oh, ya me creerás. El inspector Morton vendrá hoy a visitarme. En tu mano está que Raven termine o no en la cárcel. En la cárcel o de peor manera... Creo que el castigo para los canallas de su calaña es la horca.

Rosalind comenzó a sentirse temerosa, a asustarse de que su hermano de verdad tuviese información comprometida para Raven. Cuando horas más tardes vio desde la ventana de su cuarto el carruaje del inspector Morton deteniéndose ante su casa, creyó morir de la angustia. La joven conocía bien a Morton, pues era quien les había dado la noticia del fatal accidente de sus padres años atrás. Bajó las escaleras corriendo cuando oyó la campanilla y, antes de que Molly abriese la puerta, le dijo a su hermano desesperada:

—No digas nada sobre Raven, por favor. Haré lo que tú quieras.

Imaginárselo el resto de su vida en la cárcel o colgando de una horca era insoportable para ella. No importaba lo que tuviera que hacer, aunque se le rompiera el corazón. Tenía que asegurarse de que Raven no sufriera ningún daño. No, si ella podía evitarlo.

Rosalind era demasiado inocente para darse cuenta de la trampa de su hermano: si realmente quería alejarla de él, denunciarlo sería la opción perfecta, pues en el mejor de los casos, moriría en la horca, y en el peor, no volvería a salir de la cárcel. Ambas opciones lo alejaban de Rosalind para siempre. Pero no podía denunciarlo: si decía lo que sabía de Raven, él mismo acabaría involucrado en una serie de

negocios sucios que lo llevarían también a prisión. Rosalind era demasiado niña aún para comprender el engaño de Robert y por eso accedió a hacer lo que su hermano quería, pues pensaba que era el único modo de salvar a Raven.

CAPÍTULO 10

Paddy se había opuesto a que Raven fuera solo al encuentro con Rosalind. Aquella nota que había recibido le parecía sospechosa.

—Puede ser una trampa de Robert —le dijo al rey del hampa, que estaba tan entusiasmado con verla que por primera vez en su vida no desconfió y no pensó en guardarse las espaldas—. Varios de nosotros nos esconderemos por los alrededores, en algún lugar desde el que podamos verte —siguió planeando el irlandés.

Raven solo se ocupó de no volverse loco con la espera. Las horas no pasaban y, cuando por fin se subió al carruaje para llegar al lugar del encuentro, se le hizo eterno el trayecto.

Rosalind ya estaba allí cuando llegó, en la entrada del parque oeste, con su vestido verde y una pelliza oscura. Él descendió del carruaje dando un salto y la tomó entre sus brazos.

—¡Mi amor! —exclamó. La notó tensa.

Ella se apartó pronto de él.

—Tengo que hablar contigo —le dijo con aquella mirada de ciervo desvalido y los labios temblorosos.

Raven no tuvo un buen presentimiento. Se quedó callado, observándola.

—No podemos volver a vernos —le informó ella sin atreverse a mirarlo.

Raven no respondió. El silencio se hizo tan largo que ella acabó levantando la mirada hacia la del hombre y vio cómo sus ojos echaban chispas y las aletas de su nariz se movían indicando la furia que lo dominaba.

—¿Con qué te ha amenazado tu hermano? —quiso saber él—. Voy a matarlo, al muy cobarde. A mí no se atrevió a decírmelo a la cara, fingió que estaba de acuerdo con lo nuestro. No le hagas caso, amor. Claro que podemos seguir viéndonos. De hecho, propuse lo del cortejo porque sé que así es como se hacen las cosas en tu mundo, pero no necesito ningún cortejo para saber que quiero casarme contigo, Rosalind. Casémonos. Manda a tu hermano al diablo.

Ella se mordió el labio para no llorar. Dios mío, cómo quería a Raven, y él le estaba pidiendo matrimonio. No podía imaginarse nada que la hiciese más feliz que ser su mujer.

—Sé que mi apellido no es el más ilustre de Inglaterra, pequeña, pero te amo, ¿no sirve eso de algo? ¿No compensa por mi apellido indigno?

La joven levantó la mano hasta los labios de Raven para hacerlo callar. Debía salvar su vida a como diera lugar, evitar que Robert lo delatara ante el inspector, pero era tan doloroso todo aquello. ¿Podría soportarlo?

—No digas nada más, por favor. No puede ser. Lo nuestro no puede ser —repitió ella—. Debo irme. —Se alejó unos pasos, pero él le impidió marcharse. La tomó de la mano y la obligó a volverse hacia él.

—¿Vas a casarte con el vizconde? —preguntó con rabia y temor—. ¿Tomas esta decisión porque al volver a tu casa has comprendido que ese es tu mundo y que yo no formo parte de él? —Los ojos negros de Raven eran dos brasas incandescentes.

—No me casaré con el vizconde —aseguró ella, bajando nuevamente la mirada, muriéndose por abrazarlo, por decirle que también ella lo amaba—. Debo irme ya.

—Rosalind, cástate conmigo. Escapémonos juntos. —Ella seguía con la mirada clavada en el suelo; él se dio cuenta de que la joven no se iría con él, de que ya había tomado su decisión, así que le soltó la mano—. Si te vas ahora, me arrancaré este amor del pecho, ¿comprendes? Jamás te perdonaré. Jamás. —Raven sentía que el corazón se le iba a romper en mil pedazos, pero la debilidad no se asomó a su mirada ni a sus gestos. Volvió a ser el Raven de hielo. Ella musitó: «lo siento», y después se encaminó hacia el carruaje que la esperaba en la acera opuesta a la entrada del parque.

Raven estaba en la biblioteca de su casa, completamente borracho, con la camisa manchada y el pelo despeinado. Parecía un loco. Alistair, Paddy y Sussie intentaron que comiera algo y que dejara de beber. De hecho, Sussie trató de llevarse alguna de las botellas de whisky que había sobre el escritorio.

—¡Deja eso ahí, demonios, y si no queréis verme así, salid de aquí y dejadme solo! —rugió.

—Raven, deberías... —comenzó a decir Paddy, pero sus palabras quedaron interrumpidas cuando el rey del hampa estrelló una botella vacía contra una de las paredes y los cristales se esparcieron por el suelo.

—¡Todo el maldito mundo fuera de aquí! —gritó—. ¡Dejadme solo!

Se permitió unos días de caída en las profundidades, una espiral de dolor y autocompasión. Sin apenas comer o dormir, sin más sustento que el whisky. Recordaba el suave cuerpo desnudo de Rosalind entre sus brazos, aquella mirada que él había interpretado de amor y que no era más que deseo. Oh, sí, la damita se sentía atraída por él, de eso no cabía duda, pero al regresar a su casa había visto que necesitaba algo más que un hombre guapo que supiera excitarla. Necesitaba un maldito noble. Pasados varios días, Raven salió de la biblioteca, ordenó que le prepararan un baño, se afeitó, se vistió y salió de casa a atender los asuntos que, durante ese tiempo, habían llevado a cabo Paddy y Alistair. El Raven que salió de esa biblioteca era más duro y cruel que nunca, más oscuro y peligroso, más vengativo y con más ansias de alcanzar una posición desde donde poder aplastar a aquellos malditos aristócratas.

Cerró el trato de la compra de los ocho barcos y llevó a cabo su sueño de crear una compañía de trasatlánticos de lujo y de barcos mercantes. Quería cubrir la ruta entre Bristol y Nueva York. El transporte de mercancías daba dinero, pero lo que realmente lo hizo aparecer en los periódicos ingleses y americanos fueron los dos trasatlánticos. Eran tan lujosos y había tanta expectación por viajar en ellos que cuando salieron los billetes a la venta, desaparecieron en menos de dos semanas a pesar del elevado precio. Seis meses después de que Rosalind lo hubiese abandonado, Raven ya era una leyenda en Nueva York, y en Londres no se podía caminar por ninguna calle en la que no se escuchasen conversaciones sobre el dueño de la William Raven Company, aquel rey de los bajos fondos, tan oscuro y peligroso, que había pasado de poblar las pesadillas de las damas que escuchaban su nombre a poblar ahora sus sueños más tórridos. Comenzó a ser invitado a las fiestas de algunas de las familias más encumbradas (no porque lo respetaran, sino porque era demasiado rico y famoso como para ignorar su existencia) y él asistía tratando de disimular el absoluto desprecio que le inspiraban, pero eran clientes potenciales y le interesaba su dinero, así que asistía a las reuniones. Al principio, temía encontrarse con Rosalind, pero la muchacha parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Raven había prohibido que la nombrasen en su presencia y cultivó, a lo largo de los meses, el rencor y el odio hacia ella. Jamás, se prometió a sí mismo, jamás nadie volvería a burlarse de él como la había hecho Rosalind.

Comenzó a acostarse con cuanta mujer bonita se le cruzaba en el camino, al principio, cerraba los ojos

y, en aquellos cuerpos complacientes, solo veía a Rosalind, pero después se odiaba a sí mismo por seguir deseándola y, poco a poco, dejó de pensar en ella cuando hacía el amor con otras. Las tocaba de forma mecánica. Todo lo hacía de forma mecánica. Siempre estaba ocupado y cuando caía en la cama, estaba tan rendido que no le daba tiempo a pensar. Porque eso era lo que evitaba a toda costa: pensar. Cuando la imagen de Rosalind cruzaba su mente, maldecía, apretaba los dientes, dejaba escapar la rabia que sentía por ella y solo entonces la joven desaparecía de su cabeza.

Trataba de que ella no invadiera su mente cuando estaba despierto, pero los sueños eran otra cosa. Era frecuente que apareciera en ellos con su mirada tierna e inocente, y Raven despertaba con el corazón dolorido y ganas de romper algo. Pero no había vuelto a decir su nombre ni a escucharlo en boca de nadie, hasta aquella mañana de abril en que recibió, como cada año desde hacía tres, la invitación de Anthony Cornell, un libertino muy rico y con una gran cabeza para jugar a los naipes al que Raven había conocido en uno de sus locales y con el que había congeniado casi de inmediato. No era uno de esos aristócratas encorsetados que se paseaban por los bajos fondos de noche y de día fruncían la nariz haciendo ver que todo ese mundo les parecía hediondo. No. Anthony Cornell y Raven eran amigos, y, por ello, Cornell siempre lo había invitado a aquella fiesta anual que inauguraba la temporada de los bailes sociales de Londres. Raven nunca había ido porque la gente que asistía no era de su interés.

—¿Ha recibido Raven este año la invitación a la fiesta de Cornell? —le preguntó Paddy a Alistair mientras tomaban un whisky en la biblioteca de la casa de Raven. Este asintió, y el irlandés se quedó pensativo—. ¿Crees que irá?

—No creo. Nunca va. ¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Alistair, pero Paddy cambió de tema.

—He tenido noticias de Rosalind Penrose.

Raven, que hasta ese momento había estado escuchando desde la terraza, divertido, los cotilleos de sus amigos a través de la ventana abierta de la biblioteca, sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¿Ya se ha casado con el vizconde? —era Alistair el que había hablado.

Raven cerró los ojos para recibir la puñalada que supondría el matrimonio de Rosalind.

—No... Rechazó amablemente la propuesta matrimonial del viejo —en el tono de Paddy había cierta incredulidad—, y tampoco aceptó la propuesta de Lord Spansord. Comprendo que haya rechazado al viejo, por muy rico que fuera, pero a Spansord...

—¿Ese no es el aristócrata apuesto que traía de cabeza a las camareras de La rosa roja? —preguntó Alistair con el ceño fruncido.

Paddy asintió.

—Es un tipo joven y apuesto, no tan rico como el vizconde, pero desde luego un matrimonio con él la salvaría de su situación. Robert sigue debiendo dinero. Ha pedido prestado varios miles de libras a Yorkie, y sabes que Yorkie no se anda con rodeos. Si Penrose no tiene cuidado, aparecerá cualquier día flotando en el Támesis.

—Quizás ha rechazado esas dos proposiciones de matrimonio porque hay un pez más gordo que la pretende —comentó Alistair.

Paddy se encogió de hombros.

—No, ni mucho menos... ¿Sabes dónde está ahora? —Alistair negó con la cabeza—. En casa de Anthony Cornell. Es la institutriz de su hija. Por eso te preguntaba si Raven iría a la fiesta... Quizás debiera saber que ella está allí. No le gustará encontrársela por sorpresa.

—No creo que debamos nombrar a Rosalind delante de Raven. Además, él nunca ha ido a la fiesta de Cornell, ¿por qué iba a ir este año? Por cierto... Creíamos que había abandonado a Raven para casarse

con alguien encumbrado, pero ha rechazado dos excelentes proposiciones matrimoniales. ¿Qué la llevó a alejarse de Raven entonces? —Paddy se encogió de hombros.

—Siempre he dicho que estaba loca por Raven, y él... —no terminó la frase.

—Lo sé —dijo Alistair—, lo sé.

Raven sentía el latido acelerado de su corazón. Su cuerpo estaba helado. Si Robert Penrose había aceptado que su hermana trabajara como institutriz en casa de Cornell, era porque confiaba en que él se enamorase de ella. Tal vez, la propia Rosalind tenía esa intención cuando comenzó a trabajar allí. Cornell llevaba años viudo y tenía un hijo y una hija, herederos de título y fortuna, no necesitaba casarse y era demasiado libertino para planteárselo siquiera, pero Rosalind podría hacerlo cambiar de opinión. Él sabía lo que Rosalind podía hacerle a un hombre, por experimentado que este fuese. Maldita sea. Tenía que ir a esa fiesta y ver qué se estaba cociendo en casa de Anthony Cornell. No por ella, dijo para convencerse a sí mismo, sino por Anthony, que era su amigo y merecía algo mejor que una embaucadora como Rosalind Penrose.

La vida de Rosalind no había sido fácil en esos meses. Las primeras semanas, tras la ruptura con Raven, había creído que no podría soportarlo, que se moriría de la pena. Finalmente, la fuerza de voluntad había podido con la desgana y un día emergió de la niebla y decidió seguir adelante. «Quizás algún día pueda decirle a Raven toda la verdad», pensó y fue ese pensamiento el que la mantuvo en pie.

Sin embargo, se le hacían insoportables las largas veladas nocturnas en las que el vizconde Lancashire venía a su casa. Su hermano se lo imponía casi como una obligación, y ella tuvo que esperar a que el propio anciano decidiese hablar con ella para poder romper el compromiso. Estaban conversando cerca del invernadero, y su hermano Robert los dejó solos. Entonces ella se atrevió a llevar a cabo su plan.

—Milord —dijo avergonzada—, mi hermano pretende casarme con vos para que saldéis sus deudas de juego y para algo peor.

El vizconde frunció el ceño. Sabía lo de las deudas de juego y no le importaba, siempre y cuando pudiese tener a Rosalind en su cama, pero ¿qué era esa otra cosa peor que pretendía ocultar con el matrimonio?

—Por favor, milady, contad —le dijo él, verdaderamente interesado.

—Hace un tiempo tuve una relación con un hombre. Nos amábamos y él... Él me deshonoró, milord —mintió Rosalind al llegar a este punto—. Por ahora, es un secreto, pero temo que algún día se sepa y pueda dañaros. Vos no debéis pagar por mis pecados.

El vizconde abrió la boca, sorprendido. ¡Sería cabrón ese maldito Robert Penrose, querer endosarle a una muchacha que no era virgen! Por Dios, si la joven no hubiese tenido cierta decencia, él habría acabado comprometiendo su propio honor.

—Por favor, milord, no le digáis a mi hermano lo que os he dicho. Me mataría. He sido sincera porque creo que debéis saber la verdad. Para romper el compromiso, podéis dar una excusa. Raven, por ejemplo. Podéis decir que es demasiada carga para vos una mujer a la que Raven nunca dejará de perseguir —Rosalind se atrevió a darle la idea.

—Por supuesto, querida. Os agradezco enormemente vuestra sinceridad. No temáis, nadie sabrá por mí el asunto de vuestra deshonra. Es más, en agradecimiento, diré que fuisteis vos y no yo quien rompió

el compromiso. —El anciano se quedó pensativo unos instantes—. El hombre que os deshonró es Raven, ¿verdad? —La joven asintió—. Y vuestro hermano impide la relación, ¿no es así? —Roselind volvió a asentir—. Debíais estar loca para poner vuestros ojos en un canalla como Raven.

Rechazar a Lord Spansord fue más fácil, pues Robert no se enteró de que él estaba interesado en su hermana hasta después de que ella le hubiese dicho que no. Se habían conocido hacía tiempo y era atractivo y encantador. Muchas veces habían bailado juntos, y Rosalind había disfrutado moviéndose en sus brazos por los salones, ya que era un excelente bailarín. Tal vez, si nunca hubiese conocido a Raven, Spansord habría tenido una oportunidad, pero el corazón de la joven pertenecía enteramente al rey del hampa.

Como su hermano seguía jugando, apostando y (tras una buena racha de dos meses en la que ganó mucho dinero) perdiendo, la joven decidió volver al despacho del señor Havisham para preguntarle si habría alguna posibilidad de que alguien la contratase como institutriz. Tuvo la suerte de que *sir* Anthony Cornell estuviese en el mismo lugar preguntando por una institutriz competente para su pequeña Eliza. Nada más ver a Rosalind decidió contratarla, pero era su instinto de libertino el que había hecho la elección, no obstante, ahora estaba encantado con la labor de la joven y solo la veía como a una empleada a pesar de que había intentado acercarse a ella y había sido cortésmente rechazado. Rosalind tenía un porte y una elegancia naturales y la educación más exquisita que Anthony Cornell había visto jamás. Y los logros que había obrado en su hija Eliza hicieron que se convirtiera en alguien imprescindible para él, un miembro más de su familia, incluso comía con ellos en la mesa y no con el servicio.

Durante los meses que Rosalind estuvo en casa de los Cornell, tenía noticias casi a diario sobre Raven. Los periódicos hablaban de aquel hombre que de la nada había creado un imperio. En alguna parte, se había llegado a coquetear con la idea de que hubiera llevado a cabo actividades delictivas, pero nadie se atrevió a asegurarlo tajantemente y pronto se prefirió olvidar el tema. Sus barcos, especialmente los trasatlánticos de lujo, eran una increíble novedad, sobre todo por la frecuencia con la que viajarían entre Bristol y Nueva York. Se decía que había organizado su compañía desde su casa en Londres y que había enviado a un empleado de confianza para encargarse de la oficina de Nueva York. Rosalind pensó en Alistair, pues era evidente que Raven ya no tenía tiempo para sus actividades delictivas y el hueco dejado por el rey del hampa sería ocupado por el hombre con el carácter más parecido al suyo: Paddy O'Neill, el irlandés pelirrojo mano derecha de Raven. También se enteró Rosalind (y esto lo vivió con absoluta congoja) de que Raven siempre llevaba una mujer bonita de su brazo y rara vez repetía la misma. Además, en alguna ocasión en la que visitaron la casa algunas damas, surgió el tema de Raven y comentaron que Elizabeth Tennant, la hermosa hija de lord Wissex, estaba encaprichada con él y que solamente si estaba loco Raven la rechazaría.

Rosalind nunca se había planteado esa opción, aunque era totalmente normal: ella había herido a Raven, y él tenía derecho a estar con otras mujeres, con tantas como deseara. Seguramente, todas ellas fueron una manera de olvidarla, pero Elizabeth Tennant sería algo distinto. Rosalind la conocía de los múltiples bailes en los que habían coincidido. Era hermosa, rica y sabía imponerse a su padre, así que lograría que este aceptase su matrimonio con Raven. Y a él debía de gustarle, cómo no iba a gustarle, si era tan hermosa. La joven tuvo que hacer un esfuerzo para seguir el hilo de la conversación y que no se notara que estaba a punto de echarse a llorar tras escuchar que Elizabeth y Raven probablemente acabarían casándose. ¿Cómo había sido tan idiota de pensar que Raven seguiría queriéndola después de haberlo abandonado? ¡Qué importaba ya que alguna vez se supiera que lo había hecho para salvarle la vida! El estaría casado con Elizabeth y la amaría. Tal vez la amaba ya.

Tan malo como saber que Raven tenía una mujer especial en su vida fue enterarse de que Anthony Cornell era amigo del rey del hampa. Lo único que le faltaba a Rosalind era encontrarse un día a Raven ante sus narices. Se moriría. Estaba segura de que no podría soportarlo. Solo cuando escuchó al propio Cornell decir que su amigo nunca había ido a su casa, respiró tranquila. Solían encontrarse en locales que ambos frecuentaban. Al parecer, a él no le gustaba la compañía de los aristócratas, excepto la de Cornell. Eso ya lo sabía Rosalind muy bien. El temor aún continuaba ahí, en sus tripas, removiéndola por dentro. ¿Y si Cornell le decía a Raven el nombre de su institutriz y él hacía acto de presencia en la casa para reclamarle o para mortificarla? La joven enseguida recapacitó. Cómo iba él a presentarse en la casa para nada. Él ya la había olvidado, tal y como le juró, se la había arrancado del corazón para siempre. Ahora había una nueva dueña del corazón de Raven: Elizabeth Tennant, una mujer bella e impetuosa, no una boba inocente como ella, una pichona, como la había llamado Sussie. Seguro que Elizabeth no le exigiría a Raven apagar la luz del cuarto para que no la viese desnuda y seguro que no temería hacer el amor y defraudarlo con su inexperiencia.

CAPÍTULO 11

La fiesta de Anthony Cornell estaba siendo el éxito esperado. Había ido tanta gente que a los carruajes les era imposible detenerse cerca de la entrada de la mansión y tenían que dejar a los ocupantes a dos calles de distancia. Todo el mundo estaba allí. La casa había sido especialmente engalanada para la ocasión. Los criados llevaban más de una semana preparándolo todo para que estuviera perfecto, y la señora Patts, el ama de llaves, se tomaba tan a pecho estas fiestas que durante esos días anteriores al evento ni comía y apenas dormía, preocupada por si faltaba algo o si el resto de los criados estaban realmente preparados para lo que se avecinaba. Por ejemplo, tuvo un verdadero problema para elegir a la encargada del guardarropa entre las dos criadas nuevas, ya que no confiaba realmente en ninguna y temía que se equivocasen a la hora de devolver las prendas, lo que podía ocasionar un verdadero cataclismo, según la señora Patts.

Las arañas doradas del techo estaban todas encendidas y, aunque ya era de noche, parecía pleno día si no se miraba por las ventanas. Los salones habilitados para el baile estaban llenos de parejas moviéndose al son de la orquesta. Otros caballeros preferían fumar y jugar al billar en una sala contigua. Las matronas, mujeres casadas y con hijas de cierta edad, se movían de un lado a otro vigilando que sus muchachas no fueran foco de las críticas, que no se acercasen demasiado a los caballeros con los que bailaban ni se escabullesen con ellos a la terraza, los jardines o cualquier otro lugar oscuro.

El calor era sofocante debido a la cantidad de gente. Raven había llegado hacía apenas una hora y estuvo hablando durante un rato con Cornell, que se alegraba verdaderamente de que hubiese decidido ir.

—Por todos los demonios —le dijo Cornell con una expresión impropia de un caballero—, ¡qué milagro que te dejes caer por aquí! Creo que debo avisar a todas las madres para que pongan a sus hijas a buen recaudo. —Cornell miró a Raven, que parecía buscar a alguien; él sabía perfectamente que quería ver a Rosalind Penrose. No hacía falta ser demasiado inteligente para saberlo: Anthony Cornell había estado en la taberna El tuerto Joe cuando jugó Robert Penrose a los naipes y había reconocido a Rosalind incluso con el antifaz cuando esta entró acompañada de Raven. La contrató como institutriz por ese motivo, porque creía que había más garra en aquella joven de lo que parecía en un principio. Había sido un golpe de suerte encontrársela en el despacho del señor Havisham. Cuando ella rechazó sus atenciones y la vio incomodarse ante las noticias que llegaban a casa sobre Raven, ató cabos. Quiso saber si el rey del hampa sentía algo por la joven y habló con Paddy de ella, le dijo que finalmente no se había casado y que trabajaba como institutriz en su casa para que se lo contase a su jefe. Y allí estaba Raven, en una fiesta a la que jamás hubiese ido, solo por ver a la muchacha—. ¿O acaso ya vienes con una víctima en mente? ¿Se puede saber a quién estás buscando, amigo? Tal vez pueda decirte si ha llegado... ¿Buscas a lady Tennant, quizás?

Raven sonrió irónicamente. Por Dios que tenía la lengua larga Elizabeth Tennant. Y estaba segura de sí misma. Estaba tan convencida de que él caería a sus pies que ya lo vendían como una pieza cazada ante todo el mundo. Lo que no sabía lady Tennant era que él solo se había dejado cazar una vez y ya había aprendido sobradamente la lección. Jamás otra mujer tendría su corazón. Jamás. Lo que no significaba que aquella lady Tennant no pudiese ser una buena opción como pareja si en un futuro próximo le apetecía tener pareja. El padre de ella le abriría todas las puertas que aún permanecían cerradas para él. Aunque también había que contar con que esas damas siempre querían casarse, y él no era de los que se casaban. Lo había pensado una vez. Apretó los dientes al recordar cómo se lo había propuesto a Rosalind

y ella lo había rechazado con un simple gesto de su mano tapándole la boca, casi pidiéndole que no dijese más tonterías. Maldita Rosalind Penrose. Quién iba a pensar que una muchachita inexperta iba a reírse tanto de él, que se creía experimentado y conocedor de las maldades humanas, pero la crueldad de Rosalind lo había pillado totalmente por sorpresa.

—No busco a nadie en particular, amigo, y menos a Elizabeth Tennant. Es ella quien me persigue a mí y no al revés —dijo Raven a Cornell, aunque este ya sabía que Raven no sentía nada por aquella joven—. Solo observaba.

—Bien, de todos modos, por si te interesara, aunque solo fuese para escapar de ella, lady Tennant acaba de llegar.

Raven ya no escuchó esta última frase, pues acababa de ver a Rosalind de lejos, en la pista de baile. Albert de Hannover la había sacado a bailar. Nada más y nada menos que un Hannover, emparentado con la familia real. Tal vez ese fuera el pez gordo por el que Rosalind había rechazado a sus otros pretendientes. Sintió una furia que lo dominaba. Apoyó la espalda contra la pared, cruzó los brazos sobre el pecho y la observó desde lejos con aquella mirada oblicua y peligrosa que lo hacía merecedor del pánico que había inspirado durante años en los bajos fondos. Raven recordaba que Rosalind era hermosa, pero no que lo fuera tanto. Había florecido a lo largo de esos últimos meses. Dios mío, estaba maravillosa, con un vestido de seda color cereza que hacía que su piel luciera blanca y delicada como un lirio. A Raven se le puso un nudo en el estómago. No imaginaba que le iba a impactar de esa manera volver a verla. Y no parecía el único afectado, la mayoría de los hombres lo estaba, y eso que en aquella fiesta sobraban las muchachas bonitas, pero ella tenía algo especial, una luz en el rostro y una elegancia natural. Raven se maldijo por ser tan débil, por Dios, odiaba a la muchacha, de eso no había duda, pues había cultivado ese odio durante los últimos meses. Debía odiarla. Pero no podía controlar todos los demás sentimientos que aún le despertaba: la ternura, el deseo... Los celos. Verla entre los brazos de Albert de Hannover hacía que se le retorcieran las tripas. No le gustaba cómo la miraba aquel hombre, como si fuese de su propiedad. Rosalind había estado en la cama de Raven, él la había acariciado hasta el éxtasis, ella lo había acariciado a él con una sensualidad y una inocencia que aún hacía que se le secase la boca al recordarlo. Rosalind había sido suya, pero la muy bribona se cuidó bien de disfrutar sin perder la virginidad, así podría ofrecérsela a su futuro marido. Maldita y mil veces maldita Penrose, con una cabeza absolutamente fría había planeado todo. Raven se sintió absurdamente humillado, dolido cuando creía que había superado ya esa fase y que Rosalind no podría hacerle más daño.

El vals terminó, Rosalind y Albert se despidieron, y, a los pocos minutos, la vio salir a la terraza sola. Se disponía a seguirla a una distancia prudencial cuando se dio cuenta de que también Albert salía tras ella. Maldita sea. Se habían citado en el exterior, en la oscuridad, donde nadie pudiese verlos. Pero él quería comprobar lo que sospechaba. Quería observar a Rosalind Penrose en brazos de otro, ver con sus propios ojos de qué era capaz aquella jovencueta, si fingiría con Hannover el candor que había fingido con él. Desde la barandilla de la terraza, la vio entrar en el invernadero. Albert lo hizo tras ella poco después. Raven cuidó sus pasos para no hacer ruido y se instaló bajo uno de los ventanucos del invernadero que estaba abierto y le permitía escucharlos e incluso verlos, ya que era completamente acristalado. Al acercarse por el exterior, vio a Rosalind antes que a Albert, que accedió por el interior, por donde tenía que seguir el intrincado laberinto de plantas.

Rosalind se sentó en un banquito metálico que había cerca de los rosales. Se apoyó en el respaldo y echó la cabeza hacia atrás. Raven se imaginó a sí mismo besando la elegante línea de su mandíbula, embobado ante el hechizo que ella aún ejercía sobre él. Este hechizo se rompió cuando Albert de Hannover recorrió el invernadero hasta llegar a la parte final, la de los rosales, donde la joven se

encontraba. Raven apretó los puños y se dijo a sí mismo que eso era justo lo que necesitaba para arrancarla de una vez por todas de su cabeza: verla con otro. Quería saber si se comportaría con Hannover como se había comportado con él o si, por el contrario, mostraría otra cara. Raven se había acostado con muchas mujeres en esos meses, de quienes no recordaba ni el nombre ni el rostro, pero nunca había podido ser con ninguna de ellas como había sido con Rosalind. La joven Penrose había despertado en él algo que no sabía ni que existía. El resto de mujeres eran cuerpos complacientes, y él se comportaba como otro cuerpo complaciente. Con Rosalind había sido todo tan distinto. Una parte de él se había muerto cuando ella lo abandonó en aquel parque. La mejor parte de él llevaba muerta varios meses.

Rosalind oyó un ruido a su espalda.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con tono preocupado. Se levantó del banco y observó por encima de los rosales.

—Soy yo, lady Penrose —dijo Albert de Hannover, apareciendo de pronto ante ella—. Quería hablar con vos.

Rosalind ahogó un gemido asustado y dio un paso, alejándose de él.

—Milord, esto es completamente inapropiado. No debemos estar aquí... solos. Yo... debo irme, milord —explicó la muchacha, bastante perturbada. Si alguien los encontraba allí, pensaría lo peor, y su reputación quedaría aún peor parada de lo que ya estaba por ser la hermana de Robert. Podría perder incluso su trabajo de institutriz. Se disponía a marcharse cuando Albert trató de evitarlo, tomándola del brazo.

—Por favor, escuchadme, milady. Será solo un instante.

Raven apretó los dientes. Decidió entrar en el invernadero por si Hannover no se iba y Rosalind tenía problemas. Tal vez la odiara, pero nunca había soportado los abusos. Se movió con sigilo y se agazapó entre los rosales, lo suficientemente cerca por si ella lo necesitaba.

—Milord, no me pongáis en un compromiso, os lo ruego. Si queréis hablar conmigo, lo haremos en el salón de baile o en la terraza, cerca de las puertas, donde hay luz. Estar aquí no es correcto. —Ella estaba de verdad incómoda.

—Me gustáis, milady. Creo que eso ya lo sabéis. Quiero poder visitaros y cortejaros. ¿Me dais permiso para ello o recibiré también la misma negativa que todos los demás pretendientes? —Hannover había dado un paso hacia ella, que mantenía la mirada clavada en el suelo.

—No quiero haceros daño, milord, por eso seré sincera: nada conseguiréis visitándome, mi corazón no está disponible para nadie. No os afanéis en algo que no conseguiréis. —Ella lo miró de frente—. Y ahora, marchad, milord, os lo ruego. Dejadme sola. He venido a disfrutar de un rato de soledad en el invernadero. Pocos placeres me quedan ya en la vida y este es uno de ellos. Marchaos, no pongáis en entredicho mi reputación quedándoos aquí más tiempo. —La mirada de la joven era resignada y triste.

—¿Pero qué os pasa, milady? ¿Por qué echáis así a la gente de vuestro lado? Si me permitierais acercarme a vos, frecuentaros, tal vez... —dijo Hannover atreviéndose a dar un paso más hacia ella.

—Por favor, he sido sincera con vos. No quiero que os hagáis ilusiones, no quiero hacer daño a nadie. No os empeñéis en un imposible, milord... Dejadme sola.

Hannover le hizo una breve inclinación de cabeza y, aunque de mala gana, se marchó. Pasó lo suficientemente cerca de Raven como para verlo, pero iba demasiado contrariado y vuelto sobre sus propios pensamientos.

Raven no sabía qué pensar. ¿Qué diablos le ocurría a Rosalind? Él creía que lo había abandonado para conseguir un buen partido, pero los rechazaba a todos. ¿Qué demonios le ocurría a aquella maldita

muchacha? ¿O acaso solo era una táctica para volver más locos a los hombres con su indiferencia? Ella seguía de pie, entre los rosales, cerca del banco en el que había estado sentada. Su talle era como un junco, el escote era discreto, pero resaltaba su hermoso busto, y el peinado alto dejaba a la vista su nuca. Raven había besado aquella nuca una vez, mientras le desataba las cintas del corsé. Se sintió de pronto blando como la mantequilla caliente, excitado como un muchacho, dolorido como si ella acabara de rechazarlo en ese mismo instante, y antes de darse cuenta de lo que hacía, salió de detrás de los rosales, apoyó su hombro en una de las paredes del invernadero, cruzó los brazos sobre el pecho y le dijo a Rosalind, que estaba dándole la espalda en esos momentos:

—Me pregunto qué es lo que hace que una dama de buena cuna como tú le niegue a uno de los hombres más importantes de Inglaterra los favores que le regalaste gustosamente a un muerto de hambre como yo...

La joven escuchó la voz tras ella y tuvo que sujetarse al respaldo del banco para estar segura de que sus piernas no iban a fallarle. Aquella era la voz de Raven. Se dio la vuelta y se encontró con él frente a frente. Las rodillas le temblaron, el estómago se le removi6 con un movimiento sísmico y comenzaron a sudarle las manos. Él vestía de etiqueta, pero no iba completamente de negro, tal y como ella lo había visto siempre, sino que su camisa era blanca, como se exigía en esos casos, y ese levísimo toque de color lo hacía enloquecedoramente atractivo. La miraba de aquella manera aterradora, como un ave rapaz a una presa a la que desea destroz ar el cuello. Se record6 a sí misma que él creía que lo había traicionado, que lo había rechazado por gusto, que lo había despreciado por su origen. Se record6 a sí misma que él la odiaba y que ahora amaba a otra, a la bella Elizabeth Tennant. Por eso estaría en aquella fiesta a la que no hubiese asistido ni muerto, por acompañar a Elizabeth, que jamás se perdía ninguna reunión social.

—Dime —insistió él, furioso de pronto por sentirse subyugado ante Rosalind—. ¿Qué hace que niegues a esos caballeros lo que me regalaste a mí, que soy una basura de los bajos fondos? —la voz de él sonaba peligrosa.

Rosalind se dio cuenta de que no podía hablar. La boca se le había secado y su cuerpo parecía no querer sostenerla. Tenía que salir de allí inmediatamente. Comenzó a caminar hacia la puerta del invernadero sin decirle a Raven ni una palabra, pero debía pasar ante él para alcanzar la salida, y este se interpuso en su camino. La joven refrenó sus pasos y ambos quedaron a escasos dos metros de distancia.

—¿No vas a responderme? —preguntó él de nuevo.

—Permitidme salir, por favor —logró balbucear ella sin atreverse a mirarlo a los ojos. Si lo hubiese mirado, hubiera visto el fulgor furioso de sus pupilas.

—De modo que vuelves a tratarme de usted, marcando las distancias, imagino... —esto último sonó como un rugido—. Te comunico que no saldrás de aquí hasta que no me respondas. Ya una vez te dejé marchar sin darme explicaciones, pero me merezco una, milady, por todos los demonios que me la merezco y me la vas a dar aunque sea lo último que haga en mi perra vida. —Solo entonces ella elevó su mirada hasta la de él y sus ojos se encontraron. Rosalind creyó que iba a desmayarse. Dios mío, aquellos ojos, aquel rostro... Raven era más atractivo de lo que recordaba. Más alto. Mucho más aterrador. Estaba ante ella impidiéndole el paso y no la dejaría irse a menos que ella hablara—. ¿Vas a responderme o no? Tengo toda la noche. Es más, tengo toda la semana y te juro, milady, que no saldremos de aquí hasta que me respondas.

Rosalind recordó entonces lo que le había recomendado Sussie el día que Raven la llevó a la taberna donde su hermano jugaría a los naipes. El vestido tenía un escote indecente, y ella se había puesto hecha una furia, se había enfrentado a él y había dicho que no saldría así. Sussie le había dicho que la voluntad de Raven era de hierro y que retarlo no era bueno, sobre todo si estaba furioso, que se conseguían mejores resultados siendo más amable. Rosalind decidió que le hablaría a Raven desde el corazón, con

toda la sinceridad que le fuera posible, ya que había cosas que, por el propio bien del rey del hampa, ella no le podía decir aún.

—Vamos, estoy esperando... ¿Por qué rechazas a todos esos mequetrefes? —Raven comenzaba a impacientarse.

Rosalind se armó de valor para ser sincera con él.

—Por... Porque no me gustan... No siento nada por ellos —dijo casi en un balbuceo y sin mirarlo.

Él la observaba con una mezcla de furia y embeleso. Estaba deseando que la joven le respondiera a la siguiente pregunta.

—¿Y por qué a mí me dejaste... acercarme tanto a ti? —Raven, conscientemente, había pronunciado la palabra *acercarse* con un tono tan indecente que Rosalind se sonrojó. Él nunca hubiese reconocido la ansiedad con la que esperaba la respuesta de ella.

—Tú sí... Tú... —dijo ella sin poder responder por completo, abochornada.

Raven dio varios pasos hacia ella, que no se apartó.

—Yo sí ¿qué? Vamos, respóndeme. —Los ojos de él brillaban en la oscuridad. ¿Reconocería ella que lo había deseado? ¿Reconocería que el deseo no era suficiente, que cuando volvió a su hogar se dio cuenta de que entre ella y un paria como él no podía haber nada? La joven parecía de verdad consternada, miró hacia la puerta del invernadero sopesando si le daría tiempo a correr y escaparse de una situación tan bochornosa.

—¡Oh, por favor, Raven, no me martirices más! ¡Ya sabes la respuesta! Déjame salir —suplicó la joven.

—Te equivocas, no sé la respuesta y quiero saberla. ¿Por qué a mí sí me lo permitiste? —Él era inflexible. Verdaderamente, ninguno de los dos se movería de allí mientras ella no respondiera a sus preguntas.

Rosalind se sonrojó aún más y bajó la mirada al suelo.

—Tú sí me gustabas —lo que iba a decir a continuación era temerario, pero se armó de valor, respiró hondo y lo dijo—: A ti te quería. —Entonces, levantó la mirada y la clavó en los ojos de Raven. Brillaban como brasas en la oscuridad del invernadero, pero ese brillo era de furia. Dio unos pasos hacia ella hasta quedar tan cerca que a la joven se le encogió el corazón.

—¿Cómo te atreves a decir que me querías, maldita sea? Me abandonaste como a un perro y no volví a tener noticias tuyas. Te pedí que te casaras conmigo, y me miraste como si estuviera loco —acabó de hablar agarrándola por los hombros y dándole un zarandeo suave.

La puerta del invernadero se abrió de pronto, y Anthony Cornell entró por ella. Rosalind creyó que iba a desmayarse. Dios mío, cómo iba a explicar que estaba allí con Raven. Cornell se dirigió al rey del hampa.

—Te pido que respetes mi casa y a mis empleados. —El gesto de Cornell era serio. Nadie habría adivinado lo mucho que se estaba divirtiendo con aquello.

—No ha ocurrido nada, os lo juro, milord —se explicó Rosalind desesperada, temerosa de que Cornell pensara lo peor de ella y la expulsara de su casa. Cornell la miró y le sonrió.

—Lo sé, Rosalind. No te preocupes. Por favor, déjanos solos.

La joven dirigió una mirada fugaz a Raven, que la estaba observando con el ceño fruncido, y salió por la puerta hacia la fiesta. Los dos hombres permanecieron frente a frente en el invernadero. Tras unos segundos tensos, Raven comenzó a hablar.

CAPÍTULO 12

—¿Qué hay entre Rosalind y tú? —preguntó Raven tratando de mantener a raya la ira.

Anthony Cornell contuvo la risa. Iba a divertirse de lo lindo antes de confesarle a Raven la verdad. Uno no veía todos los días al rey del hampa enamorado como un muchachito. De hecho, Anthony conocía a Raven desde hacía ocho años y lo había visto con muchas mujeres, mujeres que le hacían compañía unas horas y a las que luego olvidaba sin dificultad. Nunca le había conocido una amante fija y siempre le pareció un hombre poco dado a los afectos. Era un gran amigo, eso sí, y, a juzgar por su fama, un gran amante también, pero no era un hombre que sintiera apego por sus amantes ocasionales. Que hubiese ido a su fiesta, a la que nunca asistía, para ver a aquella muchacha y que ahora estuviese allí, parado ante él, muerto de celos, le resultaba muy gracioso a Anthony Cornell. No podía evitarlo.

—¿La llamas Rosalind? Vaya, cuánta confianza. Creí que acababas de conocerla, ¿o acaso ya os conocíais? —comentó Cornell sin responder a la pregunta de Raven para que este se pusiera más furioso. Quería sopesar el alcance real de ese enamoramiento.

—Sí, la llamo Rosalind. Responde a mi pregunta, maldita sea. ¿Qué hay entre vosotros? —Raven había perdido la paciencia. ¿Acaso sus sospechas eran ciertas? ¿Estaría allí Rosalind con el propósito de conquistar a Cornell, apoyada por su hermano Robert?

—No puedo negar que me parece una mujer maravillosa y, además, muy bella. —Miró al rey del hampa directamente a los ojos. Estaba tan furioso que las aletas de la nariz se le movían como a un caballo desbocado.

—Tal vez debieras saber algo de Rosalind... —comenzó a explicar Raven, pero se detuvo de inmediato. Se dio cuenta de que no quería hablar mal de la muchacha. Había pensado en dejarla como una bribona, pero, a pesar de estar furioso con ella, no era capaz de criticarla ante los demás, aunque ante sí mismo sí le hacía críticas destructivas. Trató de reconducir lo que iba a contar sobre la joven—. Su hermano Robert debe miles de libras y no dudará en pedírtelas si sabe que pretendes a su hermana. Es una carga que dudo que desees llevar.

—Comprendo —dijo Cornell—. En cambio, tú sí llevarías con gusto esa carga con tal de tener a Rosalind a tu lado, ¿verdad? —y en cuanto dijo esto, soltó una carcajada. Raven lo miró sin comprender—. Vamos, amigo, te la debía, ¿o has olvidado lo mucho que me martirizaste cuando me enamoré de Mary y decidí casarme con ella? Te dije que te vería palidecer de amor, y aquí estás... Pálido como un muerto. —Volvió a reírse.

—¡Serás cabrón! —exclamó Raven, comprendiendo de pronto el juego de Cornell—. ¿Qué demonios crees saber de Rosalind y de mí?

—Lo sé casi todo. Estaba en El tuerto Joe cuando Robert Penrose jugó a los naipes y vi como entrabas con una mujer cubierta con un antifaz, pero la damita cometió la imprudencia de escabullirse del local con la cara descubierta, y cuando volví a encontrarla en el despacho del señor Havisham, la reconocí de inmediato. La suya no es una cara que uno olvide fácilmente. Traté de conquistarla, lo reconozco, pero ella me rechazó de un modo que me hizo pensar que había otro hombre en su vida. Pensé: ¿Y si es Raven?, entonces, comenzaron a llegar noticias tuyas a casa, sobre tus negocios... Y sobre tus conquistas. Cuando vi cómo le afectaba eso, supe que estaba enamorada de ti. Solo me quedaba comprobar si tú sentías algo por ella. Hace unas noches, me encontré con Paddy en un burdel y le solté una serie de

informaciones sobre Rosalind. Si te lo contaba a ti y tú venías a mi fiesta, eso quería decir que la muchacha te interesaba. Bueno, y aquí estás, amigo mío...

—En muchas cosas te equivocas, Cornell —dijo Raven con el ceño fruncido—, ella no me ama, y si alguna vez yo la quise, eso ya forma parte del pasado. Ahora no siento nada.

—Raven, un hombre tiene que ser muy listo para llegar a manejar los bajos fondos de Londres. No te comportes ahora como un idiota solo porque tienes miedo de lo que sientes. Ella te ama, y, por todos los demonios, lo que tú sientes por ella es amor... Has venido aquí solo para verla, ¿o no? —Cornell miraba a su amigo con preocupación. ¿Sería tan tonto como para dejar escapar la ocasión de su vida por miedo y por dudas? Rosalind era una mujer estupenda y lo quería.

—¿Cómo sabes que ella me ama? Me rechazó tras hacerme creer que me quería, apuesto a que eso no lo sabías, y si crees que voy a olvidar y a perdonar eso, es que estás completamente loco —le dijo Raven con amargura.

—Deberías saber los motivos. Conozco a Rosalind. Algo terrible debe ocultar, de lo contrario, no te habría abandonado. ¿No sería bueno que lo descubrieras? Quédate en mi casa unos días, tenla cerca, trata de averiguar.

—Tal vez lo haga —dijo de mala gana Raven—, pero ahora volvamos a la fiesta.

—Claro, por supuesto, que como no has sufrido suficiente viéndola bailar con otros caballeros, quieres regresar a la pista de baile para sufrir más. —Cornell rio al terminar la frase. Se regocijaba al ver a Raven así. El propio Cornell había estado así una vez, cuando se enamoró de la que después fue su esposa, y el rey del hampa se burló de él por blando y enamoradizo, pero ahora era su turno.

Andrew York, a quienes todos conocían como Yorkie, era un matón de poca monta que dominaba los barrios pobres del sureste de Londres. Los bajos fondos de la ciudad estaban constituidos por seis zonas, en cada una de las cuales había un cabecilla que se había impuesto a los demás delincuentes de su barrio a base de violencia y dureza de carácter. Cada cabecilla dominaba su zona y rendía cuentas ante el jefe del hampa, que también había sido en su día el cabecilla de su barrio y se había impuesto al resto de los cabecillas. El puesto de jefe del hampa estaba vacío desde que Raven se había retirado, y las luchas por el poder eran continuas. Muchos respetaban a Paddy como el heredero natural de Raven, pero aún no había hecho algo lo suficientemente contundente como para que nadie pusiera su supremacía en duda. Yorkie, por ejemplo, creía que ese puesto debía ser suyo. En esos instantes, mientras Rosalind y Raven se encontraban en la fiesta de Anthony Cornell, Yorkie estaba en su cuartel general, una casucha sucia en la calle West donde despachaba sus negocios. Se encontraba sentado ante una mesa y comía un muslo de pollo con las manos. La grasa le resbalaba por la barbilla y de vez en cuando se limpiaba la boca con la manga de la camisa.

—Dime, Penrose, ¿qué carajo quieres? —preguntó Yorkie mientras tomaba un nuevo muslo de pollo y se lo llevaba a la boca. Robert Penrose le había pedido prestado bastante dinero, unas cuatro mil libras, durante su buena racha con los naipes, prometiéndole que triplicaría ese dinero y que se lo devolvería con los intereses más altos de lo normal, pero la buena racha no duró mucho y Robert lo perdió todo en tres partidas. No había logrado levantar cabeza y ahora se veía en el problema de no poder devolverle el dinero a Yorkie, cuyos métodos de persuasión eran bien conocidos: cortar falanges, destrozarse rodillas a martillazos o arrojar al Támesis a sus víctimas eran algunos de sus actos más comunes.

—Tengo una propuesta que hacerte, Yorkie —le dijo Robert, y decidió afrontar la solución antes de plantearle el problema de que no podría devolverle el dinero... aún—. Mi hermana Rosalind es una de las mujeres más hermosas de Londres —comenzó a explicar Robert. Yorkie dejó de comer y levantó la mirada hacia Robert, intrigado. Este recordó el impacto que había ejercido Rosalind sobre Raven. ¡Por todos los santos, si hasta había querido cortejarla formalmente! Era cierto que Robert le había permitido a la muchacha trabajar como institutriz para Anthony Cornell con la esperanza de que este se enamorara de ella y acabaran casándose, pero eso no terminaba de ocurrir, y él debía pagar la deuda a como diese lugar o, al menos, conseguir un aplazamiento—. Me gustaría que la conocieras y, si es de tu gusto, quizás podamos renegociar lo que te debo...

Yorkie estaba sorprendido.

—Pareces muy seguro de que va a gustarme... —dijo pensativo—. Veremos si eso es así... Si me gusta, te ofrezco un aplazamiento. Si me gusta mucho, quizás renegociemos la deuda. Pero tiene que gustarme mucho, Penrose. Más vale que sea tan hermosa como dices y también complaciente.

—Trabaja como institutriz en casa de Anthony Cornell, en el número 330 de Applebel Hide, ¿podrías... buscarla tú? —preguntó Robert.

—¿Buscarla? Dirás secuestrarla, y la respuesta es no, no quiero tomarme molestias en este asunto. Eres tú el que tratas de renegociar la deuda, debes ser tú quien me ponga las cosas fáciles y no al revés. —Tiró el hueso del muslo de pollo en el plato—. La quiero aquí antes de dos días, ¿de acuerdo?

Robert asintió y comenzó a planear la manera de hacerlo.

CAPÍTULO 13

Raven había decidido aceptar el ofrecimiento de Anthony Cornell e instalarse unos días en su casa para estar cerca de Rosalind y tratar de averiguar los verdaderos motivos que la habían llevado a abandonarlo. Había sufrido demasiado como para dar crédito, de buenas a primeras, a las palabras de Cornell. ¿Por qué estaba tan seguro de que la joven lo amaba? Él prefería seguir pensando que no, pues las ilusiones solo servirían para hacerle daño de nuevo si al final no se cumplían. ¡Por todos los demonios! Se acababa de dar cuenta de que le ilusionaba pensar que Rosalind lo quería, que no lo había abandonado porque despreciara su origen, sino porque algo o alguien la había obligado a hacerlo. ¿Y por qué le ilusionaba? No sabía si quería seguir indagando en sus propios sentimientos. ¿Acaso seguía amándola? ¿Acaso se había engañado diciéndose a sí mismo que ya no quería a Rosalind porque era más fácil eso que admitir que seguía amándola como antes a pesar de que ella lo había rechazado? Si algo tenía claro era que necesitaba saber la verdad, por eso se quedaría en casa de Cornell, para tratar de averiguarla.

La noche anterior, tras hablar con Cornell en el invernadero, había regresado a la pista de baile para comprobar que Rosalind se había retirado a su cuarto. También él pensaba marcharse a su casa con el fin de poder regresar al día siguiente temprano y con equipaje para varios días, pero Elizabeth Tennant lo había interceptado, y Raven se encontró en medio de un grupo de damas cuyas conversaciones lo aburrían mortalmente, pero su interés se centró en ellas cuando escuchó el nombre de Rosalind Penrose.

—No entiendo por qué hay tanto revuelo con ella —dijo Elizabeth, una joven en efecto bellísima, con una tez sonrosada y el pelo negro y brillante—. Tampoco es para tanto. Además, su hermano es una persona muy poco recomendable y la suya tampoco era la familia más encumbrada de Inglaterra.

Raven estuvo a punto de responder cuando la voz dulce de una muchacha se le adelantó. Se la habían presentado como lady Anne Boxley.

—Es evidente que es muy bonita, Elizabeth, pero lo importante es que es una joven con cualidades que van más allá de eso: es generosa y sensible, buena y responsable. Cualquiera otra en su lugar habría optado con casarse con cualquiera para evitar la ruina, pero ella no lo ha hecho.

A Raven le cayó bien lady Ann de inmediato.

—Oh, vamos, querida, ¿en serio crees que trabajar de institutriz en vez de casarse demuestra algo positivo de lady Rosalind? ¡Trabajar! Es lo más bajo que he visto jamás hacer a una dama —dirigió una mirada coqueta a Raven y le preguntó—: ¿Qué opináis vos?

—Yo —dijo Raven— creo que lady Rosalind Penrose es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Si a eso añadimos que es valiente y tiene el coraje de resolver sus propios problemas en vez de casarse con cualquiera para que se los resuelva, creo que es una mujer sin parangón en Inglaterra. —Miraba a Elizabeth con ojos refulgentes—. Trabajar no es bajo ni ruin, milady. Lo bajo es venderse al mejor postor, eso sí, con matrimonio por medio. He conocido damas que se arrastran como culebras persiguiendo matrimonio y posición o persiguiendo a un hombre que jamás les hará caso. Ese no es el caso de lady Rosalind, evidentemente. No sé si tal vez sea el vuestro —el comentario fue tan brutal, tan insultante, que el grupo de damas dio un gritito a coro. El rostro de Elizabeth Tennant palideció de inmediato, pero no tuvo tiempo de réplica—. Y ahora, si me disculpan, debo atender unos asuntos urgentes.

Las jóvenes lo vieron alejarse.

—No es un caballero —dijo Elizabeth—. No lo es en absoluto. No es más que un canalla de los bajos fondos y ni todo el dinero del mundo podrá cambiar eso. Lo detesto.

Rosalind, tras el incidente del invernadero, decidió abandonar la fiesta y refugiarse en su cuarto. ¡Dios mío, cómo la había afectado ver a Raven! Ese hombre tenía la capacidad de hacerle perder el control y, si no tenía cuidado, acabaría contándole que lo había abandonado por culpa de su hermano Robert. Eso no le convenía, pues Raven, llevado por su furia, podía cometer un error con Robert y que este, finalmente, lo denunciase ante el inspector Morton.

—¡No! —murmuró la joven, sacudiendo la cabeza con fuerza como para alejar este negro pensamiento. No quería imaginarse a Raven en prisión o en la horca. Cualquier cosa menos eso. Si Raven amaba a Elizabeth Tennant, que se casara con ella. Lo que Rosalind no podía soportar era la idea de un mundo sin Raven. Saber que él se encontraba en algún lugar la reconfortaba. A excepción de su madre, ninguna otra persona le había demostrado demasiado afecto. Su padre era un hombre estricto y serio, y su hermano siempre había sido un tanto brusco con ella, de modo que Raven, al amarla, le había regalado unos instantes que la joven atesoraría siempre. Solo por esos instantes, Raven merecía el sacrificio de Rosalind, o al menos eso pensaba ella.

Refugiada ya en la seguridad de su cuarto, siguió oyendo la música de la fiesta. Se preguntó qué estaría pasando entre Anthony Cornell y Raven en el invernadero. Eran amigos, de modo que la discusión no podía ser demasiado fuerte. ¿O sí? Anthony pareció creerle cuando ella le aseguró que no había ocurrido nada. Tal vez le diría a Raven que hiciese el favor de no ponerla en una situación comprometida. Lo que preocupaba a Rosalind era la reacción de Raven... ¿Le diría a su amigo cuán íntima había llegado a ser la relación entre ambos? Y de ser así, ¿seguiría queriendo Cornell que ella fuese la institutriz de sus hijos? Rosalind deseaba que llegara la mañana siguiente para saber qué había ocurrido, pero, al mismo tiempo, temía que llegase ese momento.

Rosalind se levantaba siempre temprano. Le gustaba desayunar tranquilamente y leer la prensa antes de despertar a los niños. Esa mañana, bajó al comedor con un nudo en el estómago. Deseaba saber de una buena vez qué había ocurrido la noche anterior entre Cornell y Raven y cómo le afectaba eso a ella, pero en la mesa no se encontró al señor de la casa, sino al antiguo rey del hampa. El impacto de la joven al verlo fue tal que a punto estuvo de dar media vuelta y correr escaleras arriba para refugiarse en su cuarto. Lo único que la detuvo fue el orgullo. Trató de que no se notara que estaba nerviosa, aunque sentía sus pasos torpes e inseguros.

—Buenos días —dijo en cuanto se acercó a la mesa. Raven se había levantado para retirar su silla—. Gracias —le respondió la joven con una sensación extraña en el estómago al saberlo tan cerca, a su espalda.

Él pudo captar el aroma de la mujer, un aroma bien conocido para él, a flores silvestres. Aquel olor lo había perseguido durante los últimos meses, torturándolo. Hubiera deseado poder acariciar su cabello o

haber depositado un beso en su nuca. ¡Por todos los demonios, esta muchachita lo tenía hechizado! Se lo decía a sí mismo una y mil veces: Rosalind era tóxica, lo hacía perder la cabeza sin falta de hacer nada, con su simple presencia. No debía olvidar que ella lo había abandonado y que tal vez ese abandono se debiera a que nunca lo había querido. No podía prestar oídos a Cornell. Anoche le había dicho que la muchacha lo amaba, y Raven había pasado la noche imaginando cómo actuaría si eso realmente era cierto y sintiéndose de pronto como un chiquillo, otra vez ilusionado. Y él no podía permitirse el lujo de ilusionarse de nuevo con una mujer que quizás no fuese más que una bribona.

—¿Disfrutaste ayer de la fiesta? —preguntó Raven—. La verdad es que fue un éxito, y tú no paraste de bailar. —La miró fijamente con sus profundos ojos negros.

—Sí, no estuvo mal —dijo ella—. ¿Disfrutaste tú? —y al preguntárselo, le vino a la memoria la hermosa imagen de Elizabeth Tennant. Ella no los había visto hacerlo, pero seguro que habían bailado juntos varias piezas. Mejor así, mejor no haberlos visto. Rosalind había descubierto cuán frágil era a la hora de enfrentar determinadas cuestiones sobre Raven. El tema de sus amantes y el de lady Elizabeth eran muy delicados. Parecía como si una fiera le arañara el corazón. Pensar que él sería con Elizabeth tierno como había sido con ella, imaginar que también le quitaría el vestido con dulzura, y el corsé, y... Cerró los ojos con fuerza. ¡No, no quería pensar en eso! Se levantó de la mesa sin decirle ni una palabra a Raven.

Él la vio abandonar el comedor, sorprendido. ¿Pero qué le ocurría a aquella maldita muchacha? ¿Ya no era capaz de llevar una conversación normal? ¿Acaso le tenía miedo? Salió tras ella al jardín y, al principio, no la vio. Buscó por los alrededores y descubrió los pliegues de su vestido tras uno de los sauces. Se acercó en silencio para no ser escuchado y poder así observarla. Estaba sentada en el suelo, con las rodillas recogidas contra el pecho.

—¿Se puede saber por qué saliste corriendo como alma que lleva el diablo?

Ella se sobresaltó al escuchar la voz de Raven.

—Déjame sola, por favor. No quiero hablar. —Clavó la mirada al frente, como si él no estuviera allí y ella hablara sola.

Raven se echó en el suelo, a su lado. Se recostó sobre un codo y la miró sin disimulo. Rosalind hizo un gesto de impaciencia.

—Me gustaría saber qué te pasa. —Ella permanecía en silencio—. Si sigues callada, acabaré creyendo que lo que dice Cornell es cierto. —Estas palabras la hicieron reaccionar.

—¿Qué dice lord Anthony? —quiso saber ella. Había fruncido el ceño.

—Dice que la forma extraña que tienes de comportarte y el hecho de que rechaces a todos tus pretendientes se deben a que estás enamorada de mí.

La joven abrió los ojos de manera exagerada.

—¿Y cómo sabe lord Anthony que...? —se calló de inmediato al darse cuenta de que había dicho más de lo que debía, de hecho, había dado a entender, al no negarlo rotundamente, que era cierto.

Raven se llevó la mano a la nuca, como hacía siempre que estaba nervioso. ¿Sería cierto aquello? ¿Ella estaba enamorada de él? Había un modo de comprobarlo, pero... ¿se atrevería? ¿Soportaría su orgullo un nuevo golpe si, al intentar besarla, ella lo rechazaba?... ¡Qué diablos! No iba a quedarse con la duda. Además, se moría de ganas.

Ella había vuelto a clavar la mirada al frente y habló:

—No es cierto lo que dice lord Anthony. Yo... —sus palabras quedaron interrumpidas al notar por el rabillo del ojo el movimiento brusco de Raven. Antes de darse cuenta, Rosalind estaba tendida en el

suelo y el rostro de él se encontraba a escasos centímetros del suyo.

—No... no lo hagas, Raven —dijo casi como una súplica, pero cuando los labios de Raven descendieron sobre los de ella no pudo, ni quiso, evitarlo. «Por favor, Dios mío», pensó la joven, «si esto es un sueño, no me despiertes todavía». El beso de Raven fue tan tierno como los primeros que le había dado. La hizo estremecerse de pies a cabeza con su dulzura. Pero ella no podía permitir eso, no podía permitir que él la besara. Si su hermano se enteraba... Además, también estaba Elizabeth. Si Raven la amaba... Ella trató de apartarse de él—. No, basta. No podemos hacer esto...

Él se apartó de mala gana, enfadado.

—Maldita sea, si me quieres, demuéstralo. Poco me importa lo que vaya a pasar mañana o dentro de una hora. Me importa si me quieres o no... ¿Me quieres, Rosalind?

Ella vio en los ojos de Raven algo que nunca antes había visto. Aquel hombre fuerte, aterrador, hermoso, tenía una mirada expectante e indefensa. Rosalind comprendió que ambos sentían lo mismo. Raven tenía razón. Poco importaba lo que ocurriese mañana o dentro de una hora, ese instante era suyo y ella no iba a mentirle.

—¿Me amas? —repitió él, y la joven asintió con los ojos llenos de lágrimas. Él respiró profundamente, como si se hubiese quitado un gran peso de encima, y la besó en la frente, en cada párpado cerrado, en la punta de la nariz, en el cuello... Eran besos tiernos y rápidos. Se detuvo y miró su boca, y le susurró:

—Yo también te quiero, palomita. —Pero esta vez Raven no la besó, la tomó entre sus brazos y la estrechó contra su pecho. Entonces oyeron a una de las criadas llamando a Rosalind, y ella se levantó de un salto y se sacudió del vestido algunos hierbajos.

—Debo irme —le dijo a Raven. Él seguía en el suelo y la miraba embobado. Esta vez nada ni nadie lo iba a apartar de Rosalind.

—Milady —le dijo la criada a Rosalind—, un cochero ha traído para usted esta carta de su hermano. Dice que es urgente.

La joven frunció el ceño, tomó el sobre entre las manos y se dirigió a su habitación para poder leerla con tranquilidad.

CAPÍTULO 14

Rosalind estaba sentada en la sala de la que había sido su casa. Ahora ya no la sentía como tal. No mientras en ella viviese Robert, a quien ya no consideraba miembro de su familia. Rosalind ya no tenía familia.

—Bien, ¿qué es lo que querías contarme sobre Raven? —preguntó ella sin rodeos, con un tono impaciente en la voz. Solo por eso había ido, porque en la nota que le había enviado decía claramente que tenía algo importante que decirle sobre Raven. La joven se había asustado, creía que tal vez su hermano se planteaba romper su pacto y denunciarlo ante el inspector Morton.

—¿No quieres tomarte antes el té y que conversemos como lo que somos: hermanos? —La taza humeante había sido llevada por Molly unos instantes antes.

—No he venido aquí a hacer una visita social y, mucho menos, familiar. He venido a hablar sobre la nota que me enviaste —dijo la joven, mientras se llevaba la taza de té a los labios. Sabía más amargo que de costumbre. O tal vez siempre había sabido así y ya lo había olvidado.

—Lo que tengo que decirte sobre Raven es bastante delicado... —Robert se estaba demorando a propósito. La droga tardaría en hacerle efecto unos minutos y era más seguro si tomaba todo el té y no solo un par de sorbos. Fue lo único que se le ocurrió. No se veía capaz de arrastrar a Rosalind por las calles de Londres hasta la casa de Yorkie oyendo los gritos de la muchacha. Sería mucho mejor así. En alguna ocasión había estado al borde del arrepentimiento. Al fin y al cabo, era su hermana, una Penrose como él, y no dejaba de ser una vergüenza que fuese una prostituta, pero Robert llegó a la conclusión de que ella se lo había buscado, pues le dio muchas oportunidades para buscar un marido que los sacara a ambos de la situación en la que se encontraban, y ella se negó por amor a ese malnacido de Raven. ¡Cuánto se había arrepentido Robert de no permitir la relación entre Raven y Rosalind! El rey del hampa habría asumido sus deudas y era tan rico que quizás hubiera podido sacarle bastante dinero, pero en la época en la que Raven quería cortejar a Rosalind, Robert aún no estaba desesperado, acababa de saldar sus deudas y se creía poco menos que invencible, y la relación de su hermana con Raven le parecía algo rastrero e inconcebible. Ahora, en cambio, se veía obligado a venderla como si fuera una vulgar prostituta, pero la culpa era de ella: ¿por qué no se había casado con cualquiera de los pretendientes ricos que se lo habían propuesto?

—Habla de una vez, Robert. No tengo todo el día —lo apresuró ella. Comenzaba a sentirse un poco sofocada, a pesar de que no era un día caluroso. También mareada. Fijó la mirada en su hermano y vio su rostro distorsionado—. Algo me está pasando, me siento... —dijo justo antes de desplomarse en el sofá. Robert la tomó en brazos, la sacó por la puerta trasera y la subió al carruaje para que el cochero no la viera.

—¡Fred! —llamó al cochero—. Tienes que llevarme a un lugar.

El anciano se subió a la parte delantera del carruaje sin reparar en que Rosalind estaba detrás y se dirigió a la dirección que le había indicado Penrose. Robert no miró a su hermana en todo el trayecto. Lo que iba a hacer era lo más despreciable que había hecho nunca. Después de eso, le costaría respetarse a sí mismo, pero no veía otra solución. Cuando llegaron a la calle West, ante la casa de mala muerte donde vivía Yorkie, el carruaje se detuvo. Robert salió sin esperar a que el cochero abriera la puerta y le dijo:

—Fred, vete a tomar una cerveza o lo que te plazca a la taberna de la esquina. —Y le dio unas cuantas

monedas. Nada más ver al viejo desaparecer de la calle, Robert tomó de nuevo a su hermana en brazos y la subió a la casa. Lo recibió el Tuerto, el lugarteniente de Yorkie.

—El jefe no está —le comunicó mientras paseaba la mirada por el cuerpo de la muchacha—. Déjala ahí —señaló un sofá mugriento.

—Esperaré aquí hasta que regrese Yorkie.

—Haz lo que quieras —le respondió el Tuerto encogiéndose de hombros y saliendo de la habitación en la que se encontraba Robert. Este depositó a su hermana en el sofá y se sentó en el sillón a esperar.

—¿Y lady Rosalind? —preguntó Eliza, la pequeña hija de Anthony Cornell, que estaba acostumbrada a pasar la mañana con su institutriz y la echaba de menos.

—Aún no ha regresado de visitar a su hermano, milady —dijo la criada mientras sonreía al ver el mohín de disgusto de la niña.

Raven, que en ese momento cruzaba el vestíbulo, se sorprendió de que Rosalind hubiese desatendido su trabajo por ir a visitar a Robert.

—¿Seguro que ha ido a visitar a Robert Penrose? —quiso saber.

—Sí, señor —aseguró la criada—. Recibió una carta urgente esta mañana, era de lord Penrose y salió de inmediato.

Raven sintió esa punzada de amenaza. Pocas veces le fallaba su intuición. Subió al cuarto de Rosalind y rebuscó entre sus cosas. Encontró la carta de su hermano en su mesilla de noche. Decía: «Necesito hablar contigo urgentemente. Se trata de Raven. Te espero en casa cuanto antes». El rey del hampa sintió el estómago revuelto. ¿Qué tenía Robert que decirle a su hermana sobre él? Se habían disparado todas sus alarmas. Aquello no era bueno, no era bueno para él ni para su relación con Rosalind y tampoco era bueno para la muchacha. Raven temía por ella, no se fiaba de su hermano ni lo más mínimo.

Bajó corriendo la escalera, pues había decidido ir a casa de los Penrose a buscar a Rosalind, y se encontró a Cornell por el camino.

—¿Dónde vas así, como un loco? —preguntó Cornell.

—Se trata de Rosalind. Temo que su hermano pueda hacerle daño —explicó Raven sin dejar de correr. Cornell lo vio abrir la puerta principal y entrar en el carruaje de un salto.

Robert entró en casa arrastrando los pies. No se sentía orgulloso de lo que acababa de hacer. Aún no había cerrado la puerta cuando Raven se plantó frente a él con ese gesto suyo de demonio.

—¿Dónde está Rosalind? —le preguntó entre dientes, pues cuando Molly le había abierto la puerta y había comprobado que la muchacha no estaba allí, supo que algo estaba pasando. Robert se asustó al verlo.

—¿Cómo sabes que...? —Penrose se detuvo antes de hablar más de la cuenta, pero ya era tarde. Raven se puso rojo de ira. Lo agarró por las solapas de la chaqueta y lo zarandeó como a un muñeco.

—¿Dónde diablos está? —le gritó.

—¡Está bien, te lo diré, pero deja de hacer eso! —dijo Robert. Era un cobarde, pero no un imbécil. Odiaba la idea de que ese asqueroso de Yorkie tuviese a su hermana, pero cuando creía que no tenía otra opción, tuvo que acceder. Ahora, en cambio, se daba cuenta de que Raven seguía interesado en ella y ese arreglo era mucho mejor que el otro. Raven era más rico y ya comenzaba a ser aceptado en algunos círculos sociales, mientras que el otro no era más que un animal—. La tiene Yorkie.

Los ojos de Raven se agrandaron por la sorpresa.

—¿Yorkie? ¿Y para qué diablos...? —no terminó la pregunta por lo evidente que le resultó la respuesta. Por todos los demonios, aquel bastardo de Robert se la había llevado a Yorkie. Era bien conocido el gusto depravado de Yorkie. Raven le soltó un puñetazo en la nariz a Robert, y este cayó de espaldas—. Después me ocuparé de ti — rugió y salió por la puerta como alma que lleva el diablo. Se subió al carruaje y le dijo al cochero—: Necesito que me lleve a una dirección. Rápido, muy rápido. Es cuestión de vida o muerte.

Rosalind despertó con un intenso escozor en la garganta y un regusto amargo en la boca. Abrió los ojos y observó el lugar asqueroso en el que estaba sin comprender.

Olía a humedad, y las paredes estaban sucias. Ella se encontraba echada en una cama con sábanas mugrientas y el cuarto ni siquiera tenía ventana. Trató de recordar y lo último que le vino a la memoria fue estar tomando el té con su hermano en la sala de la casa de sus padres. ¿Cómo había llegado ella hasta allí? ¿Qué lugar era ese? Se incorporó en la cama y se palpó hasta encontrar su bolso. Gracias a su costumbre de llevarlo enrollado en la muñeca, no lo había perdido. Lo abrió y rebuscó dentro. Sacó entonces una navaja y la escondió entre los pliegues del vestido. Desde que aquel miserable había tratado de violarla en el callejón, comenzó a llevar una navaja por su propia seguridad. En cuanto su hermano entrase por la puerta (porque ella no tenía ninguna duda de que el culpable de todo aquello era Robert, aunque no sabía muy bien el motivo) lo atacaría. Oyó de pronto ruido de llaves en la puerta. Se preparó para encararse con su hermano, se puso de pie en medio del cuarto y alzó la barbilla. Su mano derecha, oculta entre los pliegues del vestido, blandía la navaja.

La puerta se abrió, pero, para sorpresa de Rosalind, no fue Robert el que apareció tras ella, sino un hombre absolutamente asqueroso. Era flaco y alto, tenía el rostro huesudo y marcado por la viruela, le faltaban algunos dientes, como pudo observar al verlo sonreír, y no solo su ropa estaba sucia, sino que también su cabello demostraba que aquel tipo no era muy amigo del agua. La joven retrocedió un paso cuando él entró en la habitación.

—Tu hermano tenía razón al creer que ibas a gustarme —dijo Yorkie arrastrando su terrible acento cockney—. Solo falta comprobar si lo que hay bajo el vestido es tan bueno como promete.

—Mi hermano os dijo... —la joven se interrumpió sin comprender, o sin querer comprender, pues todo era demasiado sórdido y horrible.

—No me trates con tanta educación, ricura... Tu hermano me dijo que tú eras el pago a sus deudas. Vales cinco mil seiscientas libras, Rosalind Penrose. Eres la ramera más cara de Inglaterra —le dijo con una gran sonrisa. Ella ahogó un grito. El hecho de que la llamara ramera no era nada comparado con el horror de que su hermano pudiese haber hecho lo que aquel hombre decía.

—¡No soy una ramera, soy una dama! ¡Y es imposible que mi hermano haya hecho lo que vos decís! ¡Dejadme salir de aquí!

Yorkie la miró entrecerrando sus ojillos de rata, se quitó el cinturón, se lo enrolló en la mano y le dijo:

—Si no te quitas la ropa por las buenas, te la quitarás por las malas y, además, te daré una buena tunda con el cinturón. No me gusta perder el tiempo, así que fuera ese maldito vestido. —Yorkie había comenzado a ponerse furioso. Dio un paso hacia Rosalind, y esta sacó la mano que tenía oculta entre los pliegues del vestido y lo amenazó con la navaja, pero el efecto que produjo en el hombre no fue el esperado. Ante la visión de la navaja, Yorkie rompió a reír a carcajadas.

CAPÍTULO 15

—¿Se supone que tengo que asustarme, ricura? —preguntó Yorkie después de reírse durante un rato mirando la navaja en manos de la muchacha.

—Sí, deberías —dijo Rosalind furiosa—, porque si te atreves a acercarte a mí, te la voy a clavar.

Yorkie volvió a desconcertar a la muchacha con el estruendo de sus risotadas.

—Por todos los demonios, ricura, me resultas de lo más divertida. Podríamos haber hecho las cosas por las buenas, pero si lo prefieres así, así será. —Se acercó a ella, que trató de clavarle la navaja, pero él le dio un manotazo y el arma cayó sobre la cama. Yorkie se acercó a la indefensa muchacha y, de un bofetón, la tumbó en el suelo y se abalanzó sobre ella—. ¿Con quién te crees que te estás enfrentando, con uno de los caballeretes blandengues que frecuentas? Yo sé pelear duro. A mí no me va a parar una mocosa como tú. —La tenía agarrada por las muñecas y una rodilla a cada lado de la cadera de la joven, de modo que ella estaba inmovilizada. Le escocía la mejilla por el bofetón. Trató de liberarse, moviéndose frenéticamente y, al levantar la rodilla, golpeó la entrepierna de Yorkie, que emitió un alarido, la soltó y se dejó caer en el suelo, ovillado. Pero fueron solo unos instantes, lo justo para que ella se abalanzara sobre la cama y agarrase de nuevo la navaja. Él se puso en pie y tiró de la falda de su vestido para que ella se acercase, pero esta vez Rosalind fue rápida y utilizó la navaja para defenderse, haciéndole un corte en el antebrazo.

—¡Perra del infierno! —gritó él cuando vio la sangre manar de su brazo. Adelantó la mano para quitarle la navaja, pero la joven se la clavó en la palma, de manera que el filo sobresalía por el otro lado. ¡Le había atravesado la mano con la hoja! Yorkie miró su extremidad incrédulo, se sacó él mismo la navaja, apuntó con ella a Rosalind y le gritó:

—¡Te voy a matar, zorra!

La joven sintió la hoja entrar en su carne y en ese instante se desmayó.

El cochero volaba por las calles de Londres y, aun así, tardó casi quince minutos en llegar al cuchitril donde vivía Yorkie. Raven tenía las manos frías y el terror le atenazaba el pecho. Rosalind estaba en verdadero peligro en manos de aquella bestia. A Raven nunca le habían gustado ni Yorkie ni sus métodos y mientras había sido el rey del hampa, lo había mantenido a raya, pero ahora que el liderazgo de los bajos fondos estaba en entredicho y aún no todo el mundo reconocía a Paddy, Yorkie se creía el más capacitado para alzarse con la corona y llevaba un tiempo haciendo de las suyas sin que nadie lo frenara.

Raven no quería que su imaginación echase a volar, pero todo el mundo sabía que Yorkie era un depravado, un perverso, hasta las putas de los burdeles de la calle October se habían quejado de sus peticiones, y Raven había encargado a Paddy que hablase con él. Y pensar que Rosalind, su Rosalind, su tierna paloma, estaba en esos instantes junto a ese animal lo volvía loco.

Cuando por fin llegaron a la calle West, saltó del carruaje, entró en la casa y subió de tres en tres los escalones. Al llegar arriba se encontró con el Tuerto.

—¿Dónde diablos está la mujer? —le gritó Raven. El Tuerto, sin atreverse a ignorarlo, aunque hacía

meses que se había retirado de las calles, señaló con el dedo índice una de las puertas mugrientas. Raven corrió hacia ella y abrió justo en el momento en el que escuchó a Yorkie gritando: «¡Te voy a matar, zorra!». Tras la puerta, se encontró la escena más aterradora que había vivido nunca. El suelo estaba lleno de sangre y Rosalind estaba tendida, parecía muerta. Yorkie se había dado la vuelta en cuanto había oído la puerta abrirse.

—¡Estás muerto! —le gritó Raven sin mirarlo siquiera, pues toda su atención estaba centrada en Rosalind, pálida e inmóvil en el suelo. Se arrodilló junto a ella. Había mucha sangre, pero no parecía emanar del cuerpo de la joven, así que Raven siguió el rastro y llegó hasta el brazo y la mano de Yorkie. «Así se hace, Rosalind», pensó él con orgullo, imaginando que ella se había defendido con uñas y dientes. Comprobó que la joven tenía pulso y que este no era débil. Su vida no corría peligro.

—¿Qué haces aquí? ¿De qué la conoces? —quiso saber Yorkie. Raven le dirigió una mirada que hubiese helado el mismo infierno.

—Es mi mujer y vas a pagar esto con tu vida —le dijo con una ira tan extrema que le dificultaba incluso respirar. Sí, era su mujer, esa era la única manera que tenía de definirla. Su mujer, en su corazón y en su cabeza. Se levantó para enfrentarse a Yorkie, pero este retrocedió.

—Yo no lo sabía, te lo juro, jefe. Robert Penrose me la regaló, me dijo que era mi pago por las deudas que no podía saldar... —Como vio que Raven seguía acercándose a él, salió corriendo del cuarto, pero el rey del hampa no lo siguió. Ya se ocuparía después de aquel maldito. Ahora, toda su atención estaba en Rosalind.

—¡Tuerto! —gritó Raven. El maleante que se había encontrado al entrar en la casa apareció tras el umbral, un tanto cohibido—. Vete volando a avisar a Paddy, en la taberna La rosa roja”, dile que Rosalind está herida, que vaya a mi casa con un doctor. —El Tuerto ya se iba cuando Raven recalcó algo —: Si no haces lo que te ordeno a toda prisa, eres hombre muerto.

Cuando por fin quedaron solos en el cuarto, Raven desabotonó con cuidado el vestido de Rosalind, haciendo que esta se inclinase sobre su propio costado, y observó la herida. No era profunda, no le había clavado la navaja, solo le había hecho un corte bastante superficial.

—Gracias a Dios —murmuró él. Volvió a abrocharle el vestido, la tomó en brazos con delicadeza y la condujo al carruaje—. Nos vamos a casa, mi amor —le susurró al oído mientras bajaban por las escaleras

—Ni siquiera necesitará puntos —explicó el doctor—. Toda esa sangre no era suya. Su contrincante debió de llevarse la peor parte. Esta joven es una leona. —Raven sonrió orgulloso—. Si sigue sin despertarse, es por el susto, el miedo, una mezcla de muchas cosas. Asegúrense de que no hay ruidos fuertes, que la habitación permanezca en penumbra y que ella esté tranquila. Se despertará pronto.

—Muchas gracias, doctor —le dijo Raven, dándole la mano en señal de agradecimiento. Sussie lo guio hasta la salida, y Raven y Paddy quedaron solos en la habitación de Rosalind. El rey del hampa cerró la puerta.

—Voy a matar a ese perro miserable con mis propias manos. Va a desear no haber nacido, te lo juro —rugió Raven.

Paddy le puso la mano sobre el hombro.

—Tengo a medio Londres buscándolo. Aparecerá pronto, no te preocupes. Solo tienes que pensar en Rosalind. Ella está bien y eso es lo importante. —Paddy sintió lástima de Raven. Lo veía desesperado y, aunque sabía que la joven no corría peligro, no podría sentirse tranquilo hasta que ella despertara. El rey del hampa se acercó a la cama y miró aquel cuerpo tan amado con preocupación. Los ojos de ella se abrieron entonces y en la penumbra del cuarto no pudo ver nada. Emitió un sonido gutural. Él se sentó en la cama, a su lado, y encendió la luz de la mesilla de noche. Al principio, la joven parpadeó, hasta acostumbrar sus ojos a la claridad. Cuando reconoció el rostro de Raven, las lágrimas acudieron a sus ojos y trató de incorporarse para abrazarlo, pero fue él quien se acercó y la rodeó con sus brazos. Paddy se retiró en silencio para dejarles un poco de intimidad.

Yorkie había huido de su casa y se había escondido en el laberinto de calles de los bajos fondos hasta alcanzar el centro. Después se dirigió hacia la casa de Robert Penrose. Aquel hijo de perra tramposo lo había metido en un problema con Raven y si había alguien en el mundo a quien Yorkie no quería enfadar era a Raven. Iba a enterarse ese Penrose de quién era él. Iba a destriparlo como al cerdo que era.

No se acercó por la puerta principal, sino que rodeó la casa hasta encontrar una ventana entreabierta y se coló por ella como el vulgar ratero que era. Se agazapó tras las escaleras para impedir que lo descubriese algún criado y pusiera sobre aviso a Robert. Entonces oyó la voz de él saliendo de una puerta a la derecha. Corrió hacia ella y la cerró tras él. Robert, de espaldas, creyó que era el criado al que había llamado, así que cuando se volteó y vio a Yorkie, palideció.

—Te voy a matar, cabrón —dijo Yorkie entre dientes, con la mano aún goteando sangre, y dio varios pasos hacia Penrose, que se escondió tras el sillón—. Eres un cobarde... ¿Me entregas a tu hermana sabiendo que es la mujer de Raven? Él va a matarme, pero antes te mataré yo a ti.

—¡Por favor, no! ¡Espera! Raven no tiene por qué matarte. Sé cosas que pueden comprometerlo, lo llevarán a la cárcel... Mejor aún: lo llevarán a la horca. Iremos a ver al inspector Morton. Te sirvo más vivo que muerto. Piénsalo: si yo vivo, tú vives.

—Eres un maldito tramposo, Penrose. Un tramposo y un cobarde... —Pero pareció pensarlo mejor, tal vez sí tenía información comprometedoras sobre Raven—. Si me la juegas esta vez, no solo voy a matarte... Voy a hacer que tu muerte sea muy lenta y muy dolorosa —le dijo Yorkie con sus ojos de rata inmunda.

—No te la jugaré, puedes fiarte de mí —le aseguró Robert. —Entonces, vayamos a ver al inspector Morton.

CAPÍTULO 16

Rosalind despertó aquella mañana muy temprano. La luz comenzaba a entrar a través de los cortinones e iluminaba el cuarto. Raven se había dormido en un sillón junto a la cama. La noche anterior ella no había podido hablar, ni siquiera explicarse mínimamente. Había sollozado en brazos de él, se había sentido débil y agotada y se había quedado dormida. Raven pasó toda la noche a su lado y aunque también él se había dormido, en cuanto la muchacha abrió los ojos, pareció percibirlo y también él se despertó. Se acercó a la cama y se sentó al lado de Rosalind.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Raven, realmente preocupado. Mientras él mismo estaba inmerso en el mundo del hampa y no tenía a su cuidado a nadie que le importara realmente, no se dio cuenta de lo peligroso que era ese mundo. Se preocupaba por su gente: por Paddy, Alistair, Sussie, pero ellos, al igual que él, se habían criado en los bajos fondos y habían sobrevivido. El caso de Rosalind era distinto. Ella se había criado en un mundo muy distinto y por culpa de su hermano Robert se había visto inmersa en situaciones que jamás debería haber vivido. Raven también reconoció su parte de culpa: él había secuestrado a Rosalind hacía ya unos meses. Él había sido el primero en ponerla en peligro. También su hermano Robert, por supuesto, pero Raven asumía su parte de culpa. Se juró que la protegería con su vida si hacía falta, pero jamás le ocurriría nada semejante. Se alejaría del mundo del hampa para siempre y empezaría de cero. Haría lo que fuese necesario por ella, por que Rosalind estuviera segura y fuese feliz.

—Me encuentro mucho mejor —dijo ella. Estaba pálida y había sido herida por aquel maldito animal de Yorkie. A Raven se le encogía el corazón solo con imaginar lo que Yorkie podía haberle hecho. Suerte que Rosalind era una auténtica leona, como bien dijo el doctor. Había sabido defenderse. Era una luchadora—. No te preocupes, Raven, de verdad que me encuentro bien —aseguró ella para tratar de relajar el ceño fruncido del hombre.

—Si te hubiese ocurrido algo, yo... —a Raven se le cortó la voz. Se sentía vulnerable en ese momento, pero se negaba a ocultárselo a Rosalind. Así se sentía él cuando ella estaba en peligro: con ganas de matar a alguien y, al mismo tiempo, con el cuerpo débil por el pánico. No quería imaginarse que ella sufría ningún daño. No sabía si podría soportarlo.

—Pero no me ocurrió nada, gracias a ti. Otra vez me salvaste —le dijo ella, levantando la mano hacia el rostro del hombre y acariciándose.

—No —dijo él—. Yo no hubiese llegado a tiempo de evitar que Yorkie... de evitar que él... —ni siquiera era capaz de pronunciar la palabra violación—. No hubiera llegado a tiempo. Fuiste tú, tú peleaste, luchaste y lo dejaste bien herido —había verdadero orgullo en la voz de Raven.

—Bueno, pero tú evitaste que me matara. —Ella le sonrió con ternura. Raven tomó su rostro entre las manos y la besó dulcemente en los labios.

—Rosalind, nada evitará que tú y yo estemos juntos. Nada, ¿me oyes? —En la mirada de Raven se veía la determinación, y en la de la joven se adivinaba el miedo—. ¿Qué ocurre, palomita? ¿Acaso no quieres que estemos juntos?

—¡Sí, sí quiero! —se apuró a contestar la joven—, pero no puedo. —Ella bajó la mirada.

Raven frunció el ceño. No, esta vez no iba a permitir que ella se alejara de él. La obligaría a confesar qué la había llevado a abandonarlo la primera vez. Fuera lo que fuese, él lo averiguaría y lo superarían

juntos.

—Rosalind, dime qué ocurre. Necesito saberlo. Después de todo lo que hemos pasado estos meses, alejados el uno del otro, no puedes decirme algo como eso y pretender que yo no quiera saber los motivos —trató de convencerla Raven.

—Tienes razón —murmuró la joven, que respiró profundamente y se dispuso a contarle todo al rey del hampa—. Antes tienes que prometerme que no harás locuras.

—Te lo prometo, Rosalind. No haré ninguna locura, pero necesito saber la verdad.

—De acuerdo... La verdad es que Robert me amenazó —dijo ella con un hilo de voz.

Raven apretó los dientes.

—¿Con qué te amenazó? —quiso saber él.

La joven se pasó la lengua por los labios. Tenía miedo de que, tras saberlo, Raven fuese a reclamarle a su hermano, y este acabara denunciándolo.

—Él... Él asegura que tiene pruebas en tu contra y que si se las enseña al inspector Morton, acabarías en la cárcel o peor aún... En la horca —contuvo un suspiro y miró a Raven deseando averiguar cuál era su reacción, pero estaba callado y con el rostro inescrutable, así que la joven continuó—: Es capaz de hacerlo, Raven, muy capaz. Dios mío, cómo no iba a ser capaz de hacerte eso a ti si ha sido capaz de venderme a mí. —Ella se mordió el labio. Hasta ese mismo instante no había querido enfrentarse a la terrible verdad: su hermano era el ser más ruin que había conocido. La había vendido como si ella fuera un objeto, la había dejado en manos de un ser capaz de hacerle las mayores barbaridades. Su propio hermano. No pudo contener las lágrimas, y Raven la atrajo hacia él, abrazándola con fuerza.

—Jamás volverá a pasarte nada parecido, ¿me oyes? Yo me encargaré de que eso nunca vuelva a ocurrir. En cuanto a la amenaza de Robert... ¡Cuánto sufrimiento nos hubiéramos ahorrado si me lo hubieses dicho! Él no puede hacer nada contra mí. Cualquier prueba que tenga no podrá ser utilizada sin ponerse en evidencia a sí mismo. Acabaríamos los dos en la horca, no solo yo, y no creo que desee eso. Te engañó.

—¿Me engañó? —preguntó la joven anonadada. Aún estaba acurrucada contra el pecho de Raven. Una furia ciega la invadió. ¡Su hermano la había engañado! ¡Cómo había sido tan tonta de dejarse engañar! ¡Con todo lo que ella y Raven habían sufrido separados el uno del otro y todo por una mentira!

—Sí, amor, te engañó, y si ese era el único impedimento existente para que tú y yo estemos juntos, ya no hay nada que nos separe. —Raven la abrazó más fuerte aún.

—No, no lo hay —murmuró ella, sintiendo que una ola de felicidad inundaba su cuerpo. Dios mío, nada impedía que ella y Raven estuviesen juntos. Notó cómo él la apartaba de su cuerpo para mirarla a los ojos.

—Sé que una vez juré que nunca más te lo pediría, pero entonces creía que me rechazabas por gusto y no por obligación, así que volveré a preguntártelo. —Él contuvo el aliento durante unos instantes—. Rosalind Penrose, ¿quieres casarte conmigo? —Ella se estrechó contra su pecho con los ojos llenos de lágrimas. Estuvo así unos minutos—. Cariño, aún no me has dado una respuesta —le dijo Raven. Ella se apartó entonces y lo miró a los ojos, emocionada.

—Sí, William Raven, a quien todos llaman el Cuervo, quiero casarme contigo. Cuanto antes.

Él se rio al escucharla. Raven la hubiese besado, la hubiese desnudado, hubiese querido besar cada centímetro de su piel, pero ella había pasado por una experiencia horrible la noche anterior, tenía una herida curándose en un costado, y él sabía que debía esperar a que ella se sintiese bien física y emocionalmente, así que se conformó con abrazarla y tenderse en la cama a su lado, mirándola

hechizado. ¿Sería cierto? ¿Sería verdad que ya por fin habían superado todas las calamidades? La imagen del maldito Robert Penrose cruzó por la mente de Raven. Ese hombre siempre sería un problema, una amenaza para ellos. ¡Había sido capaz de vender a su hermana para saldar una deuda, por todos los demonios!

Robert Penrose y Yorkie habían llegado a la orilla norte del Támesis, al terraplén conocido con el nombre de Victoria Embankment donde estaba el inmenso edificio gótico, nueva sede de Scotland Yard. Ese mismo año, 1875, se había trasladado allí la policía, que hasta ese momento se encontraba en el número 4 de Whitehall Place, donde había una puerta trasera que daba a un callejón conocido por el nombre de Great Scotland Yard que le dio nombre a la policía metropolitana de Londres.

—Hablaré con el inspector Morton —dijo Robert Penrose—, pero entraré solo. Le extrañaría verme en tu compañía.

Yorkie se rio.

—Ni lo sueñes, Penrose —dijo tras escupir en plena calle—. No trates de mentirme. Iremos juntos y hablarás con Morton delante de mí.

Penrose comenzó a ponerse nervioso. No podía hablar con el inspector. No podía dar datos de Raven sin condenarse a sí mismo. ¿Cómo iba a salir de ese problema? Tal vez por la palidez de su rostro o tal vez porque Yorkie había sobrevivido en la calle aprendiendo a leer en el rostro de la gente cuáles eran sus intenciones, supo, antes de que Robert Penrose hiciera nada, que este iba a tratar de escaparse. La mano derecha del delincuente, enrollada en un trapo sucio y empapado en sangre debido a la herida infligida por Rosalind, estaba inutilizada, pero la mano izquierda de Yorkie buscó en el bolsillo de su pantalón y sacó una navaja. Sus movimientos fueron tan rápidos que a Robert Penrose casi no le dio tiempo más que a enterarse de que aquel delincuente iba a matarlo. Con un movimiento certero de la navaja, Yorkie le traspasó el corazón. El cuerpo de Penrose se desplomó en plena calle, cerca del Támesis, y Yorkie hizo que, a patadas, rodara como un saco hasta que cayó en las aguas del río y desapareció en ellas.

Para desgracia de Yorkie, Raven tenía demasiados ojos y oídos en los barrios bajos de Londres. Paddy dio con él en un cuartucho trasero, en la taberna de Diploid, cerca del puerto. Los parroquianos que bebían alcohol en la barra y los que jugaban a los naipes al fondo vieron a Paddy salir llevando a hombros el cuerpo sin vida de Yorkie. Nadie supo exactamente cómo lo había matado. Lo que sabían era que Yorkie estaba muerto, y en ese momento Paddy pasó a ser, de manera indiscutible para los habitantes de los bajos fondos de Londres, el nuevo rey del hampa.

CAPÍTULO 17

—Creo que deberías dejarlo —dijo Raven—. Puedes trabajar conmigo. No tenemos necesidad de hacer lo que siempre hemos hecho, piénsalo.

—Me siento tentado, amigo, pero también quiero hacer esto por mí mismo, ¿comprendes? Es algo que he logrado y quiero probar un tiempo. —Paddy ya había tomado su decisión. Raven trató de alejarlo del mundo del hampa. Podían seguir juntos, pero ahora en los negocios legales de Raven, claro que este también entendía que su amigo quisiera labrarse su futuro por sí mismo. Odiaba la idea de que dirigiese los bajos fondos de Londres. Era peligroso. Raven nunca se había parado a pensarlo hasta que Rosalind entró en su vida. Si no tienes alguien por quién vivir y por quién morir, la vida parece no tener tanto valor —. Cambiando de tema, ¿piensas decirle a Rosalind que el cuerpo de Robert apareció flotando ayer? — Raven frunció los labios.

—Sí, ya se lo he dicho. No me gusta ocultarle nada. Era su hermano, al fin y al cabo, a pesar de todo lo que él le hizo. Se lo tomó con cierta indiferencia, aunque sé que en el fondo le duele que las cosas hayan acabado así y que Robert llegara a ser el tipo de persona capaz de hacer semejantes barbaridades...

Cuatro semanas más tarde, Rosalind y Raven se casaron en una pequeña iglesia del centro de Londres. Hubo pocos asistentes: Anthony Cornell, Paddy, Sussie y Alistair, recién llegado de Nueva York para la ocasión.

Cornell, que actuaba como padrino, llevaba del brazo a Rosalind, cuyo vestido blanco de seda la hacía parecer, a los ojos de su futuro marido, como un hada. Raven la esperaba en el altar, al lado de Sussie que actuaba como la orgullosa madrina e iba muy elegante con su vestido azul claro. Cuando la pareja se dio el «sí, quiero», ni Sussie ni la novia pudieron evitar las lágrimas. Raven estaba tan emocionado que sentía un nudo en la garganta. Rosalind era lo único que quería en la vida, lo único que necesitaba realmente para ser feliz. No se atrevía a pedir más, a desear más de lo que ya tenía. Rosalind era su esposa. En ese instante, dejaba de ser Rosalind Penrose para convertirse en Rosalind Raven, y a él le parecía que su apellido, llevado por ella, se dignificaba de una manera que él nunca soñó. Rosalind era la mejor mujer del mundo y había aceptado ser su esposa, llevar su apellido, a pesar de haberse podido casar con hombres de alcurnia y poder llevar el apellido de alguna de las grandes familias de Inglaterra, pero los había rechazado a todos por amor a él. El orgullo que sentía no conocía límites. Una mujer como aquella lo había elegido a él entre todos los hombres que se le declararon, y Raven haría que ella jamás se arrepintiera de esa decisión. Viviría para hacerla feliz y protegerla. El nudo en la garganta aumentó al imaginarse que tendrían hijos. Hijos suyos y de Rosalind, ¿podía alguien soñar con una felicidad mayor que esa?

Paddy y Alistair, que se habían criado con Raven en las calles de Londres, vivían ese enlace como el matrimonio de un hermano y aceptaban a Rosalind en su pequeña familia como a una hermana más. La querían porque era una buena mujer, pero la querían, sobre todo, por lo mucho que amaba a Raven y lo

feliz que lo hacía. Actuaron como testigos, y, tras el enlace, todos se reunieron en un restaurante del centro de Londres para celebrarlo.

—¿Qué tal por Nueva York, Alistair? ¿Cómo es la ciudad? —le preguntó Rosalind, que se moría de las ganas de conocerla—. Me gustaría tanto viajar allí, ¡qué aventura tan fantástica debe de ser comenzar una nueva vida en una ciudad tan fascinante!

Raven la miró seriamente. Nunca había imaginado que Rosalind deseara un cambio así en su vida, por eso él ni siquiera se lo había planteado, pero lo cierto era que, por el bien de su negocio, él debería estar en Nueva York, junto a Alistair, pues allí estaba la sede central de The William Raven Company y las llegadas a Londres las controlaría su socio Anthony Cornell que, aunque solo poseía el veinte por ciento de la compañía, se divertía sobremanera trabajando por primera vez en su vida y se lo tomaba muy en serio.

—Sí, Rosalind, esa es la palabra: fascinante. Nueva York está creciendo muchísimo y es una ciudad que bulle. ¡Ya alcanza casi los cuatro millones de habitantes! Recibe a diario gente de todas las partes del mundo que viene llena de proyectos para ponerlos en funcionamiento. Se construyen los edificios más altos que puedas imaginar. No creo que tarde mucho en convertirse en el centro del mundo —dijo Alistair, que estaba verdaderamente enamorado de la ciudad y de todo lo que ofrecía. Lo bueno de Nueva York, en comparación con Londres, era que para gente como él o como Raven y Paddy era un modo de comenzar de cero de verdad. Nadie en Nueva York observaba el pasado de un hombre como lo hacían en Inglaterra, donde uno era lo que era, en parte, gracias a sus orígenes. Poco importaba el esfuerzo por mejorar o cambiar si uno no tenía un pasado, una familia, un apellido y hasta un título que lo avalara. En Nueva York, en cambio, se valoraba al hombre por lo que era en ese preciso instante y se aplaudía a los emprendedores, a los hombres hechos a sí mismos a partir de la nada. Alistair adoraba Nueva York porque nada más llegar para sacar adelante los negocios de Raven, todas las puertas se le abrieron: las puertas de las grandes casas y las puertas de los cuchitriles. De pronto, Alistair Vuks era valorado por quién era en ese momento, sin que nadie le cerrara puertas o le pusiera zancadillas por el hecho de haber sido un niño pobre y huérfano que creció en las calles de Londres—. Te encantaría la ciudad. Ojalá vengáis pronto Raven y tú. De hecho, creo que Raven es más necesario para el negocio en Nueva York que aquí. Rosalind miró a su marido que, a su vez, la miraba a ella con una media sonrisa. Ya la conocía lo suficiente como para adelantarse a lo que ella iba a pedirle.

—De acuerdo —le dijo—. Viajaremos a Nueva York en primavera y si me gusta aquello, tal vez nos quedemos a vivir una temporada. —Ella se levantó de la silla y se abrazó a su marido—. No tenía ni idea de que te apeteciera tanto cambiar de aires. Creí que no querías dejar Londres.

—Nada me ata en Londres, nada me queda ya aquí y estoy harta de toda esa gente encorsetada que te juzga basándose en el apellido y el título y tonterías por el estilo. He oído decir que Nueva York era diferente. Todo está comenzando allí, es una ciudad nueva abierta a todo el mundo, frente a Londres, que es vieja y está aferrada a sus antiguas costumbres —Rosalind se fijó en que Sussie se ponía triste—. Puedes venir con nosotros, Sussie, no te pongas triste.

—Me temo que no —dijo ella—. Raven y tú estaréis con Alistair, así que yo debo quedarme aquí para cuidar a Paddy.

El irlandés la miró, verdaderamente agradecido. Nunca hasta ese momento había sentido la necesidad de no quedarse solo en Londres, y saber que Sussie, aquella mujer que había actuado con ellos como una madre, estaría a su lado le daba mayor fuerza para esa nueva etapa en la que comenzaría a dominar los bajos fondos de la ciudad.

Raven y Rosalind entraron en la habitación en el que ella había dormido cuando fue secuestrada por él. En esa estancia habían tenido su primer momento íntimo y también allí pasarían su noche de bodas. Raven estaba nervioso como un chiquillo. Conocía a Rosalind desde hacía casi un año, y ella aún era virgen, lo cual indicaba hasta qué punto la amaba, pues no se había creído nunca capaz de soportar más de una o dos noches para hacer el amor con una mujer. De hecho, si alguna se le resistía tras el primer intento, no solía volver a acercársele. Había demasiadas mujeres dispuestas, solía decir él, como para perder el tiempo persiguiendo a alguien que no lo estaba. Pero Rosalind era diferente. Entraron en el cuarto de la mano y cuando él cerró la puerta, murmuró con una sonrisa:

—Por fin solos. —La besó con ternura y comenzó a desabrocharle el vestido de novia—. No sabes cuánto tiempo llevo deseando esto, mi amor, cuánto he soñado contigo. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

Ella estaba conmovida y un poco asustada.

—Yo también te deseo, Raven, también he soñado con esto desde hace mucho, mucho tiempo. —Y se atrevió a desabotonarle la camisa.

Él la besó en el cuello y acercando su boca al oído de la joven le murmuró:

—Te amo más que a mi vida, Rosalind. Ahora y siempre. —Raven se permitió ser sincero y vulnerable ante ella, quería que supiera que tenía su corazón y su vida en sus manos, que era completamente suyo.

La muchacha levantó los ojos hacia los de su marido, conmovida, emocionada, con un nudo en el corazón y el convencimiento de que las palabras de Dante en *La divina comedia* eran ciertas: el amor podía mover el sol y las estrellas. El amor lo podía todo.

—Ahora y siempre, mi amor —le dijo Rosalind—. Ahora y siempre. —Sintió que el vestido rodaba hasta sus pies y cuando la boca de Raven se posó sobre la suya y notó sus labios temblorosos, los labios del hombre más duro de Londres, cerró los ojos y supo que todo iba a ir bien.

EPÍLOGO

Paddy O'Dinell gobernó los barrios bajos de Londres a lo largo de más de cinco años y logró hacerse bastante rico. Las cosas no cambiaron demasiado con respecto a cómo estaban cuando Raven mandaba en el lugar, pues Paddy también protegía a los más desfavorecidos. Nunca se hubiera planteado dejar Londres si no fuera por aquella maldita actriz de variedades que le tenía sorbido el seso, Dotty O'Malley. Era irlandesa como él y pelirroja como él y tan caliente que podía encender con una simple mirada todos los braseros de la ciudad. Dotty decidió que Londres se le quedaba pequeño y que los teatros de Nueva York tenían más que ofrecerle, y cuando le comunicó a Paddy su partida, éste decidió acompañarla, no sin antes haberle pasado el testigo al pequeño Mickey, que se convirtió en el nuevo rey del hampa. El pequeño Mickey era un cuarentón que medía más de dos metros y que, cuando Paddy, Raven y Alistair eran pequeños, los defendía de los muchachos que les pegaban.

Sussie acompañó a Paddy a Nueva York, donde los esperaban Alistair, Raven y Rosalind. Abrió una cafetería en la esquina de la Cuarta con Manffrey, cerca de lo que más tarde se convertiría en Morningside Heights y, pocos años después, se construyó la catedral de St. John The Divine. Se hizo rápidamente famosa por su tarta de cerezas y sus maravillosos téis ingleses. La gente viajaba hasta media hora en carruaje, en tren o en tranvía solo para degustar la tarta y los téis en su maravillosa terraza-jardín.

Paddy decidió dedicarse al mundo del espectáculo y compró dos teatros. Dotty O'Malley, que fue primero su amante y finalmente su esposa, se convirtió en la estrella de uno de ellos. Corría el año 1881, y Alistair y Raven habían logrado hacer de The William Raven Company la compañía naviera más próspera del país. Alistair seguía soltero, pero, a finales de ese año, conoció a la hermana Therese, una joven novicia a punto de tomar los hábitos que lo hizo perder la cabeza, pero esta es una historia que merecería una novela aparte.

En cuanto a Raven y Rosalind, el suyo fue todo un periplo hasta llegar a Nueva York. En principio, habían pensado viajar un año después de su boda, pues la luna de miel consistió en un viaje de tres meses por Francia, España y Portugal, y, al regresar, Raven debía dejar muchos asuntos resueltos antes de marcharse a Nueva York, pero entonces descubrieron que Rosalind estaba embarazada y no le convenía la travesía.

Lucas Raven nació la primavera de 1876. Tenía el pelo negro de su padre y los ojos claros de Rosalind. Físicamente siempre fue idéntico a Raven, pero el carácter era el de su madre. Fue educado para comportarse como un perfecto caballero y eso es lo que fue toda su vida: un caballero elegante, inteligente y respetado. No inspiraba miedo como lo había inspirado su padre, pues nunca lo necesitó, sino respeto. Había nacido en el seno de una familia privilegiada y sus únicas preocupaciones en la vida fueron estudiar y divertirse, y ambas se le dieron muy bien. Cuando se hizo adulto, optó por invertir en petróleo, en vez de dedicarse a la empresa naviera de su padre. Fue su hermano Eric Raven, nacido un año después que él, quien la heredaría. Eric, al igual que Lucas, era muy parecido a su padre, pero su carácter era el de un perfecto lord inglés. Educados al lado de los Rockefeller, los Astor y los Vanderbilt, los Raven se convirtieron en los pequeños príncipes de un Manhattan que recién estaba comenzando a florecer. Ambos habían nacido en Londres y habían viajado a Nueva York siendo muy niños. Se sentían, por lo tanto, más americanos que ingleses. La única de los hijos de Raven y Rosalind que nació en Nueva York fue Margaret.

Margaret Raven, así llamada en honor a su abuela materna, fue una de las mujeres más deslumbrantes

de su tiempo. Hermosa e indomable. Era el vivo retrato de su padre en todos los sentidos, especialmente en el carácter. Desde muy niña fue rebelde. Su madre quería enseñarle a comportarse como una señorita, y ella estaba más interesada en descubrir el mundo y romper barreras y limitaciones. Fue miembro activo de las sufragistas y, en varias ocasiones, cuando se manifestaba en plena calle pidiendo el voto femenino, fue detenida y su padre tuvo que sacarla de prisión. Los titulares de los principales periódicos hablaban de la joven heredera rebelde. Se enamoraron de ella artistas y políticos, herederos y algún que otro gandul de los bajos fondos muy parecido a cómo había sido su padre de muchacho. Viajó, escribió novelas de éxito, tuvo amantes, y un arquitecto hindú construyó en Bombay un edificio que aún hoy lleva su nombre. Su padre se sintió orgulloso de ella incluso cuando cometía errores y siempre fue el escudo protector frente a Rosalind, que trataba de meterla en cintura. «No le cortes las alas», le decía Raven a su esposa, y finalmente esta optó por darle libertad, por comprender que Margaret no era una mujer hecha para seguir las normas, sino para romperlas. Su madre comprendió que de tres hijos que había tenido, dos eran caballeros, y otra, una briboncilla encantadora.

Rosalind y Raven siempre se amaron igual que el primer día. Sus hijos persiguieron un amor como el de sus padres y no se casaron hasta no estar seguros de haberlo encontrado. Habían tenido que luchar tanto para estar juntos que mimaron ese amor cada día. Si algo le inculcaron a sus hijos es que nada tiene valor en la vida si no hay amor. Cuando eran ya muy ancianos, era habitual verlos pasear de la mano por Central Park. «Ahí van los Raven, esa pareja encantadora», decía la gente. Y mucho tiempo después de que ambos hubiesen muerto, siendo ya muy, muy ancianos, los neoyorkinos aún se citaban en Central Park al lado del *banco de los Raven*, y era como si la pareja aún estuviera allí sentada, en el banco que ocupaban cada tarde, tomados de la mano y mirando el atardecer, como si no hubiesen muerto, como si el amor que se profesaban fuera tan fuerte que juntos, en espíritu, aún vagaran de la mano por sus lugares preferidos del viejo Nueva York.

FIN

www.marciacotlan.blogspot.com.es

Si te ha gustado

El rey del hampa

te recomendamos comenzar a leer

Pintar en las sombras

de Alexandra Martin

Selección RNR

ALEXANDRA MARTIN FYNN



*Paintar en las
sombras*



Romance Histórico

Capítulo 1

Londres, 3 de mayo de 1791

Estimado John Reed,

Con la esperanza de que se encuentre bien, tengo el agrado de comunicarme con usted en representación de los Distinguidos Maestros y el Ilustrísimo Director de nuestro Círculo de Caballeros dedicados al Arte.

La pintura de su autoría titulada «El Secreto», ha sido sometida a una rigurosa evaluación, en la que se ha dictaminado aceptarlo a usted en nuestro exclusivo Círculo.

En caso de que tenga a bien aceptar las condiciones que envío en manuscrito adjunto, se le dará la bienvenida en condición de Miembro Iniciado.

Por favor, tenga en cuenta que nuestra Sociedad es altamente restrictiva, siendo reconocida por todos los reinos de Europa como un espacio de legitimidad artística indiscutible. Pertenecer al Círculo es un privilegio al que pocos artistas han logrado acceder. Es por ello que rogamos honre sus responsabilidades como miembro, ya que el prestigio de nuestro Círculo yace en manos de cada uno de nosotros.

Quedo atento al envío de su carta aceptando su admisión.

Mis más sinceras felicitaciones,

Distinguido Maestro Charles Simon Dillon

Los golpes en la puerta sobresaltaron a Joanna. Su tía, la condesa Lobelia Hart, la llamaba desde el corredor que comunicaba las habitaciones de la planta alta. ¿Tan tarde se le había hecho?

—¡Joanna! —La voz penetrante de la dama atravesó la madera sin dificultad—. ¿Qué haces otra vez encerrada en tu cuarto? ¿No habíamos hablado ya sobre esto?

Los golpes sonaban de modo insistente.

Joanna se apresuró a esconder los objetos que la colocarían, a ojos de su tía, nuevamente en falta. Guardó sus cosas más pequeñas detrás de los pesados cortinajes de pana color chocolate y debajo de los almohadones de seda de la India, y luego colocó los objetos más grandes detrás del biombo de papel chino tras el cual solía cambiarse de ropa.

—¡Ya voy, madame, un momento! —respondía la joven, mientras correteaba nerviosa, como una niña, por toda la habitación.

La tía tenía razón en una de las tantas cuestiones que pregonaba: Joanna ya no era una muchachita. A sus veintitrés años, según lo esperable, debería ocupar todo su tiempo en aprender habilidades que la hicieran más atractiva para un potencial marido. La actividad que consumía toda la energía de la joven podría ser considerada una cualidad deseable en una esposa, solo si se ejercitaba con moderación y en el tiempo libre.

—Abre la puerta de inmediato, Joanna. —El tono era gélido y amenazante.

Por su aristocrática ascendencia, Joanna McLeod estaba destinada a contraer matrimonio con alguien de impecable linaje. Era hija de un reconocido barón y laureado capitán del ejército, y nieta del que había sido el duque más poderoso de la Inglaterra de la última centuria. Aunque su ilustre abuelo había muerto ocho años antes, la alta sociedad londinense aún lo recordaba con reverencia y admiración, y solía felicitarla por su impecable estirpe.

—¡Muchacha, abre ahora mismo! ¡Morris! ¡Morris! —La mujer parecía dispuesta a desplegar todos

sus recursos, incluso a usar la llave que tenía el mayordomo—. Venga de inmediato a abrir esta puerta.

En un torbellino de faldas, la joven logró guardar bajo la almohada la última pieza que la incriminaba y corrió a abrir. Cuando lo hizo, lucía acalorada y su cabello se había convertido en una especie de velo desastroso que flotaba a los lados de sus orejas. Aunque su abuela paterna le había legado una hermosa, aunque indómita, cabellera rizada color castaño claro, Joanna aún no había desarrollado la habilidad de controlarla.

Con nerviosismo, la joven se pasó los dedos por la coronilla y las sienes, y acomodó, sin demasiado éxito, algunos mechones detrás de sus orejas.

—Disculpe, tía —dijo a la mujer, que entró como una tromba en la habitación—, estaba... aseándome para bajar a cenar, por eso no pude abrirle de inmediato. Si me he demorado lo lamento, a veces soy un poco distraída.

La Condesa aproximó su nariz afilada a un palmo del rostro de la muchacha. Sus ojillos negros se entrecerraron para poder enfocar las imágenes, ya que tenía bastante estropeada la visión. Hacía años había decidido no usar sus lentes para no afeár su rostro —lo cual, desde la perspectiva de Joanna, era una gesta destinada al fracaso—, y solía moverse con torpeza asignando la culpa de sus desaguisados a las sufridas doncellas que la asistían.

De ese modo, con la nariz hacia adelante y los párpados formando rendijas, Joanna pensó que la señora lucía como un topo ciego abriéndose paso por su madriguera, guiado por el sensible tacto de sus bigotes. Y su tía en verdad los tenía... algunos más largos, otros más cortos, pero bigotes al fin.

Evitando reír de su díscola idea, la joven sonrió y bajó un poco el mentón haciendo un esfuerzo por mostrarse como una muchacha inocente.

La Condesa tensó sus párpados para estudiar con atención el aspecto de la hija de su primo. «Qué pena que no sea bonita», pensó, acostumbrada a encontrar toda clase de defectos en la joven a su cargo. «Su figura no está del todo mal, ya que es bastante proporcionada, pero no es una beldad... ¿Cómo lograré casarla con alguien de alcurnia? Podría haber pescado para ella un pobre diablo con título y sin fortuna, pero su dote es una verdadera catástrofe. Quizás no debí perseguir el favor de mi primo Max aceptándola en mi casa. A veces eres demasiado generosa, Lobelia, tu corazón tierno y altruista te mete en serios problemas», se recriminó en silencio.

En concordancia con sus pensamientos, la Condesa chasqueó la lengua.

Los ojos de Joanna, de un azul profundo que recordaba a los topacios, recorrían con ansiedad aquel rostro marchito con la esperanza de que la anciana no notara el peculiar aroma que invadía el ambiente. Sin embargo, pocas cosas se le escapaban a la condesa Hart durante aquellas habituales inspecciones.

—No luces muy aseada que digamos, Joanna —observó la mujer, en un tono suspicaz que la muchacha conocía muy bien—. Tu cabello, para empezar, es una verdadera desgracia... ¿Puedo saber a qué llamas tú asearte? ¿Te has lavado la cara, por ejemplo?

El pequeño y fibroso cuerpo de Lobelia se había puesto en tensión. Todos sus sensores para detectar el desacato estaban encendidos y en pleno funcionamiento. Era evidente que su sobrina había estado haciendo algo que ella desaprobaba y que, peor aún, estaba falseando la verdad al referirse a su aseo personal.

—Sí señora, me he lavado la cara —mintió Joanna, cruzando los dedos índice y corazón detrás de su espalda. No le agradaba mentir, pero aquella era una cuestión de vida o muerte. Si la Condesa insistía con alejarla de aquello que amaba, simplemente moriría de pena.

—Ajá... qué curioso, entonces, que estés tan abochornada —observó la mujer—. ¿Y te has lavado las

manos y los brazos?

—Sí, madame.

—Mmm... ¿Y qué hay de tus uñas? ¿Te las has cepillado bien?

—Ehh... sí, tía —respondió Joanna, sabiendo que sus traicioneras uñas delatarían aquello que intentaba ocultar de su tutora.

La Condesa bajó y subió la vista varias veces, deteniéndose en las arrugas que presentaba el vestido de su sobrina. La inspección aún no se había completado.

—Entonces no te molestará que las vea ¿verdad? —dijo la mujer, esbozando lo que se suponía era una sonrisa.

Siendo una huésped en su casa, Joanna sabía que no podría negarle a su tía lo que le estaba pidiendo. Cada día, y muy a su pesar, la joven hacía ingentes esfuerzos por agradar a su estricta pariente, pero nunca lograba satisfacer los elevados estándares de Lobelia Hart.

Su padre la había enviado con su tía a Londres comprendiendo que la campiña no era el mejor lugar para una muchacha en edad de casarse. Joanna ya tenía veintitrés años, nunca había sido festejada por ningún pretendiente, y en pocos años más quedaría fuera del mercado matrimonial, viéndose obligada a ingresar como novicia en algún convento. Otras jóvenes, no vinculadas a la nobleza, podían en aquel caso emplearse como institutrices en las mansiones de los nobles, pero Joanna, por ser hija de un barón, no podría hacerlo sin que el buen nombre de su ilustre ascendencia se viese perjudicado. Desde su perspectiva aquello era la mar de injusto. Trabajar como maestra hubiera constituido para ella una opción más atractiva que la de contraer matrimonio con alguien que su tía-topo eligiera para ella.

Si no se había casado aún era porque en su hogar, Mallborough Hall, solo era visitada por sus vecinas, las hermanas Cullogh, y ocasionalmente por Lord Arthur Avegnale, un caballero que en el pasado estuviera comprometido con su hermana Anne.

Y a pesar de que Joanna comprendía por qué había sido enviada a Londres, y de corazón deseaba cumplir con el deseo de su padre, extrañaba mucho su hogar. Allí estaban sus recuerdos, sus hermanos Max y Florence, y su amada biblioteca, el gran tesoro de su vida. Aquel había sido el legado de su madre: un vergel de arte, filosofía e historia, que Joanna no se cansaba de disfrutar. Había leído cada volumen varias veces, y aunque la casa de su tía contaba con una biblioteca formidable, ella echaba de menos el aroma a infancia que emanaba de las páginas de sus libros.

—¡Joanna! Deja ya de volar y mírame cuando te hablo —demandó Lobelia.

—Perdón, madame.

—Te he dicho que me muestres las uñas. —La mujer hablaba entre dientes, incapaz de disimular su enfado creciente.

Joanna extendió las manos rogando que la vista gastada de su tía no percibiera las manchas que delataban sus acciones. La dama, que olía a naftalina y a un pesado perfume francés, tomó sus dedos. La joven se estremeció de aprehensión al contacto de la piel fría de la Condesa, que le examinaba las muñecas y la base de las uñas. La mujer chasqueó la lengua con desagrado.

—No te has lavado bien las manos, debes ser más cuidadosa —la amonestó—. Es imperativo que mantengas tus uñas cuidadas a cada momento. Eso es lo que hace una verdadera dama. Soy consciente de que tu madre murió cuando tú tenías solo trece años, y que medio te crió esa salvaje de tu hermana mayor. Y por eso no recibirás castigo por tu falta. Yo te enseñaré a comportarte como lo hace una mujer nacida en la nobleza, no te angusties.

Lejos de angustiarse por no comportarse como una verdadera dama, Joanna sintió el mordisco cruel

de la injusticia creciendo en su interior. Sacrificando sus años de juventud, Anne la había educado con amor y le había enseñado todo lo que sabía. ¡Nadie tenía derecho a menospreciarla!

—Mi hermana no es una salvaje —respondió entre dientes, sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos y el corazón comenzaba a palpar en sus sienes.

La Condesa se erizó como un puercoespín al escuchar la réplica de su sobrina.

—Tu hermana —siseó—, la hija mayor de un barón inglés y nieta de uno de los grandes duques de nuestro tiempo, no tuvo más tino que el de rechazar un magnífico matrimonio con Lord Arthur Avegnale para irse a criar vacas a América, hija mía. ¡Abre los ojos, por favor!

—Anne no cría vacas, cosecha tabaco...

—¡No me corrijas, jovencita! —la regañó Lobelia, casi gritándole—. En lugar de honrar su estirpe, tu hermana se fue a vivir a una tierra que solo es para brutos, forajidos y delincuentes. Lo único que espero es que las andanzas de Anne McLeod no manchen tu propio nombre y compliquen terriblemente mis posibilidades de casarte con alguien decente. En lo que a mí respecta, moveré todas mis influencias para que contraigas matrimonio con un hombre de tu mismo rango y posición. Eso me ha encargado tu padre y cumpliré mi compromiso con él.

Joanna sentía que la sangre comenzaba a hervirle en las venas. Era cierto que su hermana había partido cuatro años antes para vivir en América y hacerse cargo del rancho que le legara su abuelo, pero Anne no había traído vergüenza a su familia. Era sabido que su hermana llevaba una vida tan plena como honorable. Joanna la extrañaba y lamentaba que se hubiese ido, y no toleraba escuchar las injustas críticas que su tía hacía recaer sobre la mayor de las McLeod.

—Ahora que nos hemos puesto de acuerdo en que no sabes asearte, me explicarás qué significa esto. —Lobelia expuso frente a los ojos de Joanna una carta que la joven reconoció de inmediato. Tragó saliva y rogó a su mejillas que no expusieran su nerviosismo.

—No lo sé, señora.

—¿Ah, no? ¡Morris!

El mayordomo pareció materializarse en la puerta.

—¿Sí, milady?

—Vaya al secreter y tráigame la libreta de la señorita McLeod.

Joanna giró su cabeza siguiendo al hombre, como si con la mirada pudiera detener su paso. El mayordomo regresó junto a su ama portando un cuaderno.

—Sírvese, madame.

Lobelia le arrancó el objeto de las manos y colocó junto a la carta la primera página, que tenía anotaciones de su sobrina. Las caligrafías coincidían.

Joanna tragó saliva, mientras el corazón se le desbocaba.

—Ahora me explicarás quién es John Reed.

—No podría decirlo, madame... —balbuceó Joanna, sintiendo un puñado de arena en la boca.

La tía bajó la carta y torció la cabeza en un gesto teatral.

—Pues qué extraño... Morris, aquí presente, afirma que tú le diste esta carta a la cocinera, para ser entregada en una residencia en el barrio bohemio... ¡Mis lentes!

El mayordomo dio un salto que bien podría ubicarlo en una compañía de ballet y entregó a Lobelia unas gafas muy gruesas. La mujer se las montó en el puente de la nariz y leyó:

—«Distinguido blablabla... *honrado acepto las condiciones propuestas para acceder a la*

membresía a vuestro eminente Círculo de Caballeros dedicados a las Artes...» blablabla, firmado: *John Reed*.

Las rodillas de Joanna comenzaron a temblar sin control. Era indudable que pocas cosas se le pasaban a su tía, y que Morris controlaba las vidas de todos aquellos que trabajaban en la mansión.

—Yo no...

—¡Tú! —bramó la Condesa—. ¡Eres una niña aviesa que no se detendrá hasta matar a su padre de un disgusto!

Joanna levantó la vista alarmada.

—¡Jamás! Yo amo a mi padre...

—Y así y todo te pones en contacto con la chusma de esta ciudad, artistas mugrosos, que habitan inmundas bohordillas, como las ratas que son. ¡El Círculo de Caballeros dedicados a las Artes! ¿Eres tú un caballero, Joanna?

—No señora...

—¿Y entonces por qué te has apuntado en un espacio que es para hombres?

—Porque no existen Círculos de Damas, señora...

—¡Por supuesto que no los hay! Y la razón es que las damas de buena familia no se mezclan con vagos ni pintan cuadros para venderlos. ¿O acaso eres una buscona de clase baja, que se pone en contacto con la chusma para intercambiar tus «obras» por dinero?

—Muchas mujeres son pintoras profesionales, y gozan de una reputación como artistas: Adélaïde Labille-Guiard, Anne Vallayer-Coster, Élisabeth Vigée Le Brun...

—¡Francesas! Mujeres liberales, que van en contra de un mundo que se encontraría mejor sin sus aires revolucionarios. Si tuviesen un marido no necesitarían andar vendiendo sus garabatos.

Mordiéndose los labios, Joanna apenas musitó:

—Yo... no creo que sea malo ganar dinero, madame...

—¡¿Qué has dicho?! Mira, muchacha, soy una mujer generosa y de nobles sentimientos, pero no soy dueña de tanta paciencia. Esta conversación se termina aquí mismo. Lo único que te diré es que si tú continúas con estos menesteres y tu padre se entera, y se enterará, porque no es posible guardar secretos en Londres, lo matarás de un disgusto. Ya bastante enfermo se encuentra, luchando contra una tuberculosis que lo consume poco a poco. Y yo no contribuiré con tu reprobable comportamiento protegiendo tus secretos.

A Joanna se le llenaron los ojos de lágrimas. Ya había perdido a su madre en manos de la horrible enfermedad que ahora amenazaba con llevarse a su amado padre. El nudo que se formó en su garganta no le permitió replicar.

El rostro marchito de la Condesa se oscureció aún más.

—A partir de hoy tienes estrictamente prohibido dedicar tiempo a la pintura. Si acaso llego a enterarme de que has osado tocar un pincel...

—¡Pero tía! ¡Usted me dijo que tenía permiso para pintar los domingos, acompañándola mientras usted toma el té en el jardín! Prometo que desde hoy haré todo lo que me dice, pero... ¡por favor, no me prohíba pintar los domingos! El resto de la semana haré bordado y estudiaré el *Manual de la buena esposa*... —sollozó Joanna, sabiendo que lo único que la mantenía con vida le estaba siendo arrancado.

—¡Te permitiría pintar si no estuvieras atrapada por tal estado de confusión! Mira que solicitar una membresía en un club de hombres, utilizando un nombre masculino. A la luz de tus antecedentes tendrás absolutamente prohibido pintar mientras vivas en mi casa. —Los ojillos de Lobelia refulgían como

carbones encendidos—. Si vuelvo a descubrirte, no me quedará más remedio que devolvarte con tu padre, incluyendo una carta que describa en detalle el escándalo que estuviste a punto de provocar con tu inconsciencia. Sin duda eso lo matará, y yo lo lamentaré mucho, pero solo soy una pobre mujer de corazón noble cumpliendo con sus deberes. ¿Me has comprendido, Joanna McLeod?

Para alguien con experiencia en tratar con mujeres manipuladoras como la Condesa, no hubiese pasado desapercibido el hecho de que la mujer colocaba a Joanna en el lugar en que esta jamás desearía estar: aquella que era capaz de matar a su padre de un disgusto. La joven amaba a su progenitor y habría hecho cualquier cosa para evitar causarle algún sufrimiento. Y Lobelia lo sabía, utilizando ese saber para manejar a su sobrina a discreción, sin trepidar un segundo en asociar las ansias de la joven de convertirse en pintora profesional, con el disgusto —y la muerte— que ello le causaría a su ya enfermo padre.

Por ello, la sola idea de ocasionar el más mínimo sufrimiento al afectado capitán McLeod desarticuló las defensas de Joanna que, vencida por la angustia, solo atinó a responder:

—Sí señora... lo lamento, no volverá a suceder.

La Condesa, consciente y satisfecha por el efecto desalentador que su estrategia había causado en la joven, arremetió con el corolario de su retahíla culposa:

—Y ahora espábilate. Tu padre no te ha enviado a Londres a vivir conmigo para que te quedes encerrada en tu habitación, comportándote como una chiquilla enfurruñada —la amonestó—. Ve a asearte como corresponde y quítate ese vestido provinciano. Esta noche vendrá a cenar el hijo de los marqueses de Millstone, Lord Wilbur Peterstowe. El muchacho es el único heredero al título, por si no lo sabías, así que ten a bien comportarte.

—Sí, madame —murmuró Joanna, intentando ser valiente y no correr escaleras abajo para perderse en las calles londinenses y jamás regresar.

Lobelia comprendió que debía dejar de hostigar a la joven, pues esta se veía cada vez más abrumada. Y ello tampoco era algo que ayudara a los fines de que Joanna luciera contenta y satisfecha a los ojos de un potencial marido. Decidió cambiar su estrategia y consolar un poco a la muchacha, del único modo en que ella sabía hacerlo:

—No eres del todo fea, Joanna, y tu padre no es rico pero es muy respetado —concedió—. Luces un poco delgada, a pesar de lo bien que te alimentamos aquí, pero hay hombres a los que les atraen las mujeres menudas. Podrías conseguir un esposo decente y dedicarte a cuidarlo a él y a sus hijos por el resto de tus días. Serías una gran matrona, con cuatro o cinco pequeños correteando a tu alrededor. Una vida tranquila, quizás viviendo en el campo y atendiendo un hermoso hogar, lleno de visitantes de alcurnia... gente importante, como tu difunto tío y yo. ¿No te gustaría eso, niña?

A Joanna el cuadro se le antojó la antesala del infierno, pero se obligó a no responder como desearía.

—Sí, tía.

La mujer asintió, complacida por haber doblegado el espíritu rebelde e indisciplinado de su sobrina. Luego hizo un ademán al mayordomo que, firme en la puerta, aguardaba las órdenes de su señora.

—Morris —ordenó— arroje todas esas porquerías a la basura. Mi sobrina ya no las va a necesitar.

A Joanna se le encogió el corazón y el aire huyó de sus pulmones. Creyó que su tía se retiraría tranquilamente, pero se había equivocado.

—De inmediato, madame —respondió el mayordomo, solícito, adentrándose en el cuarto de Joanna sin pedir permiso. Su rostro no ocultaba el placer que le producía aquella tarea confiscatoria.

Sin dudar, se dirigió tras el biombo y retiró el caballete que se hallaba semioculto entre las faldas

vaporosas de dos vestidos de muselina. Luego se arrodilló junto a la cama y de debajo del colchón extrajo la enorme caja de madera que guardaba los recipientes con pintura. Era evidente que los intentos de la muchacha por mantener ocultas sus herramientas artísticas no habían resultado exitosas con Morris. Y ahora que él tenía la venia de su tía, iba directo a donde las guardaba. Joanna ahogó un gemido: las amaba más que a cualquier otra cosa que poseyera.

Sin que la joven pudiese evitarlo, el hombre levantó cada uno de los almohadones de seda que cubrían el alféizar de la ventana y retiró pinceles que dejaron nubecillas multicolores en la tela. Luego se dirigió hacia atrás del cortinaje y tomó un delantal cubierto de manchas, cuyo uso reciente resultaba obvio.

Morris se detuvo en el centro de la estancia y levantó su afilada nariz como lo haría un galgo afgano olfateando una liebre: aún restaba confiscar una cosa, y era el lienzo que Joanna había estado pintando cuando la Condesa la interrumpiera. El sirviente meditó por un momento y luego caminó hacia el baúl en donde se guardaban los vestidos que ya estaban fuera de uso. Lo abrió de un solo golpe y emitió un «¡ajá!» que a Joanna le dolió en lo profundo del alma: encima del bulto de trapos viejos, reposaba la marina que estaba a punto de terminar.

Morris no pudo más que aceptar, para sí, que aquella pintura era de gran calidad. Decidió no tirarla a la basura y regalársela a su querida sin que la Condesa se enterase.

Durante todo aquel procedimiento Joanna reprimió sus deseos de llorar. Clavó las uñas en sus palmas y se mantuvo firme y digna junto a la puerta del dormitorio. Lobelia, junto a ella, emitía sonidos de desaprobación.

Al terminar la requisa, y con permiso de su ama, Morris se retiró del cuarto con ambas manos cargadas de objetos. Antes de seguirlo escaleras abajo, la Condesa demandó una vez más:

—Lávate las uñas y las manos ya mismo. Y no quiero volver a saber que has estado pintando. Ninguna joven de buena familia desperdicia así su tiempo.

—Pero, tía, las jóvenes de mi edad pintan... —se animó a reclamar Joanna, que sentía que le era arrancado lo único que daba sentido a su vida.

—Y también bordan, cosen, cantan, tocan el arpa y el pianoforte, y hacen calceta. Aprenden a llevar una casa y son capaces de recibir invitados sin arrojarles una tetera hirviendo encima. Tú no sabes hacer nada de eso. —Joanna se sonrojó. Lo de la tetera había sido un accidente—. No está mal visto que tengas algunos intereses artísticos —la instruyó—. Para poder bordar con habilidad, una buena esposa debe ser capaz de dibujar un poco. Sin embargo, pintar ocupando todas las horas del día en ello es una actividad para los desharrapados que se ven obligados a vender sus pinturas para vivir. Pero no volveremos a discutir un tema que ya ha sido saldado. Ahora daremos por terminado este desagradable asunto, pretendiendo que esta conversación tan ingrata para mí jamás ocurrió. Habrase visto, la hija de un barón, usando un nombre masculino para andar cuchicheando con unos pordioseros...

La Condesa continuó hablando para sí, mientras desaparecía por el oscuro corredor de la segunda planta. Joanna se quedó a solas en su habitación y miró en derredor desolada. A pesar de los lujos que le ofrecían las paredes empapeladas, los pisos ricamente alfombrados y las obras de arte que la adornaban, sin sus amados elementos de pintura el lugar se le antojaba una cárcel.

Con las lágrimas corriendo incontenibles por sus mejillas, la joven se dirigió a su cama y levantó la almohada. Allí estaban tres de sus pinceles favoritos, que Morris no había encontrado en la requisa. Los tomó con delicadeza y los apretó contra su pecho.